

# Luchar y amar

*Cómo los hombres  
se encuentran a sí  
mismos*

Anselm Grün



**ADVERTENCIA**  
**ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES**



**QUEDA PROHIBIDA**  
**LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN**

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras", **Thomas Jefferson***



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite  
[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)  
Referencia :4162

Anselm Grün

# Luchar *y* amar

*Cómo los hombres  
se encuentran a sí mismos*



SAN PABLO

© SAN PABLO 2005 (Protasio Gómez, 11-15.28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723

© SAN PABLO (Riobamba 230, C1025ABF BUENOS AIRES, Argentina)

Tel. (011) 5555-2416/17. Fax (011) 5555-2425

© Vier-Türme GmbH, Verlag, Münsterschwarzach 2003:

Título original: *Kämpfen und lieben. Wie Männer zu sich selbst finden*

Traducido por: Francisco Pérez Herrero

*Distribución España:* SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid \* Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail: [ventas@sanpablo.es](mailto:ventas@sanpablo.es)

*Distribución para Argentina:* Riobamba 230, C1025ABF BUENOS AIRES.

Tel. (011) 5555-2416/17. Fax (011) 5555-2439.

E-mail: [ventas@san-pablo.com.ar](mailto:ventas@san-pablo.com.ar)

Impreso en Gráfica Laf s.r.l., Monteagudo 741 - B1672AFO - VILLA LYNCH  
(Buenos Aires) Argentina. Impreso en Argentina. Industria argentina.

ISBN: 978-950-861-827-6

Grün, Anselm

Luchar y amar: cómo los hombres se encuentran a sí mismos - 1ª ed. 3ª  
reimp. - Buenos Aires: San Pablo, 2008

224 p.; 21x16 cm

ISBN: 978-950-861-827-2

I. Literatura Piadosa. I.Título

CDD 248

# Índice

	<i>Págs.</i>
Introducción .....	5

## 18 arquetipos masculinos

1. Adán: hombre y mujer .....	17
2. Abrahán: el peregrino .....	29
3. Isaac: el huérfano de padre .....	39
4. Jacob: el Padre .....	49
5. José: el mago .....	63
6. Moisés: el guía .....	73
7. Sansón: el guerrero .....	89
8. David: el rey .....	101
9. Salomón: el amante .....	113
10. Jeremías: el mártir .....	123
11. Elías: el profeta .....	135
12. Job: el justo sufriente .....	143
13. Jonás: el bufón .....	151
14. Pedro: la roca .....	159
15. Pablo: el misionero .....	171
16. Juan Bautista: el hombre selvático .....	183
17. Juan: el amigo y el anciano sabio .....	189
18. Jesús: el Salvador .....	199
Resumen: Caminos para llegar a ser hombres .....	215
Bibliografía .....	221

## Introducción

Desde hace dos décadas da vueltas en la conciencia de muchos europeos la pregunta por la identidad del hombre. El movimiento feminista ha fortificado la autoconciencia de muchas mujeres. Pero esto ha suscitado la perplejidad e inseguridad en los hombres. ¿Son simplemente los Patriarcas, a quienes todo se les permite con la edad? ¿Son los «machos», tal como a las mujeres les gusta caricaturizarlos? ¿Pasan por ser unos «blandengues», a quienes no les pueden tomar en serio ni los hombres ni las mujeres? A la luz de algunas figuras bíblicas masculinas, quisiera mostrar en este libro cómo pueden los hombres encontrar su propia identidad. Se trata para mí de unir dos elementos: la lucha y el amor. Quien solamente lucha, corre el peligro de volverse duro e insensible. Quien solamente ama, propende a potenciar sólo su parte afectiva de ternura. Las dos virtualidades pertenecen a la masculinidad. Como luchador, el hombre es capaz de amar. Su amor necesita la cualidad del conquistador y protector. Y su lucha necesita el amor, para que no se convierta en un combate rabiosamente ciego.

En los últimos años han surgido muchos grupos mas-

culinos en los que los hombres conversan sobre su masculinidad. Existen esos grupos en la Iglesia evangélica y católica, pero también en los círculos de los terapeutas, que invitan a los hombres a desarrollar en común sus energías masculinas. Es necesario a todas luces que los hombres se junten y hablen entre sí. Se atreven entonces a expresar su propia inseguridad, sus miedos y sus debilidades. En tales grupos se sienten libres de los típicos convencionalismos a los que fácilmente se ven sometidos a diario, tan pronto como las mujeres hacen acto de presencia. En mis cursos hay generalmente más mujeres que hombres. Yo prefiero trabajar con mujeres. Tienen un especial olfato para las cuestiones espirituales y psicológicas. Pero cuando trabajo con grupos exclusivamente masculinos, siento también que allí puede surgir una fuerza específica, una fuerza masculina. Cuando los hombres dejan a un lado sus viejos papeles y se sinceran entre ellos, de repente se llena la sala de energía masculina.

Desde hace doce años acompaño a sacerdotes y religiosos, hombres y mujeres, en la casa-retiro de Münsterschwarzach. En los últimos años, un terapeuta y una terapeuta han organizado con frecuencia grupos mixtos de fin de semana. Al principio están juntos en estos cursos los hombres y las mujeres, y juntos decoran con símbolos un espacio. Después los hombres invitan a las mujeres a que se unan a ellos, y viceversa. Siempre es un fin de semana tenso, haciéndose cada vez más patente que los hombres se diferencian de las mujeres. No se trata de valorar, sino de experimentar, que cada uno debe ser plenamente hombre y plenamente mujer.

En el último curso juvenil de fin de año en Münster-schwarzach (paso del 2002 al 2003), el padre Mauricio organizó un grupo sólo de varones. Esto era una novedad en los cursos para jóvenes, donde suele predominar el género femenino. Fue, sin embargo, una experiencia importante para los jóvenes entre 16 y 30 años. Necesitaban claramente estar solos, charlar entre ellos sobre sus propias fuerzas, frecuentemente desapercibidas, y quizá también manifestar ante los demás sus propias debilidades. Tuvieron conversaciones muy francas sobre su propia sexualidad, sobre sus miedos a no ser suficientemente buenos para con las mujeres, pero también sobre su miedo a enfrentarse con su propia masculinidad. La experiencia de este grupo mostraba la escasa confianza que hoy tienen los jóvenes en sí mismos. Frente a las mujeres, ellos piensan que deben ser siempre cariñosos y gentiles, y olvidan así que son hombres. Ellos no creen poder asumir responsabilidades, luchar por sí mismos, tomar las riendas. Sienten que algo les falta. Pero con frecuencia no saben cómo pueden llegar a ser auténticos hombres sin tener que desempeñar el papel de «machos» o sin tener que convertirse en unos «blandengues».

Mis libros son más leídos por las mujeres que por los hombres. En este libro quiero dirigirme deliberadamente como hombre a los hombres. Vivo desde hace 39 años entre un grupo de hombres, en una comunidad conventual de casi 100 hombres. Una comunidad de hombres tiene sus propias virtudes, pero también sus peligros y sus parcialidades. Cuando los hombres se lanzan en común a la búsqueda, surge entre ellos una potente fuerza. Unos a otros se abren los ojos para ver los verdaderos

problemas de nuestro mundo. Y ellos se animan y se van disponiendo para arremangarse y asumir las tareas que les competen. El peligro de una comunidad exclusivamente masculina está en que se pierde la sensibilidad hacia el otro, en que cada cual vive y trabaja sólo para sí mismo. Con frecuencia entran al convento hombres huérfanos de padre. En el convento ellos buscan o bien a la abuela, que les libera de sus propios vínculos maternos, o bien a auténticos padres, entre los cuales pueden crecer como hombres. Se refleja así en la comunidad conventual la problemática de nuestra sociedad. Desde Alexander Mitscherlich se ha hablado mucho de la sociedad huérfana de padre. El problema es que muchos hombres huérfanos de padre buscan hoy padres sustitutos. Muchos están desquiciados por vivir sometidos a hombres fuertes, cuyo poder los ha obnubilado. Nuestra sociedad necesita hoy padres que sirvan de guía para los jóvenes, que los apoyen y los estimulen a desarrollar sus propias energías masculinas.

En mi comunidad me he encontrado con auténticos padres. Cuando la comunidad masculina de un convento se ve determinada demasiado unilateralmente por las energías maternas, los monjes viven entonces aglutinados. No sale ya de ellos ninguna fuerza. Gracias a Dios, en mi comunidad he podido experimentar la energía masculina del padre. Cuando los hombres se esfuerzan en común por encontrar la respuesta que se puede dar a las preguntas de nuestro tiempo, aparece un alto potencial de creatividad. Surgen las ganas de ocuparse de algo y de emprender algo por esta sociedad. Se despliegan nuevas perspectivas y se tiene el valor

de transformar la situación. Tengo el presentimiento de que yo puedo participar con mi propia creatividad en el potencial que ofrece una comunidad masculina. Quisiera, pues, escribir este libro desde mi experiencia con hombres y desde mi propia condición de hombre, y quisiera hablar de hombre a hombre. A los hombres en proceso de búsqueda les hace bien estar entre hombres. Espero que, con las reflexiones de este libro, pueda alentar a muchos hombres a emprender su camino hacia su propia realización en cuanto hombres.

Hay dos imágenes de hombre que falsean su verdadera identidad. Una es la imagen del «macho», que presume de su masculinidad, que alardea ante las mujeres y que se jacta de su potencia. El «macho» es en última instancia un hombre aprensivo y profundamente inseguro, que se siente alguien sólo cuando menosprecia a las mujeres. La otra imagen, que tiene menos atractivo, es la del «blandengue». C. G. Jung invitaba al hombre a integrar en sí su «*anima*», es decir, su parte vital femenina. Pero muchos hombres han tomado esto tan en serio que han olvidado su propia masculinidad. Walter Hollstein, un sociólogo que ha reflexionado mucho sobre la identidad del hombre, no se ocupa en absoluto de los «blandengues», que carecen de espíritu creador. El «blandengue» «no es sólo un compañero sin incentivo para la mujer; es también una persona socialmente estéril. No irradia ninguna energía, ningún estímulo, ninguna pasión, ninguna innovación»<sup>1</sup>. En las consultas de los

---

<sup>1</sup> W. HOLLSTEIN, *Das neue Selbstverständnis der Männer*, en *Der Mann im Umbruch*, Olten 1989, 25.

psicólogos americanos, los «blandengues» se quejan con frecuencia de su debilidad. Se sienten perdidos y en una crisis permanente de identidad<sup>2</sup>. Se dejan cuidar por la sociedad, en lugar de configurar su vida con espíritu creativo, con responsabilidad y con audacia.

Durante 25 años he trabajado entre jóvenes. A los cursos de final de año y de Pascua venían muchas veces más de 250 adolescentes y jóvenes adultos. Una tercera parte eran varones. Mantenía con ellos largas conversaciones. Tenía la impresión de que no estaban allí en primera línea los de mayor vitalidad, sino más bien aquellos que sufrían por carecer de autoestima, los que se sentían cohibidos y los que se veían dominados por fuerzas depresivas. En los cursos juveniles ellos buscaban con toda seriedad un camino para poder afrontar mejor su vida y su propia persona. El camino espiritual era para ellos una promesa para conseguir la relajación y la paz interior. Ellos buscaban una espiritualidad tranquilizante, más que una estimulante. Hombres agresivos, que quieren cambiar el mundo, rara vez recurren a los cursos espirituales. Estos tampoco son hoy adecuadamente interpelados por la Iglesia. Sin embargo, la Iglesia necesita precisamente los hombres agresivos. Y vale también lo contrario: a los hombres impetuosos les hace bien una espiritualidad que les lleve a entrar en contacto con su verdadera identidad. Pero estos hombres buscan una espiritualidad que corresponda a su masculinidad, que despierte sus energías masculinas y que los conduzca donde merece la pena comprometerse. La Biblia nos ha-

---

<sup>2</sup> Ib, 23.

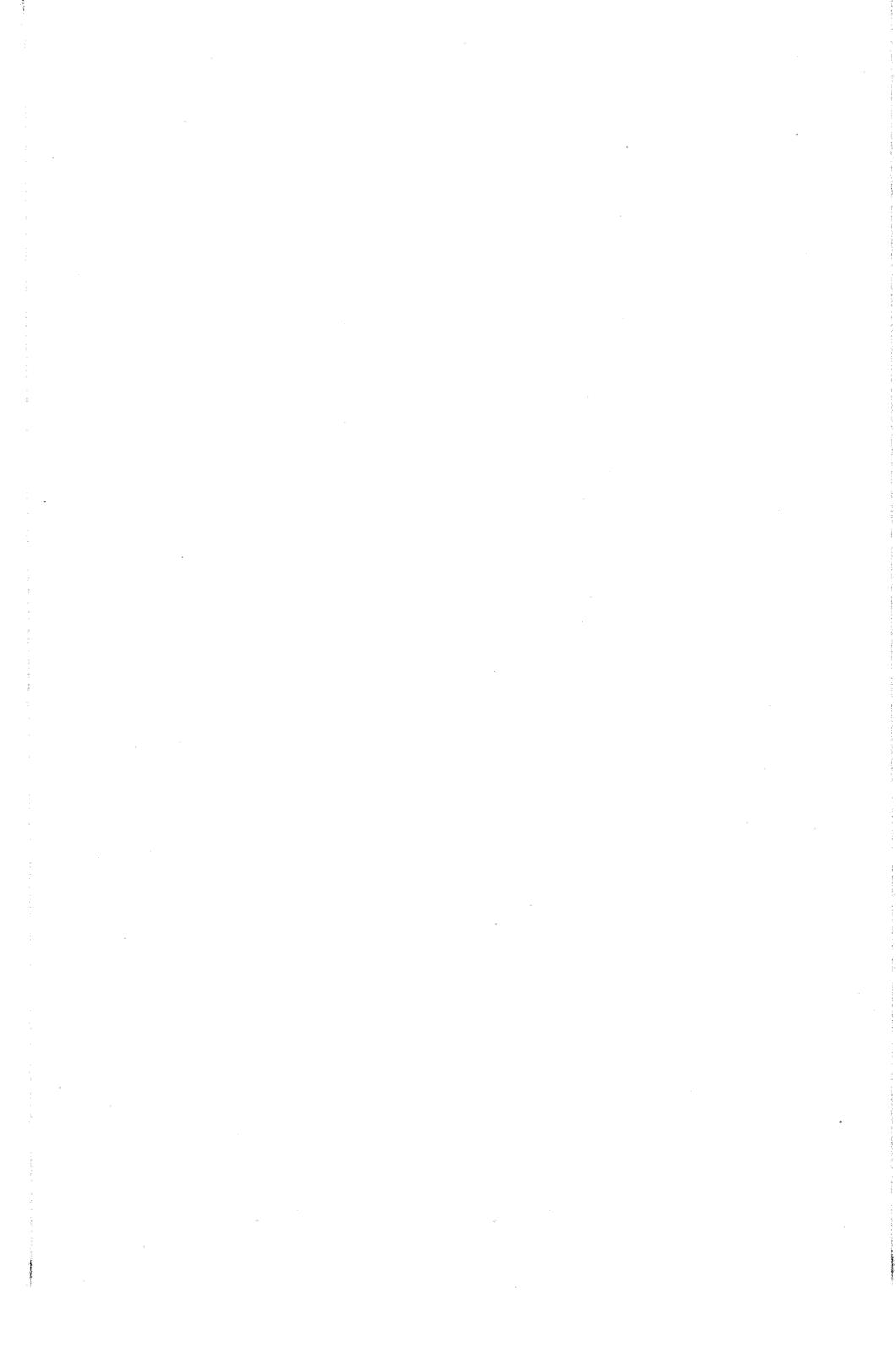
bla de hombres fuertes. No los mitifica para convertirlos en gurús espirituales. Ellos están en medio de la vida. Cometan errores y pecan. Pero recorren su camino ante Dios y con Dios. Se embarcan en el difícil viaje hacia su realización como hombres.

En este libro quisiera poner ante los ojos del lector 18 figuras de hombres bíblicos, que pueden infundir valor y fuerza a cualquier hombre. Cuando contemplo para mí mismo a estos 18 hombres, siento la energía que irradian todos ellos. Cada uno recorre su propio camino. Ninguno es perfecto al inicio de su camino. Cada cual debe aprender de sus intentos y de sus errores. No dejan de tener también sus partes sombrías. A pesar de todo, estos hombres son para mí un ejemplo a seguir. Muchos psicólogos se lamentan de que hoy apenas existen modelos masculinos. No lo son los políticos, ni tampoco los actores de cine o las figuras del deporte. Espero que el lector descubra, en los 18 hombres que presento, modelos dignos de ser imitados por él. No en todos los hombres se podrá reencontrar. Ante cada uno de ellos yo me fijaré sólo en un aspecto, que me parece el dominante, y desde él lo presentaré como arquetipo. La sucesión de las figuras respeta la cronología de la Biblia. El lector, sin embargo, puede elegir libremente aquel que a él más le interese. Algunos necesitarán quizá conocer en primer lugar al «hombre selvático», Juan el Bautista, o al guerrero Sansón. Otros preferirán comenzar con el amante. El arquetipo que a uno más le puede interpelar depende de la situación de cada cual. Según C. G. Jung, los arquetipos tienen la capacidad de hacernos entrar en contacto con el potencial propio

que ellos contagian. Ellos nos ponen en movimiento para que nosotros nos centremos cada vez más y encontremos nuestro lugar. Cada arquetipo tiene en sí un potencial de crecimiento. Cada uno de los 18 arquetipos vale igualmente para las mujeres. También la mujer es guía. Necesita para sí un modelo de guerrero. Ella es reina y mujer selvática. Aunque esta vez escriba sólo sobre hombres, no significa que prive a las mujeres de lo que digo acerca de los hombres. Las mujeres encarnan las figuras arquetípicas a su manera. A veces comparten con los hombres los mismos arquetipos. Pero las mujeres conocen también arquetipos específicos. Espero poder escribir, con la colaboración de mi hermana, otro libro sobre el tema, pensado sólo para las mujeres.

Ningún hombre se ha de fijar solamente en un arquetipo. La vida de cada uno tiene aspectos diversos, y para cada uno va tomando forma el arquetipo de manera diversa. Por eso me parece importante contemplar cada figura bíblica concreta en su vida y en la historia de su desarrollo. Es de especial utilidad que la Biblia no nos presente a ningún hombre perfecto. En cada uno de los grandes hombres descubre también, sin indulgencias, debilidades y sombras. Esto es consolador para el lector. Los hombres de la Biblia tampoco se ven, pues, exentos de conflictos y peligros. Ellos escapan una y otra vez de las trampas de su propio temperamento o de la tentación de dejarse determinar desde fuera o de acomodarse a la situación dada. Precisamente en el flujo y reflujo de fuerzas y debilidades, de luces y sombras, de seguridades y miedos, de amor y de odio, tiene que acrisolarse el hombre. El hombre busca la confrontación y la guerra, y

ha de contar con que también puede perder. Él aborrece demasiado los caminos trillados. La Biblia nos describe caminos que, llenos de peligros y aventuras, conducen hacia la verdadera realización de la masculinidad. Espero que estos caminos interpelen al lector y despierten en él sus energías masculinas.



**18** arquetipos  
masculinos



## Adán: hombre y mujer

El significado originario de Adán no es «hombre», sino «ser humano» en general. Dios formó al ser humano de la tierra. Adán viene de «*Adama*» (= suelo, tierra). El ser humano tiene, por tanto, una profunda vinculación con la tierra. Él ha sido tomado de la tierra y a la tierra volverá con la muerte. Pero la tierra recibe el hálito de vida que Dios insufló a Adán en su nariz. Así, pues, hay a la vez algo divino en el ser humano. La Biblia conoce dos relatos sobre la creación del ser humano. El más antiguo se nos narra en el segundo capítulo del libro del Génesis. Según él, Dios crea primero la tierra. Pero no producía todavía ningún fruto. Entonces forma Dios con la tierra al ser humano y le insufla el hálito de vida: «Y el ser humano se convirtió así en un ser viviente» (Gén 2,7). Después Dios planta para él un jardín. El ser humano debía alegrarse con los árboles y sus frutos. Tenía a la vez la misión de cultivar el jardín. Pero el ser humano se siente solo. Dios crea entonces toda clase de animales y se los presenta. Él pone a cada cual su nombre. Pero en ellos «no encontró una ayuda adecuada» (Gén 2,20). De la costilla de Adán, Dios crea entonces una mujer. De ella puede decir Adán:

«Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer (*ischah*), porque del varón (*isch*) ha sido tomada. Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, pero no se avergonzaban el uno del otro» (Gén 2,23-25).

Lo que más me llama la atención de este relato es que el hombre aparece como referido hacia la mujer. Ambos forman una unidad profunda. El hombre suspira por la mujer. Encuentra su plenitud sólo cuando se sitúa ante la mujer en una buena relación. Hombre y mujer se complementan. En este libro quiero escribir sólo sobre el hombre. Pero sobre él yo no puedo escribir sin tener presente también su relación con la mujer. La historia de Adán y Eva esclarece no sólo la profunda unidad y la mutua pertenencia, sino también las motivaciones de las luchas de sexos que traspasan toda la historia de la humanidad. Es evidente que el hombre puede llegar a ser plenamente hombre sólo si reconoce a la mujer en paridad de rango y de valor y si se deja inspirar por ella. Esto se hace realidad sólo cuando él integra en sí a la mujer, cuando él entra en contacto con su «*anima*», tal como Jung designaba la parte femenina del alma masculina.

Adán y Eva están desnudos, y no se avergüenzan de ello. Se aprecian y se exhiben mutuamente. No tienen que esconderse el uno del otro. Y ninguno necesita llevar a cabo juegos de poder, o imponerse sobre el otro, o inculpar al otro. Pero esta situación de armonía no dura demasiado. La Biblia narra la conocida historia de la serpiente, que seduce a Eva. La serpiente insta a

Eva a comer también de los frutos que Dios les había prohibido. Es un antiguo tema, que aparece en muchos cuentos. Con frecuencia la mujer no debe traspasar un espacio. Pero la prohibición se convierte precisamente en estímulo para que ella se introduzca en aquel espacio marcado por la fatalidad. No obstante, los cuentos ven este quebrantamiento del mandato como presupuesto indispensable para poder dar un paso adelante.

La Biblia, sin embargo, habla más bien de un retroceso. Eva «tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió. A ambos se les abrieron entonces los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores. Oyeron luego el ruido de los pasos del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista del Señor Dios por entre los árboles del jardín» (Gén 3,6-8). Esta historia se presta a diversas interpretaciones. Vista desde la psicología, a mí me convence la interpretación de C. G. Jung, para quien el comer del fruto del árbol de la ciencia es un acto de toma de conciencia. Para Adán y Eva se trata, pues, de un paso necesario en el camino de su plena realización personal. El ser humano sale de su situación paradisiaca y reconoce sus partes luminosas y sombrías. Puede ya distinguir entre el bien y el mal.

De esta historia me interesa sobre todo la inculpación del hombre a la mujer y el ocultamiento del hombre ante Dios y ante su mujer. Aquí se encuentra, a mi parecer, la razón de la lucha de sexos entre hombre y mujer, lucha que traspasa los siglos y que todavía hoy sigue activa, a pesar de las declaraciones y justifica-

ciones de igualdad. Dios pregunta a Adán: «¿Dónde estás?» (Gén 3,9). Adán responde: «Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí» (Gén 3,10). Adán, pues, tiene miedo de presentarse ante Dios tal como es. Se esconde de Dios. Con ello está expresando algo esencial sobre sí mismo. A los hombres les cuesta soportar la propia verdad y mostrársela a Dios. Prefieren esconderse detrás de su fachada. Me parece que la pregunta de Dios es hoy más actual que nunca. Cada hombre debería dejarse interpelar por Dios: «¿Dónde estás? ¿Estás plenamente contigo mismo? ¿Eres realmente tú mismo? ¿Dónde estás con tus pensamientos? ¿Puedes soportarte tal como eres?». Sólo el que se hace estas preguntas puede llegar a ser hombre. La pregunta de Dios es, en mi opinión, la pregunta decisiva para la iniciación masculina, para el ejercicio en orden a la realización como hombres. Tengo que preguntarme dónde estoy yo, cómo soy yo y qué soy yo. Tengo que dejar de esconderme. Sólo cuando me atreva a permanecer en pie con mi desnudez, a aceptarme tal como soy —desgarrado, fuerte y débil, pasional y a la vez cobarde y esquivo—, sólo entonces maduraré en cuanto hombre.

Cuando Dios pregunta a Adán si ha comido del árbol prohibido, este echa la culpa a Eva: «La mujer que me diste como compañera me dio del árbol y comí» (Gén 3,12). También esta particularidad es característica de muchos hombres. No admiten la propia culpabilidad y la arrojan sobre los demás. Adán echa la culpa en última instancia al mismo Dios. Efectivamente, él ha sido quien le ha dado a su mujer. De su parte, Adán no

puede hacer nada. Se niega a asumir cualquier responsabilidad respecto a su acción. El hombre suspira por la mujer. Pero evidentemente lleva también dentro de sí una parte que siente temor ante ella. Por eso le echa la culpa cuando algo no sale bien. El hombre siente atracción por la mujer. Es una sola cosa con ella cuando con ella se hace una sola carne. Pero experimenta a la vez una ruptura interior en su relación con ella, y esta ruptura le lleva a acusar a la mujer.

En esta breve narración resuena ya la larga historia de la lucha de sexos, que recorre los siglos. Fascinación y acusación se entrecruzan; luchas de poder, heridas y miedos impregnan la relación entre hombre y mujer. Para el proceso de la realización masculina es importante que el hombre supere su miedo inconsciente hacia la mujer y asuma su «*anima*». C. G. Jung ve en la integración del «*anima*» un paso decisivo del hombre y, a la vez, el presupuesto para que el hombre deje de proyectar sus propios problemas sobre la mujer y de arrojarlos sobre ella.

En el relato de la creación de Génesis 1, cronológicamente más reciente, Dios crea al ser humano en el día sexto: «Entonces dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra [...]. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó» (Gén 1,26-27). Consiguientemente, el ser humano es, precisamente en su dualidad como hombre y mujer, vivo retrato de Dios. Los padres de la Iglesia griega reflexionaron una y otra vez sobre estos dos versículos (26-27) del capítulo primero del Génesis. Ellos tradujeron a su lengua los dos

términos hebreos ahí utilizados para hablar de imagen y semejanza (*selem* y *demût*) con los términos «*eikon*» (imagen) y «*homoiosis*» (semejanza), desarrollando desde ellos una teología propia. El ser humano fue creado en su origen a semejanza de Dios. Su misión consiste en asemejarse cada vez más a Dios. El concepto de semejanza describe, pues, el objetivo al que el ser humano ha de tender. Este debe reproducir cada vez mejor a Dios y llegar a ser como Dios. Tal es la auténtica vocación del hombre. Me parece que en este lenguaje se hace perceptible algo que es esencial en el hombre. Cada hombre es semejante al Creador. De aquí deriva su gran dignidad. Él es creador como Dios. Su tarea consiste en asemejarse cada vez más a Dios. En esta frase de Génesis 1 creo que se hace patente a la vez que el hombre se asemeja a Dios sólo cuando clarifica y configura también su relación con la mujer de acuerdo con el designio originario de Dios: no sometimiento, sino igualdad; no menosprecio, sino estima; no enfrentamiento, sino armonía; no escisión, sino fusión.

Quisiera solamente abordar un aspecto de la masculinidad que me parece importante en esta historia de la creación. En su referencia a la mujer, el hombre se siente siempre como ser sexual. Yo no puedo hablar sobre la masculinidad sin ocuparme de la sexualidad masculina. Los hombres desconfían de que la Iglesia les pueda ayudar en la formación de su sexualidad. Con demasiada frecuencia han experimentado que la Iglesia se limita a condenar la sexualidad o que quiere simplemente reglamentarla con todo detalle. Los hombres desean hablar abiertamente de su sexualidad. Odian la

moralina que a menudo se introduce en la perspectiva de la Iglesia sobre la sexualidad. La Biblia habla de la sexualidad masculina con toda naturalidad. El lenguaje bíblico no está todavía contaminado de la moral sexual romana.

En Adán se muestra la sexualidad en su anhelo por ser una sola carne con su mujer. Hombre y mujer están desnudos, pero no se avergüenzan el uno del otro. Adán tiene, por tanto, un sano enfoque de su sexualidad. Tras la caída, sin embargo, él se avergüenza de su desnudez. Queda perfectamente expresado aquí el enfoque ambivalente de muchos hombres respecto a su sexualidad. Por una parte, presumiendo constantemente de su potencia sexual, no tienen reparo alguno en propalar sus aventuras sexuales. Pero, por otra parte, lo que en realidad hay detrás de sus manifestaciones no es sino una profunda inseguridad frente a su propia sexualidad. Cuando los hombres se juntan entre sí, se consigue a veces que hablen sinceramente de su sexualidad. Los jóvenes no saben cómo han de enfrentarse con sus desmesuradas energías sexuales. Ellos experimentan la sexualidad como una fuente de fuerza y de placer. Pero su educación les impide con frecuencia situarse adecuadamente ante esta importantísima energía vital y vivir desde ella. Muy a menudo la sexualidad es algo de lo que se habla sólo entre bastidores. A los hombres les hace bien poder intercambiar con franqueza sus experiencias con la sexualidad. Se deciden entonces a expresar sus miedos de no ser suficientemente buenos en la sexualidad, de no corresponder a las expectativas de la mujer. O hablan incluso de sus problemas con la mas-

turbación. A pesar de todas las informaciones sexuales, ellos no suelen saber cómo deben afrontarla. La auto-complacencia es practicada por un elevado porcentaje de hombres (98%), unos sólo algunas veces, otros con frecuencia. Sin embargo, apenas se atreven a hablar de ello. En unos pesa todavía el sentimiento de culpabilidad; en otros, el reconocimiento de que la relación con las mujeres no satisface plenamente su sexualidad. Sin hacer valoraciones, es importante intercambiar ideas sobre la autocomplacencia en el intento de afrontar la propia sexualidad. Uno se ha de preguntar sobre todo si no hay otros caminos para abordar este tema de la sexualidad. La edad va haciendo descubrir a los hombres que la creatividad es un camino para orientar las energías sexuales sobre otra vía. En algunos casos la sexualidad queda encauzada hacia la espiritualidad. Para Sigmund Freud, la sexualidad era un importante impulso para la cultura. Además, la sexualidad es siempre un camino para estar en contacto con el cuerpo, para sentirse con todos los sentidos. La sexualidad es también la fuente de la que brota la fuerza erótica en todas las relaciones. Ella preserva a uno de relaciones aburridas. Ella aporta vitalidad y animación. Fluye por todas partes y, gracias a ella, se puede saborear el eros que surge por dentro y por fuera entre uno y su pareja.

Es importante para el hombre tener ideas claras respecto a su identidad sexual. Tiene que saber con precisión si es heterosexual u homosexual. A veces las fronteras son borrosas e inestables. Muchos hombres son heterosexuales. Llegar a conocer y tomar conciencia de la identidad sexual es un presupuesto determinante

para aceptarse como hombre. También aquí es decisivo que dejemos aparte todas las valoraciones. Cada hombre –homosexual o heterosexual– tiene sus virtualidades, sus fuerzas, y también sus peligros. Los hombres homosexuales se han entregado en los últimos años a la búsqueda de su propia masculinidad todavía con más intensidad que los hombres heterosexuales. En lugar de disculparse por su homosexualidad –como sigue siendo habitual aún en muchos círculos sociales–, se alegran de su condición. Han tomado conciencia de su cuerpo y se expresan a sí mismos, con todo su ser, en su cuerpo. Con frecuencia tienen una profunda sensibilidad estética y una gran apertura hacia la espiritualidad. Cuando hablo en este libro de la masculinidad, pienso siempre en los hombres heterosexuales y homosexuales. Soy consciente de que muchos homosexuales se sienten heridos por la Iglesia. Con demasiada frecuencia escuchan que la homosexualidad es antinatural. Pero tales valoraciones son falsas. La homosexualidad se puede deber a motivaciones diversas: a la educación, a una excesiva vinculación con la madre, a experiencias sexuales, pero también a una determinada configuración genética. En definitiva, nadie puede decir por qué un hombre o una mujer son homosexuales. Lo decisivo es que el homosexual se reconcilie con su condición y su tendencia y que, desde esa reconciliación, haga lo mejor. Esto significa que también él puede vivir su homosexualidad de una manera humanamente digna.

En el paraíso, Adán y Eva no se avergüenzan de su desnudez. Después de la caída, sin embargo, reconocen que se encuentran desnudos y, por temor, Adán se es-

conde de Dios. La vergüenza es la que les lleva también a hacerse unos ceñidores con hojas de higuera. Sobre el tema de la vergüenza se han escrito, sobre todo por parte de los psicólogos, muchas y valiosas reflexiones. Vergüenza es el miedo a mostrarse tal como uno es. Y un aspecto esencial de la vergüenza es la vergüenza sexual. Uno se siente incómodo con su desnudez e intenta cubrirse. La vergüenza tiene siempre algo que ver con la necesidad de protección. Uno se protege de las miradas descaradas de otros. Pero la vergüenza es también expresión de que uno no ha logrado aceptarse en su desnudez. Desea ocultarse de sí mismo, de Dios y de los demás. Cuando los hombres dejan a un lado su vergüenza y se muestran tal como son, surge de repente una gran confianza. Pueden ya decirse sí a sí mismos tal y como son. No necesitan ningún vestido más para cubrirse. Se atreven a mostrarse en su vulnerabilidad. Y es que las heridas son inherentes a la sexualidad, con toda su hermosura y fascinación. Las bromas sobre la sexualidad ajena pueden ocasionar profundas molestias. Yo he tenido grupos masculinos que hablaban muy abiertamente sobre su sexualidad y que mostraban un gran respeto hacia los demás. Cuando esto se consigue, se experimenta algo de la situación paradisíaca. Todos «estaban desnudos, pero no se avergonzaban el uno del otro» (Gén 2,25).

La biología de la sexualidad masculina tiene una profunda significación. El hombre es portador de semillas. La semilla fluye y engendra una criatura. El hombre es esencialmente creador. Su sexualidad es energía creadora. El hombre o llega a ser padre en sentido biológico,

engendrando un hijo, o lo es en sentido espiritual. Erik Ericson habla de la «generatividad» (fuerza creadora). El hombre se siente en su propia piel cuando de él sale algo. En mi caso es a través de la escritura como dejo que fluyan mis energías creadoras. Para otros es la pintura o la fundación de obras sociales. Sin la «energía fálica», el hombre se convierte en un ser aburrido. Ya no es él mismo. Para llegar a ser hombre he de aprender, pues, a afrontar de manera correcta mi sexualidad. Este aprendizaje se hace siempre a base de fallos y de errores. Yo he de encontrar mi propio camino personal para integrar mi sexualidad en mi concepción de la vida. No se trata de pregonar a los cuatro vientos la propia sexualidad. Detrás de este pregonar suele esconderse un gran inseguridad. Jan Vanier, el fundador del Arca, comunidad de impedidos y no impedidos, decía una vez a Richard Rohr que su experiencia le había llevado a la conclusión de que «prácticamente todos en el mundo occidental tienen que vérselas con dos enfermedades fundamentales: con una sexualidad perturbada y con un problema profundo de autoridad<sup>1</sup>. Todo hace pensar que estos dos problemas están en relación de dependencia. Puesto que muchos hijos no han sido educados de manera pertinente por sus padres en lo que atañe a su masculinidad y a su sexualidad, estos no saben después cómo pueden afrontar su sexualidad. Ellos además no han construido ninguna relación auténtica con el padre. Y hombres con una herida en su relación con el padre

---

<sup>1</sup> R. ROHR, *Der wilde Mann. Geistliche Reden zur Männerbefreiung*, Munich 1986, 59 (trad. esp.: *El hombre salvaje: charlas espirituales sobre la liberación masculina*, Comercial, Valencia 1997).

tienen siempre problemas de autoridad. Yo he hablado con muchos hombres que han emprendido grandes cosas. En una conversación sincera también aparece en algún momento el tema de la sexualidad. Para los hombres es algo fascinante. Pero es a la vez, en la mayoría de los casos, algo quebradizo. Frecuentemente no consiguen alcanzar el objetivo tal como nosotros lo imaginamos. Cuando podemos hablar francamente sobre ello, aparece entonces una luz que ilumina la sexualidad oculta para nosotros y para los demás. Y encontramos así una adecuada solución para ella.

## Abrahán: el peregrino

**A**brahán pasa por ser el padre de la fe. Su fe queda reflejada en su disponibilidad para dejar su tierra, su patria y su casa paterna. Este triple abandono era para los monjes no sólo un modelo del camino de la fe, sino también del camino hacia la propia identidad personal. El que quiera ser plenamente él mismo, tiene que liberarse de todas las dependencias y ataduras, fundamentalmente de las dependencias respecto al padre y a la madre. No hay realización humana posible sin el padre y sin la madre, pero tampoco la hay sin emanciparse de los padres. Quien siendo adulto sigue todavía atado a sus padres, no logrará nunca vivir su propia vida. No se trata aquí en primer lugar de una emancipación externa, de abandonar por ejemplo la casa, sino de una liberación interior de las figuras paternas interiorizadas. Pensemos en un hijo todavía vinculado a su madre. Como típico hijo enmadrado, nunca encontrará su propia identidad masculina. Incluso en su relación con las mujeres, él buscará siempre a su madre, que le consiente todo. Es incapaz de una auténtica relación de pareja. El hombre que se siente obligado a demostrar a su padre que es tan fuerte y eficiente como él, tampoco encontrará su propio camino en la vida. Se

limitará a copiar a su padre y al final se sentirá vacío. De él no podrá salir ninguna bendición. Reflejará su problema con el padre en su profesión y en su relación con los demás. Será incapaz de encuentros auténticamente humanos. Le servirán tan sólo para experimentar su complejo con el padre.

El segundo abandono es entendido por los monjes como abandono de los apegos al pasado. Muchos hombres engrandecen su niñez. Sueñan con las fiestas de Navidad que vivieron en casa, con la sensación de seguridad en la cocina junto a la madre. Viven orientados hacia el pasado. Anhelan en última instancia el mundo aparentemente incólume de la niñez. Y con frecuencia desean, cuando llegan a ser padres, reproducir aquella seguridad, sintiéndose defraudados si sus hijos no aprecian sus esfuerzos. Por muy agradecidos que debemos estar de nuestra niñez, tenemos que liberarnos tanto de los dolorosos como de los hermosos recuerdos del pasado. De lo contrario corremos el peligro de no hacer a lo largo de nuestra vida otra cosa que reproducir aquellos recuerdos y vivencias. Nos cerramos así a lo que se nos ofrece en la vida. Pero abandonar los sentimientos del pasado significa igualmente dejar atrás las heridas y, en lugar de seguir responsabilizando a otros de nuestra propia vida, asumir nuestra propia responsabilidad. Solamente así nos capacitamos para adentrarnos en el presente y para afrontar las exigencias de la vida.

El hombre debe renunciar, en tercer lugar, a todo lo perceptible. El camino de la realización humana es siempre en última instancia un camino también espiritual. He de renunciar a todo aquello en lo que yo me

puedo instalar: el éxito, las riquezas, el buen nombre que he conseguido con mi trabajo. Nuestra vida es un continuo estar en camino. No podemos pararnos, no hemos de aferrarnos a lo que hemos conseguido. Los hombres corremos siempre el peligro de querer descansar en nuestros logros o de disimular de cara al exterior que recorreremos, por así decir, un camino interior. Las mujeres manifiestan mucho más el mundo interior de sus sentimientos y de sus heridas emocionales. Los hombres suelen pensar que no necesitan preocuparse de sus sueños y de sus presentimientos interiores. Les basta con funcionar bien de cara al exterior. Pero el buen funcionamiento se consigue sólo con la paz interior. De lo contrario, todo se irá al traste en el momento menos pensado. Se inmovilizarán, se volverán duros y despiadados para consigo mismos y para con los demás.

La Biblia, que renuncia a una presentación de Abrahán como simple ideal a reproducir por el hombre, muestra también sus sombras y debilidades. Cuando los cuentos o los mitos describen el camino heroico de un hombre, este camino no deja de mostrar el encuentro del héroe con sus propias sombras. El héroe falla con frecuencia. Comete errores. En el camino de maduración de Abrahán, la Biblia yuxtapone toda una serie de escenas concretas. En estas escenas podemos percibir una evolución interior. Observamos los diversos peligros a los que Abrahán se ve expuesto. Abrahán es el peregrino que aprende de sus fallos y de sus errores y que, precisamente así, se convierte en modelo de fe y en padre de Israel, pueblo que siempre habla de él y que siempre le echa de menos.

Las sombras del peregrino Abrahán se hacen patentes sobre todo en la relación con su mujer Sara y con su esclava Agar. Entonces era habitual y estaba permitido que un hombre tuviera dos mujeres. La misma Sara pidió a Abrahán que se uniera a Agar para que esta quedara embarazada en su lugar. Se podría considerar a Sara y a Agar como las dos caras de la mujer: Sara, la señora, es la mujer a la par en dignidad; Agar es la esclava. Muchos hombres prefieren casarse con una esclava, y no con una señora. Ante la señora tienen miedo de verse sometidos. Abrahán abusa de su mujer cuando en Egipto la hace pasar por su hermana, con el riesgo de que el faraón la tomara como esposa. Mientras Abrahán utiliza a su mujer para conseguir un determinado objetivo, esta no le puede dar ningún hijo. Sólo cuando tres hombres visitan a Abrahán y le regalan su protección, queda capacitado para recibir de Sara un hijo. Sara no confía en que su marido pueda todavía hacerla fecunda. Este sigue siendo hoy un problema para muchos hombres. Los biólogos han determinado que la semilla masculina es cada vez más infecunda. Son muchos los hombres que sufren de impotencia. Abrahán necesita la energía masculina de tres hombres para hacerse fecundo. De igual modo, los hombres necesitan la comunión con hombres que les protejan, que les transmitan su propia fuerza.

Abrahán, por deseo de Sara, repudia a su esclava Agar y al hijo nacido de ella, Ismael. Lejos de proteger a las dos mujeres, las descuida. Es demasiado cobarde para permanecer junto a ellas. Quien desarrolla únicamente la faceta de peregrino no asume su responsabilidad frente a su mujer y a sus hijos. Es lo que muestra

la historia del sacrificio de Isaac, tan chocante para muchos. Abrahán ha abandonado a su hijo Ismael y está pensando en ofrecer a su hijo Isaac en el altar de la imagen que él tiene de Dios. Sin embargo, un ángel del Señor se lo impide. Ambos hijos sufren el abandono por parte del padre. El peregrino es incapaz de ofrecer a sus hijos el apoyo que necesitan. Quien está siempre en camino rehúsa la responsabilidad de la familia o del grupo. Conozco actualmente a hombres que creen estar sobre el camino espiritual, pero que no se dan cuenta de lo irresponsables que son respecto a las personas que conviven con ellos. Esta es la parte sombría del peregrino: ante un caminar recto, se hacen ciegos para las personas que tienen a su lado.

El sacrificio de Isaac por parte de su padre se puede interpretar de diversas maneras. Una interpretación sería esta: Quien ordena a Abrahán sacrificar a su hijo no es Dios, sino la enfermiza imagen que Abrahán tiene de Dios. El ángel del Señor impide a Abrahán que sacrifique a su hijo. Le da a conocer otra imagen de Dios. Pero la escena puede entenderse también desde un punto de vista psicológico. Desde esta perspectiva, la historia refleja la oculta tendencia de muchos padres hacia la aniquilación de su propio hijo. El padre ve al hijo muchas veces como rival, precisamente en relación con su propia mujer, que se muestra más interesada por el hijo que por el propio marido. O el hijo hace recordar al padre sus propios deseos insatisfechos o todo aquello que él ha reprimido dentro de sí. Esto puede conducir al rechazo del hijo, que se manifiesta también con frecuencia en los maltratos físicos. Un hijo me contaba,

por ejemplo, que el padre le golpeaba a muerte, hasta el punto de que la madre tenía que intervenir. La mitología griega conoce este tema del padre que quiere aniquilar a sus hijos. Cronos, el que domina sobre la tierra como Titán invencible, engendró de su hermana Rea a los dioses olímpicos Zeus, Hades, Poseidón, Hestia, Deméter y Hera. Cronos devoró a cada hijo en el momento de nacer, porque él, de acuerdo con una profecía, temía ser destronado por su propio hijo. Sólo se salvó Zeus, porque Rea urdió una astucia y le protegió con una piedra extendida como «pañal». Si comparamos el sacrificio de Isaac con el mito griego, sería el temor a ser destronado por el propio hijo lo que llevaría al padre a sacrificar a su hijo. El mito es atemporal. También hoy existen padres con miedo a ser destronados por sus hijos. Y como consecuencia de ello, son incapaces de cumplir con su función de padres y ofrecer protección a sus hijos.

La disposición de Abrahán a sacrificar a Isaac, su hijo con Sara, refleja quizá también su deseo de vengarse de Sara. Sara había forzado a Abrahán a que expulsara a su hijo Ismael, el hijo del padre. Por ello ahora quiere el padre sacrificar al hijo de la madre. Conozco a muchos padres que no pueden soportar a los hijos de la madre. Por no poseer dentro de sí nada masculino, los padres se desentienden de ellos y los desprecian. Esto es como un sacrificio. Tales hijos tendrán dificultades para encontrar su identidad masculina. Cada vez se recluirán más en los brazos maternos. Pero esto significa para ellos la muerte. Abrahán se muestra ciego ante lo que él se dispone a realizar. La ceguera más peligrosa que puede apoderarse de un hombre es la ceguera por mo-

tivaciones religiosas. Abrahán piensa que Dios le está pidiendo el sacrificio de su hijo. Con Dios justifica él su agresividad en relación con el hijo. Tales exageraciones religiosas por resentimientos puramente personales nos resultan bien conocidas en la relación entre padres e hijos. Un padre piensa que tiene que azotar a su hijo porque esta es la voluntad de Dios. De lo contrario, no aprendería ninguna disciplina. Las ideologías religiosas no son fáciles de detectar. Se necesita realmente un ángel que detenga el brazo del padre y le impida sacrificar a su hijo.

Abrahán no dejó sólo su patria al comienzo de su llamada. Tuvo que dejar algo continuamente a lo largo de toda su vida. Tuvo que dejar a un lado las imágenes que se había hecho de sí mismo. Abrahán era un luchador valiente, pero era a la vez tímido y calculador cuando estaba en juego la propia vida. Por eso utilizaba a su mujer para su propio provecho. Tuvo que dejar también las imágenes que se había hecho de su mujer, y de la mujer en general. El hombre sólo puede madurar como hombre cuando renuncia a las imágenes infantiles que se ha forjado sobre la mujer y consigue verla y aceptarla como compañera de igual dignidad. Abrahán tuvo que dejar igualmente las imágenes que se había hecho de Dios. No es un Dios que exige sacrificios, sino un Dios que quiere nuestro corazón, nuestro amor. Dios no desea en absoluto que el hijo sea sacrificado. El hijo está aquí no sólo para aludir al hijo carnal; representa también todo lo nuevo e imperecedero en el hombre, el niño interior, el original y auténtico ser que en él quiere salir a la luz. Para que yo pueda llegar a ser yo mismo, tengo

que despedirme de una imagen de Dios que me encierra en un determinado esquema. Tengo que liberarme de la imagen del Dios perfecto, del Dios rígido y despiadado, para que aparezca en mi horizonte el Dios de la vida y pueda él determinar mi vida.

Abrahán encarna para mí el arquetipo del peregrino. «El peregrino es el modelo del cambio, la imagen que aparece en la psique cuando es hora de partir una vez más y de buscar un mundo nuevo»<sup>1</sup>. El peregrino reconoce que ignora la respuesta a los interrogantes más profundos de la vida. Se pone en marcha para encontrar respuesta a sus preguntas. De vez en cuando, el arquetipo del peregrino es capaz de cautivar al hombre. Él deja entonces, como Abrahán, todo lo conocido y lo rutinario. En la Edad media hubo una auténtica fiebre de peregrinación. Multitud de hombres emprendieron la peregrinación hacia Santiago de Compostela. El camino duraba nueve meses. Los hombres volvían a casa como renacidos. Eran tantos los que se encontraban en camino por razón de esta peregrinación a Santiago que los reyes se veían obligados a prohibir que sus súbditos emprendieran aquel camino. El espíritu de peregrinación está renaciendo en nuestros días. El camino hacia Santiago es frecuentado por hombres y mujeres de todos los países, que emprenden ese camino a instancias de su anhelo interior.

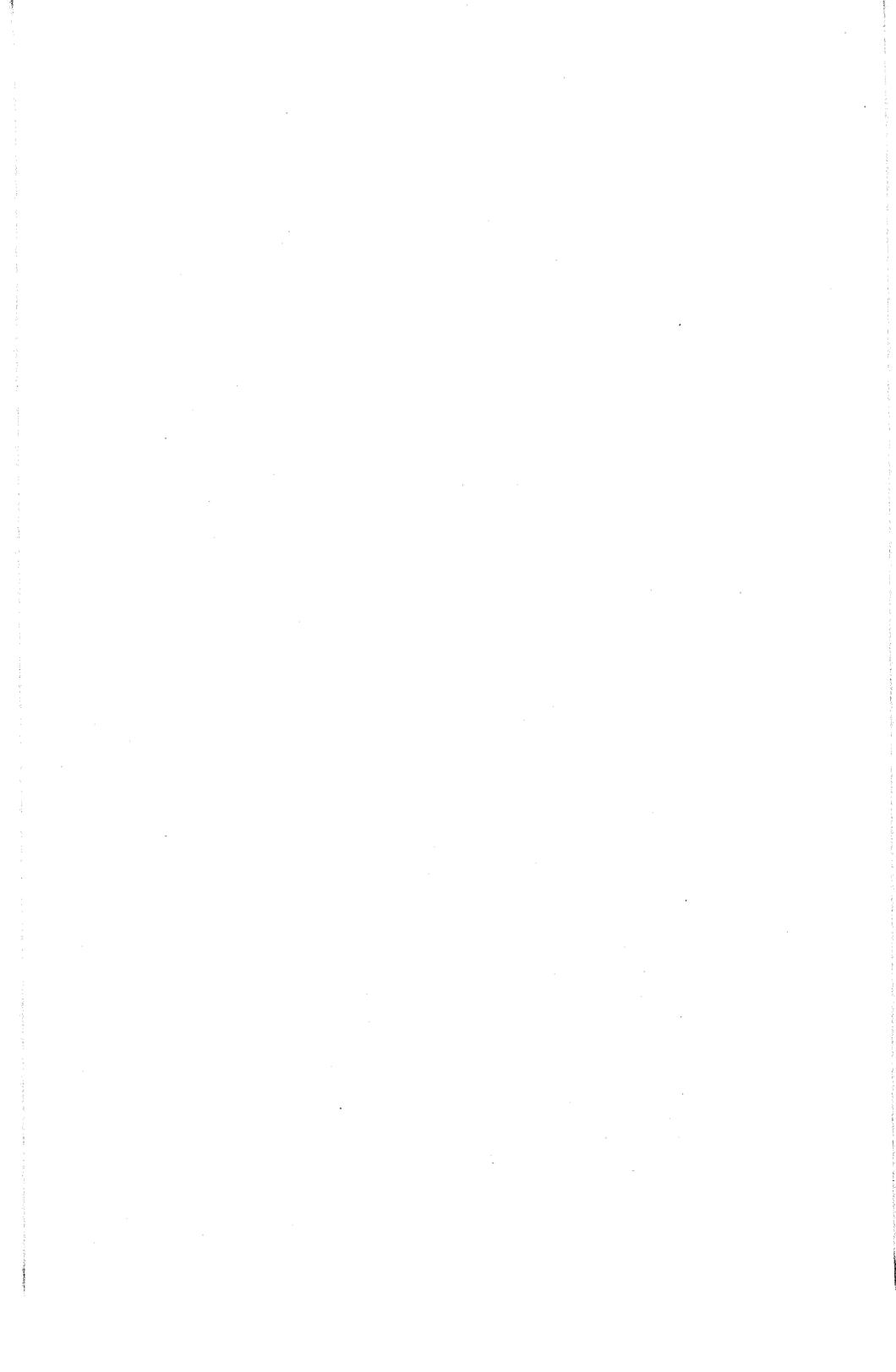
El hombre tiene que entrar en contacto con el arquetipo del peregrino y decidirse de vez en cuando a dejar tras de sí lo conocido y lo ya conseguido. De lo contrario, se anquilosará interiormente. Malgastará

---

<sup>1</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 125.

sus energías en mantener su *statu quo* y en procurar tímidamente que todo permanezca como antaño. Para conservar su vitalidad, el hombre necesita el espíritu del peregrino. Sólo así permanece interior y exteriormente en camino. No en vano describieron numerosos autores espirituales el camino espiritual como peregrinación. Quien desee mantenerse espiritualmente vivo, tiene que emprender la peregrinación hacia Dios. Él no tiene a Dios en posesión. Ha de ir al encuentro de Dios. Al andar, sentirá; al caminar, comprenderá. Y el recorrido le irá transformando de tal modo que Dios podrá tomar posesión de él cada vez con más facilidad.

Andar o caminar puede ser para los hombres un buen modo de liberarse interiormente de preocupaciones y problemas que les oprimen en el trabajo. Pueden liberarse de coacciones y excitaciones que les perturban. Sören Kierkegaard pensaba que no había preocupación alguna de la que no pudiera liberarse. Algunos emprenden el camino de la libertad cuando se ponen a meditar y, sentados, dejan escapar todo lo que les agobia. Otros prefieren andar. Buscan el movimiento corporal para mantenerse interiormente en camino. Es igual que se escoja un camino u otro. Lo importante es partir siempre de nuevo, emprender el camino y, al caminar, caer en la cuenta de la meta hacia la que uno se encamina. «¿Adónde, pues, nos dirigimos? Nosotros siempre vamos hacia casa», escribió Novalis. Pero el peregrino ha de ser consciente también de su parte sombría. De lo contrario rehusará toda responsabilidad respecto a las personas que se le han confiado y entonces sólo habrá en torno a él hijos huérfanos y abandonados.



## Isaac: el huérfano de padre

Isaac es el hijo del gran Abrahán. Los hijos de grandes hombres lo tienen siempre difícil. Con frecuencia son hombres que están en el escenario de la vida pública, no en casa. Sus hijos se sienten así huérfanos de padre. Leen en el periódico noticias sobre la relevancia de su padre. Pero en la familia lo experimentan como débil. Es ahí donde se hace patente su parte sombría. Cuando el padre encarna el arquetipo del peregrino, el hijo no encuentra en él ningún apoyo. Se ve obligado a buscar a menudo otro hogar. En lugar de emprender también él el camino, se refugia en normas o instituciones. Vive en su propia carne las sombras de su padre. Los huérfanos de padre buscan en la religión sobre todo seguridad y satisfacción de sus deseos infantiles por el paraíso perdido. Cuando yo contemplo a los jóvenes que acuden a nuestros cursos juveniles, entre ellos se encuentran muchos huérfanos. Vienen con el profundo deseo de encontrar definitivamente su hogar. Pero frecuentemente utilizan la religiosidad para huir de la realidad, y no para afrontarla y cambiarla. Se ven reflejados en la figura de Isaac. Isaac les permite también ver en sí mismos al hombre débil y encontrar un camino para desarrollar

su propia identidad masculina. Los huérfanos de padre buscan hombres fuertes para poder apoyarse en ellos. Si consiguen dar con los hombres adecuados, encontrarán su camino. Ahora bien, si se dejan dominar por ellos, correrán detrás de un Gurú y se sentirán perdidos.

Isaac no es el más fuerte de los patriarcas. Palidece ante Abrahán y Jacob. Podemos imaginar la profunda herida que en él produjo la oculta agresividad de su padre, que casi le lleva a la muerte. La relación entre Abrahán e Isaac quedó enturbiada sin duda por aquel intento de sacrificio. Isaac se vio demasiado afectado para poder mantenerse después sobre sus propios pies. Se limitará a llevar una vida pasiva y sin fuerza<sup>1</sup>. Los padres de la Iglesia pasaron por alto este aspecto y se dedicaron más bien a idealizar a Isaac. Él habría estado de acuerdo con su sacrificio y sería un modelo para Jesús, al que el Padre sacrificó por nosotros. Pero la Biblia no conoce esta idealización. En ella se nos presenta a Isaac como un hombre que no sabe muy bien cuál es su verdadera identidad. Es un hombre profundamente marcado por su orfandad paterna. No experimentó nunca el apoyo que necesitaba para construir una clara y robusta identidad. Los hombres que, en su niñez, han tenido que vivir traumáticas experiencias de abandono, se amparan después normalmente en normas estrictas. Se hacen conservadores, se refugian en principios nítidos para compensar su miedo ante el abandono. Pero así se marginan de todo y se incapacitan para una auténtica relación.

---

<sup>1</sup> Cf P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 137.

Sigamos la Biblia. Isaac no va personalmente a buscar a su mujer. Su padre encarga a uno de sus criados que marche al país de sus padres con el fin de encontrar allá una mujer para Isaac. Trae a Rebeca para Isaac. Isaac «introdujo a Rebeca en su tienda, tomó a Rebeca, que pasó a ser su mujer, y él la amó. Así se consoló Isaac por la pérdida de su madre» (Gén 24,67). Isaac estaba claramente muy vinculado a su madre. Rebeca fue para él la sustitución de su madre. Esto es mortal para una auténtica relación entre hombre y mujer. Cuando el hombre está todavía ligado a su madre, la relación con la mujer no puede resultar bien; la mujer morirá de hambre junto a él.

La historia de Isaac muestra que no hubo una verdadera relación entre él, su mujer y sus hijos. Rebeca dio a Isaac mellizos, Esaú y Jacob. Del vientre materno venía primero Esaú, pero Jacob lo agarró fuertemente de su talón. De aquí que recibiera el nombre de Jacob (= el que retiene por el talón). Esaú era rubio y cada vez más velludo. Fue un hombre montaraz, un cazador. Jacob, por el contrario, permanecía en la tienda. Isaac prefirió a Esaú; Rebeca, a Jacob. Esaú, por tanto, era el hijo del padre y Jacob el de la madre. La Biblia dice que Isaac quería a Esaú porque le gustaba la caza. En mi opinión, sin embargo, Esaú es la sombra de Isaac. Isaac amaba en su hijo su propia sombra, es decir, aquello que él mismo no se permitió vivir: lo salvaje, lo violento, lo indómito, lo fuerte y combativo. Rebeca, por el contrario, amaba a Jacob, el hijo astuto e intelectual. Amando a Jacob, ella participaba de sus habilidades, y utilizó a Jacob para lograr sus propósitos contra la voluntad de su marido.

No había, evidentemente, ninguna relación clara entre Isaac y Rebeca. Isaac se dejó llevar. Rebeca lo manipuló. Pero, cuando Isaac se vio obligado a marchar por razón de una hambruna a un país extranjero, a Guerar, actuó como antes lo había hecho su padre Abrahán. Hizo pasar a su mujer por su hermana, para que a él nada malo le sucediera. En público, Isaac dominaba sobre su mujer; en casa, sin embargo, era Rebeca la verdadera señora. Es lo que sucede con muchos hombres, que en público se imponen sobre sus gentiles mujeres, pero que en el hogar son dominados por ellas.

Isaac se hizo rico en Guerar, de forma que los filisteos le envidiaban y, por ello, le cegaron los pozos que había excavado su padre Abrahán. Es una forma de decir que Isaac no tuvo ya acceso a los pozos de su padre. Él no pudo beber en la fuente del padre. Él no tuvo parte en la fuerza del padre. Quizá su madre, Sara, había reprobado al padre y había impedido así al hijo identificarse con él. Conozco hijos que desdeñan a sus padres porque los ven solamente con los ojos turbios de la madre, que los consideran como un dechado de informalidad y de avidez sexual. Este rechazo del padre lleva al menosprecio de su propia masculinidad. Consiguientemente, la fuerza vital del padre no puede fluir dentro de él y termina por secarse.

Los criados de Isaac intentan abrir de nuevo los pozos cegados. Pero surgen entonces continuas luchas con los pastores de Guerar. Sólo cuando Isaac hace un pacto con Abimelec, el rey de los filisteos, pueden los criados abrir ya un pozo sin mediar conflictos sobre él. Isaac entra ahora en contacto con su propia fuente. La alianza

con Abimelec muestra que ha conseguido reconciliarse con las fuerzas enemigas. Ha dado por sí mismo un paso adelante y ya no tiene que limitarse a vivir de la herencia del padre. Ha tomado en sus manos la propia vida, aunque haya sido a través de un pacto con el rey de los filisteos.

Cuando Isaac era ya anciano y la luz de sus ojos se había extinguido, encomienda a su hijo Esaú que le preparara un guiso de caza. Después le daría su bendición. Rebeca lo oye e introduce a Jacob en sus planes. Ella preparará el guiso y él se lo servirá al padre. Para que Isaac no pueda percibir el engaño, la madre reviste al hijo con pieles de cabrito, pues Esaú, a diferencia de Jacob, era velludo. Así, con la ayuda de la madre, Jacob, y no el primogénito Esaú, obtiene la bendición del padre. El padre aparece en esta escena de bendición del primogénito como una persona impotente. No es el señor de la casa. Contribuye simplemente a que se vean cumplidos los deseos de su mujer. Rebeca aconseja a su hijo que huya. Y de nuevo se las arregla para que Jacob emprenda el camino con la bendición de su padre Isaac y pueda solicitar la mano de la hija de su propio hermano Labán. Isaac pierde así a los dos hijos. Esaú se enoja contra él, porque ha dado preferencia y ha bendecido a su hermano; Jacob, por su parte, le abandona. Sólo poco antes de su muerte vuelven a casa los dos hermanos para dar juntos finalmente sepultura al padre.

Isaac repite la experiencia tenida con su padre. Sigue desempeñando el papel de víctima en el que su padre le había introducido. Él no determina por sí mismo su vida, sino que se ve obligado a hacer lo que quiere su

mujer. Pero, como víctima, también él se convierte en actor. Hierde a su hijo predilecto, Esaú, y con ello se hierde a sí mismo. Sus hijos se dispersan. No sólo Isaac ha sido sacrificado por Abrahán. Su madre había forzado igualmente al padre a expulsar a Ismael. Ismael es la sombra de Isaac. Con la expulsión del hermano, una parte de sí mismo se ve también expulsada. Isaac experimenta así un doble abandono: el que deriva de la expulsión de su hermano y el que entraña su propio sacrificio. Uno y otro se repiten ahora en la vida de Isaac. Sus hijos se dispersan, como se habían dispersado Isaac e Ismael, dando origen en la historia a la enemistad entre dos pueblos hermanos, los judíos y los árabes.

Isaac se ve obligado a recorrer un doloroso proceso de aprendizaje. Tiene que aprender a ser padre, dando seguridad a sus hijos, y no enfrentando al uno contra el otro. Tiene que aprender a vivir su propia vida. Sólo así se capacitará para bendecir a sus hijos. La Biblia no continúa describiendo este proceso de aprendizaje. Pero cuando Isaac muere colmado de años, allá están sus dos hijos reconciliados de nuevo y ambos le dan sepultura (Gén 35,29). En la reconciliación de los hijos queda simbolizado el final de paz en el que desemboca la vida de Isaac: la paz entre el joven huérfano y el hombre anciano.

Para mí, Isaac representa en cuanto huérfano de padre el arquetipo del huérfano, tal como lo describe Heribert Fishedick. El huérfano añora y anhela el paraíso perdido. Utiliza a su mujer como madre, que debe otorgarle ante todo seguridad. Es incapaz de una relación auténtica. Los huérfanos viven a gusto en un

mundo lleno de ilusiones, un mundo que ellos mismos se construyen para vivir. Les resulta difícil afrontar la vida con sus conflictos, pues cada conflicto es amenazador, recordándoles que no están ya en el paraíso, sino que han sido desde hace tiempo expulsados de él. El huérfano necesita espacio para llorar y lamentar vigorosamente su destino<sup>2</sup>. Los huérfanos esperan de los demás que les comprendan y que les transmitan el sentimiento de ser acogidos. Estas esperanzas son frecuentemente tan grandes que los demás se sienten abrumados. Así, pues, el huérfano tiene que aprender «a asumir el dolor y el sufrimiento de la realidad de la vida y a aceptar las muchas pequeñas muertes en la vida»<sup>3</sup>.

La espiritualidad del huérfano de padre está impregnada de un gran deseo de seguridad y liberación. Pero esta espiritualidad lleva con frecuencia rasgos infantiles. En lugar de afrontar la vida con sus conflictos, se espera de Dios la solución de todos los problemas. Se tiene así la propensión a rehusar y esquivar dolores. Dios es el que debe otorgar a uno inmediatamente paz y dicha. Este gran optimismo es, sin embargo, el reverso de una visión pesimista sobre uno mismo y sobre el mundo. Cierran los ojos ante lo depravado del mundo para recluirse en su mundo salvado. Los huérfanos de padre buscan al Gurú, que para ellos es un redentor intocable. Se construyen un mundo redimido, en el que se encuentran como en casa. Pero de ellos no brota fuerza alguna. Sólo cuando estos hombres huérfanos hagan frente al

---

<sup>2</sup> H. FISCHEDICK, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 55.

<sup>3</sup> *Ib.*, 70.

joven abandonado que llevan dentro de sí y desarrollen para él sentimientos paternales, puede quedar rota la cadena de un modelo de vida reprimida y las heridas pueden transformarse en verdaderas perlas. Los huérfanos que han sabido afrontar su abandono se convierten en buenos pastores de almas y en buenos terapeutas. Tienen una sensibilidad especial para los hombres abandonados y, lejos de caer en el error de transmitirles la seguridad que de ellos esperan, les muestran el camino de su propio corazón, en el que han de adentrarse por su propia cuenta.

Isaac es un modelo para los «blandengues» que sufren por su falta de energía. El hombre que se ve abandonado por su padre y que no encuentra ningún sustituto con el que él pueda desarrollar su propia identidad, se orienta en su comportamiento hacia las mujeres. Asume las normas de la mujer para su propia vida. También la sociedad se convierte para él en madre sustituta. En lugar de configurar él mismo a la sociedad, la utiliza simplemente como protectora para sus necesidades. Walter Hollstein piensa que, por razón de la abundancia de «blandengues», nuestra sociedad ha pasado a ser «inmasculina y pseudo-maternal, limitándose a garantizar protección, seguridad, empleo, reglas, control, vigilancia, tutela, compañía y entretenimiento en medidas absorbentes»<sup>4</sup>. Nuestro tiempo, sin embargo, necesita en sentido positivo los valores masculinos, como responsabilidad y espíritu emprendedor. En Isaac aparece con

---

<sup>4</sup> W. HOLLSTEIN, *Das neue Selbstverständnis der Männer*, en *Der Mann im Umbruch*, Olten 1989, 23.

claridad que «el hombre sin masculinidad no tiene ya capacidad de atracción, ni siquiera para las mujeres»<sup>5</sup>. El hombre no puede evitar ser abandonado por su padre. Pero tiene que salir al paso de este abandono y asumir por sí solo responsabilidades. Tiene que aprender a estar bien consigo mismo, en lugar de hundirse cada vez más en la apatía y de renegar de su propia condición de hombre. Isaac es un estímulo para el hombre de hoy: es capaz de reconciliarse con su lesión y su desvalimiento interior, de sobreponerse al papel de víctima para convertirse –como lo hizo al final de su vida– en bendición para los demás.

Existen hoy muchos hombres huérfanos de padre. Sufren por no tener ningún padre que les dé seguridad. Están dispuestos a sacrificarse completamente por la empresa o por un grupo determinado. Pero ellos sacrifican también su propia fuerza. Les falta la energía masculina para gestar algo por sí mismos, para oponer resistencia a las tendencias de la sociedad. Como una abuela, todo lo atraen hacia sí. Los huérfanos de padre se refugian frecuentemente en el papel de víctimas. Se sienten víctimas de sus padres y víctimas de la sociedad. Se niegan a asumir responsabilidades para sí y para su vida. Pero cuando consiguen identificarse con su papel de víctimas, pasan también a ser actores. En lugar de cuidarse por sí mismos, utilizan a otros para satisfacer sus necesidades. Para poder entrar en contacto con su energía masculina, los huérfanos necesitan padres. Sólo entonces brotará de ellos bendición para la sociedad.

---

<sup>5</sup> Ib, 24.

Sólo entonces configurarán ellos esta sociedad, en lugar de dejarse determinar por ella. Los huérfanos de padre se hieren una y otra vez a sí mismos. De esta forma, no disponen de la fuerza necesaria para implicarse en el mundo y desarrollar nuevas ideas. Les falta el valor para afrontar con gallardía los problemas. Se dirigen más bien por las expectativas de los demás, para ser amados por el mayor número posible de personas. Nuestro tiempo necesita hombres que encarnen en la debida forma las energías paternas y que posean el coraje de ofrecer soluciones que realmente ayuden, aun cuando no encuentren siempre la aprobación deseada.

## Jacob: el padre

Jacob fue un típico hijo de mamá. ¿Cómo puede un hijo de mamá llegar a ser padre? La Biblia nos habla del desarrollo y del camino recorrido por Jacob, mostrándonos cómo fue madurando desde el papel de un hombre avisado y con éxito hasta el papel de padre. En el camino se encontró con sombras. El primer paso en ese camino fue la salida del seno materno. Jacob huye de su hermano. Huye en última instancia de su sombra. Pero esta huida le libera también de la vinculación con la madre y le conduce en definitiva hacia sí mismo y hacia su propia verdad.

En la huida, Jacob tiene una experiencia de Dios decisiva para él. En sueños ve una escalera que llega hasta el cielo, por la que subía y bajaba el ángel del Señor. Arriba se halla Dios, que le asegura una vida con éxito: «Yo estoy contigo; te protegeré adondequiera que vayas y haré que vuelvas a esta tierra, porque no te abandonaré hasta que haya cumplido lo que te he prometido» (Gén 28,15). Jacob se encuentra aquí por primera vez con su inconsciente. Intuye que en la vida hay algo más que batirse con la fuerza de la razón. En la profundidad de su corazón, Dios le habla y le bendice.

Esta experiencia de un Dios que bendice es el primer paso del camino a recorrer por Jacob. Ahora reconoce que no todo depende de él, de su voluntad y de su habilidad. El éxito en la vida depende de la bendición de Dios. Si se abandona a la voluntad de Dios, encontrará su camino.

Cuando Jacob, después de catorce años de servicio en casa de Labán, retorna al hogar con sus dos mujeres, sus hijos y todas sus posesiones, se le hace saber que su hermano Esaú se había puesto en camino para salir a su encuentro. Piensa que deberá hacer frente a su sombra. Le entra miedo y planea congraciarse con su hermano por medio de regalos. Pero fueron inútiles todos los intentos humanos de vencer el resentimiento del hermano a base de regalos, porque Jacob no tendría que enfrentarse ya con su propia sombra. Esto había tenido lugar en la singular escena de la lucha nocturna, mano a mano, con un hombre misterioso (Gén 32,23-33). Jacob no puede esquivar aquella lucha. Se ve obligado a afrontar su propia verdad. Lleva por ello a sus mujeres e hijos y todas sus posesiones más allá del vado de Jaboc. «Cuando Jacob se quedó solo, un hombre luchó con él hasta el amanecer. Viendo el hombre que no le podía, le tocó en la articulación del muslo, y se la descoyuntó durante la lucha. Y el hombre le dijo: Suéltame, que ya despunta la aurora. Jacob dijo: No te soltaré hasta que no me bendigas» (Gén 32,25-27). Es una lucha a vida o muerte. Jacob no puede evitarla. La afronta y recibe del hombre misterioso, tan adversario al inicio, la bendición que le capacita para ir sin miedo al encuentro de su hermano.

Los hombres que piensan salir airosos sin luchar se quedan estancados en su camino de maduración. La vida es una lucha. Cada cual se encuentra con su propia sombra en el camino de su realización como hombre, y encontrarse con la sombra no es ningún placer. Los cuentos nos narran con toda seriedad que en esta lucha está siempre en juego la vida y la muerte. Y al principio no se da por hecho en absoluto que la victoria sea del héroe protagonista. Tampoco Jacob sale vencedor. Pero su adversario se le da a conocer como ángel de Dios. En este misterioso ángel bendice Dios a Jacob y le da un nombre nuevo: ya no se llamará Jacob (embustero), sino Israel (el que lucha con Dios). En su sombra, Jacob es bendecido por el mismo Dios. Pero la sombra le ha herido también: él cojea por el golpe recibido en el muslo. Tiene que caminar por la vida con más lentitud y cautela. No puede ya realizar todo lo que quisiera. Tiene que dejar hacer. Precisamente como luchador herido entrará Jacob a formar parte de los patriarcas de Israel. Es evidente que nadie puede llegar a ser verdaderamente padre si previamente no ha luchado consigo mismo y con su sombra. Quien piense que puede ir por la vida sin despeinarse, sin hacer frente a su sombra, proyectará esa sombra como padre sobre sus hijos e hijas. Será incapaz de ver a sus hijos tal como realmente son. Los verá, por el contrario, con las lentes deformantes de sus necesidades y sus pasiones. He tenido la ocasión de hablar con muchos hombres que, lejos de ser apoyados por sus padres, se han visto debilitados por ellos. El padre veía en ellos todo lo que él no podía aceptar de sí mismo, todo lo que él se había prohibido a sí mismo. Y

en lugar de luchar consigo mismo, luchaba con el hijo desfigurado. Su lucha no podía ser fuente de bendición, sino de maldición. No estaba al servicio de la vida, sino de la muerte. Hijos y padres que han escamoteado su parte sombría difícilmente pueden desarrollar una positiva masculinidad. O desactivan violentamente su odio hacia el padre, o actúan condicionados continuamente por sus propias debilidades. Nunca logran ponerse en pie y son incapaces de afrontar la vida con todos sus desafíos.

En Jacob nos muestra la Biblia que hay dos maneras de salir al paso de la propia sombra. La primera es la de luchar con la sombra. La segunda consiste en postrarse humildemente ante la sombra y acatarla. Cuando Jacob se encuentra con su hermano Esaú, se postra ante él siete veces consecutivas. Entonces corre Esaú hacia él, lo abraza y lo besa. Lloran juntos los dos. Y Jacob exclama: «Me he presentado ante ti como uno se presenta ante Dios, y tú me has recibido bien» (Gén 33,10). Es significativo que, en las dos maneras del encuentro con la sombra, se reconoce siempre a Dios en la sombra. Tanto en la lucha como en la postración ante la sombra, Jacob intuye que es el Dios misterioso el que en la oscuridad sale a su encuentro. En última instancia, no se trata de una mera «construcción psicológica» de la sombra, sino de otra imagen de Dios. Quien sale al encuentro de su propia sombra no se dará por satisfecho con una imagen pulida e inofensiva de Dios. Para muchos hombres Dios les resulta aburrido porque hemos hecho una presentación demasiado bonita y amable de él. La Biblia nos remite a un Dios que habla a lo

más profundo del alma humana, que toca también al hombre en su disponibilidad para luchar. Son muchos los hombres que no se interesan por los caminos espirituales porque esos caminos les resultan demasiado apacibles y no encuentran correspondencia en su parte belicosa. Dios sale a nuestro encuentro no sólo en la luz, sino también en la tiniebla; no sólo en el descanso, sino también en la lucha. Dios no es sólo un Dios tierno y cariñoso; es también un Dios que agarra y hiere. Quien se adentra en esta lucha, aun a riesgo de quedar herido, llegará a ser realmente hombre. Y —como nos muestra Jacob— llegará a ser igualmente padre, no sólo en sentido biológico, sino también espiritual. De ahí que los padres del desierto vieran en Jacob su arquetipo. Como Jacob, ellos lucharon con la sombra, con los demonios, y los mantuvieron a raya.

Una gran tentación para el hombre de hoy es precisamente la de confiar sólo en su razón y su voluntad, dejando de lado todo lo que surge de la profundidad de su inconsciente. Con frecuencia obtiene de este modo buenos resultados. Pero el triunfo puede ser también un fracaso. El que triunfa no siente la necesidad de enfrentarse con su sombra. C. G. Jung dice que el gran enemigo de la conversión es una vida llena de éxitos. Quien siempre triunfa cree que su vida está en orden. Ya que a la mujer le corresponde ser la sombra del hombre, este se defiende de ella. No entiende en absoluto lo que piensa su mujer. Si ella tiene problemas, él no. Para él todo va sobre ruedas. Pero la reacción agresiva de los hombres frente a las observaciones críticas de la mujer muestran que ellos no están tan seguros como aparen-

tan. Tienen un miedo irremediable a que alguien pueda raspar el barniz de su imagen exitosa. Llega un momento en que ya no basta la vieja estrategia. La razón, con su astucia, deja de ayudar cuando los hijos toman su propio rumbo, cuando el cuerpo enferma o cuando la *psique* no colabora, quedando por ejemplo perturbado el sueño o sobreviniendo ataques de pánico.

Mediante el encuentro con las sombras, Jacob se capacita para ser padre. Él figura entre los patriarcas de Israel. La Biblia no nos dice demasiado sobre cómo llega Jacob a ser padre. Cuando él trabaja en la casa de Labán, se tiene la impresión de que sus mujeres quieren tener, a ser posible, muchos hijos. Raquel dice a Jacob: «Si no me das hijos, me muero» (Gén 30,1). Jacob está allí para tener hijos e hijas con sus dos mujeres y sus criadas. Pero de sus sentimientos paternos no se dice nada. Sólo respecto a los dos últimos de sus doce hijos, nacidos ambos ya en su ancianidad, se habla de que los amaba: «Israel amaba a José más que a los demás hijos, porque le había tenido siendo ya viejo» (Gén 37,3). Esta predilección de Israel por José hace que surja el odio de sus hermanos. Deciden acabar con él. Después de lo que la Biblia nos dice aquí, no se puede hablar ya de un idilio de padre. Israel (Jacob) tiene que pasar más bien por experiencias dolorosas para llegar a ser padre de todos sus hijos y fuente de bendición para todos ellos. José es vendido a Egipto. Y a Benjamín, el hijo más pequeño, tiene que dejarlo marchar para que fuera con los demás hermanos a Egipto. Sólo cuando los hermanos se han reconciliado con José, llega a ser también Israel padre del mismo modo para todos.

Desde la psicología, el padre es aquí el que apoya a los hijos, el que los defiende, para que afronten su vida y la tomen en sus manos. El padre no retiene a sus hijos junto a él, sino que los envía al mundo, para que vivan su propia vida. Pero está con ellos cuando le necesitan. A él pueden retornar. En él pueden confiar. Nunca deja de estar detrás de ellos cuando cometen algún error, y los protege en todo momento. Está detrás de ellos cuando se ven atacados. Es una fuente de energía masculina para sus hijos. Muchos hijos echan hoy en falta la presencia del padre. Sin él no pueden desarrollar la propia identidad masculina. Con bastante frecuencia chocan con el padre y se rebelan contra él, bien por ser demasiado duro para ellos, bien por exigirles demasiada obediencia o bien por excederse en sus expectativas. Pero también esta rebelión forma parte del proceso para llegar a ser hombres. Sólo cuando yo consigo distanciarme del padre, puedo descubrir las raíces positivas que en él tengo.

Yo estoy agradecido a la experiencia vivida con mi padre. Mi padre perdió muy pronto a sus padres. Creció en la región del Ruhr y trabajó en las oficinas de una mina. Por negarse a trabajar en los días de fiesta para los católicos, se marchó a Munich sin ningún seguro. No disponía de dinero. Pero resistió y consiguió abrir un negocio. Cuando él hablaba de esto, siempre me estremecía. Después de su muerte, mi hermana encontró su diario durante los primeros años en Munich, a partir de 1923. Cuando yo lo leí, pude observar con qué esfuerzo y con cuántas frustraciones tuvo que buscar él su camino. Como padre, siempre estaba presente.

Tenía el negocio en la casa en que vivíamos. En todas las comidas, por tanto, estaba allí. Cuando jugábamos al fútbol con los muchachos vecinos y nos peleábamos, en cuanto veía que habíamos perdido salía él de su despacho. No nos regañaba a todos a la vez, sino que nos mandaba ponernos en dos filas. Entonces nos soltaba una arenga sobre el auténtico espíritu deportivo. Teníamos que darnos todos la mano y decir: ¡Hip, hip, hurra! La mayoría de las veces esto era tan gracioso que no podíamos menos que echarnos todos a reír. De este modo se zanjaba el asunto. Hoy apenas hay padres que se preocupen de las disputas de los hijos. Dejan en manos de la madre las cuestiones espinosas y se vuelven a su trabajo. Cuando yo echo la vista atrás, agradezco que mi padre se preocupara de nosotros y de nuestras contiendas, sin moralizar y sin regañar. Él las aprovechaba más bien para enseñarnos que un hombre deportista tiene que aprender también a perder y, a pesar de todo, a mantener la compostura.

Puesto que mi padre tuvo que luchar por sí mismo en la vida, él nos apoyaba en cualquier tarea que emprendiéramos. No tenía nunca miedo de que, con nuestras bicicletas y nuestras tiendas, nos marcháramos a pasar dos semanas por los Alpes. Siempre que teníamos algún proyecto, él lo apoyaba. Nunca se oponía a ellos o manifestaba sus reparos. Al contrario, se sentía orgulloso de que emprendiéramos algo y de que se nos ocurriera algo que a otros les parecía una quimera. Siendo niño, yo tuve una ocurrencia descabellada. Con siete años construí con mis hermanos una pecera en el jardín. Puesto que en el invierno allí no habrían sobrevivido

los peces, los trasladé a nuestra bañera. Nadie de la familia pudo bañarse durante semanas. Yo me maravillo todavía hoy de que mi padre mostrara comprensión por aquella ocurrencia. Excepto mis hermanos mayores, nadie protestó. Durante la primera guerra mundial, mi padre fue marino, y siempre le entusiasmó que nosotros pescáramos en un pozo y lleváramos después los peces a la pecera.

En otra ocasión hice un banco con tablas que había encontrado en alguna parte. Cuando estuvo terminado, fui todo orgulloso a enseñárselo a mi padre. Él se sentó, y el banco se hizo trizas. Todos soltamos una gran carcajada. El primer intento había sido fallido. Pero esto no me impidió llevar a cabo otras ideas. Un padre que apoya a sus hijos promueve su creatividad y sus ganas de vivir. Nosotros nunca pudimos aburrirnos. Nunca nos faltaron ideas sobre cómo jugar o sobre qué acometer. Si más tarde, en la pubertad, discutíamos con él y discrepábamos en nuestra manera de pensar, nunca se aferró tozudamente a su opinión. Si lográbamos acorralarle con nuestros argumentos, él se echaba sencillamente a reír. De este modo, la discusión se distendía y acababa sin que hubiera habido un perdedor. Tampoco nosotros tomábamos entonces nuestros argumentos tan brutalmente en serio.

Como todo arquetipo, la imagen del padre irradia una gran fuerza, pero encierra también sus peligros. Quien, como padre, no deja libres a sus hijos, quien ejerce un estilo de gobierno patriarcal y piensa que puede determinarlo todo, está falseando la verdadera imagen de padre. La confunde con la infalibilidad y con

un gobierno autoritario. Autoritario es aquel que carece de espina dorsal. Receloso instintivamente de toda clase de conflictos, se ve obligado a aporrear continuamente la mesa y a demostrar su autoridad. Pero esto no es ser hombre; esto es una caricatura de la masculinidad. Detrás de una actitud así se deja percibir el miedo a ser destronado y a verse cuestionado en su infalibilidad. Los hombres que no han tenido ninguna experiencia positiva de padre son siempre desconfiados y piensan que tienen que estar imponiéndose en todo momento. Incapaces de descansar, han de permanecer incesantemente activos para probar la fuerza masculina que en ellos se encierra. Pero esta fuerza, sin una buena experiencia de padre, obra casi siempre de manera destructiva. Al ser una fuerza narcisista, está incapacitada para construir. No se trata de tener ganas de hacer cosas, sino de un impulso que lleva a tener que mostrarse eficiente para ser considerado finalmente como padre. En la política es fácil percibir que un hombre así resulta devastador. Se necesita todo un pueblo para salir al paso de sus heridas paternas.

A la realización de la identidad masculina pertenece la paternidad, sea la paternidad biológica del que engendra hijos e hijas o sea solamente la paternidad espiritual. Ser padre significa apoyar a otros, transmitirles las ganas de vivir, darles seguridad, de modo que puedan tomar con audacia las riendas de su propia vida. Junto al padre, los hijos e hijas se arriesgan a cometer también errores. Saben que el padre no los dejará solos. A él deben dirigirse también ellos cuando se extravíen. El padre no amarra. Deja en libertad a los hijos, pero sin

separarse de ellos. Los hijos saben que siempre pueden recurrir a él para encontrar cobijo, ayuda y consuelo.

Muchos hombres entregados exclusivamente a su profesión renuncian a su papel de padres. Son capaces, sin duda, de dirigir su empresa, pero no de dirigir a sus hijos. En la confrontación con sus hijos, los hombres perciben que no se pueden esconder detrás de su trabajo. Los hijos les hacen recordar sus partes sombrías. Lejos de admirarlos por sus éxitos en los negocios, los desafían como hombres y como padres. Padre es solamente aquel que deja que sus hijos le indiquen sus propias sombras. Reconocer las propias debilidades y sombras es el presupuesto para mostrar a los hijos verdadera cercanía y para poder ayudarlos en sus eventuales fracasos. Muchos hombres piensan que en su vida familiar tienen que aplicar la misma receta que les ha llevado al éxito en su mundo laboral. Pero esto no funciona. En la empresa se pide rapidez. La familia, sin embargo, espera que el padre tenga tiempo para ella. Me contaba un empresario que él mandaba demasiado en casa durante el poco tiempo que pasaba con los hijos. Pensaba que tenía que aprovechar el tiempo de la manera más eficaz posible y lo hacía emprendiendo muchas cosas con los hijos. Pero no era esto en absoluto lo que ellos querían. Ellos querían sencillamente que el padre estuviera allí, que jugara con ellos, que tuviera tiempo para ellos. No querían que los utilizara como obreros, sino que los tomara en serio como hijos.

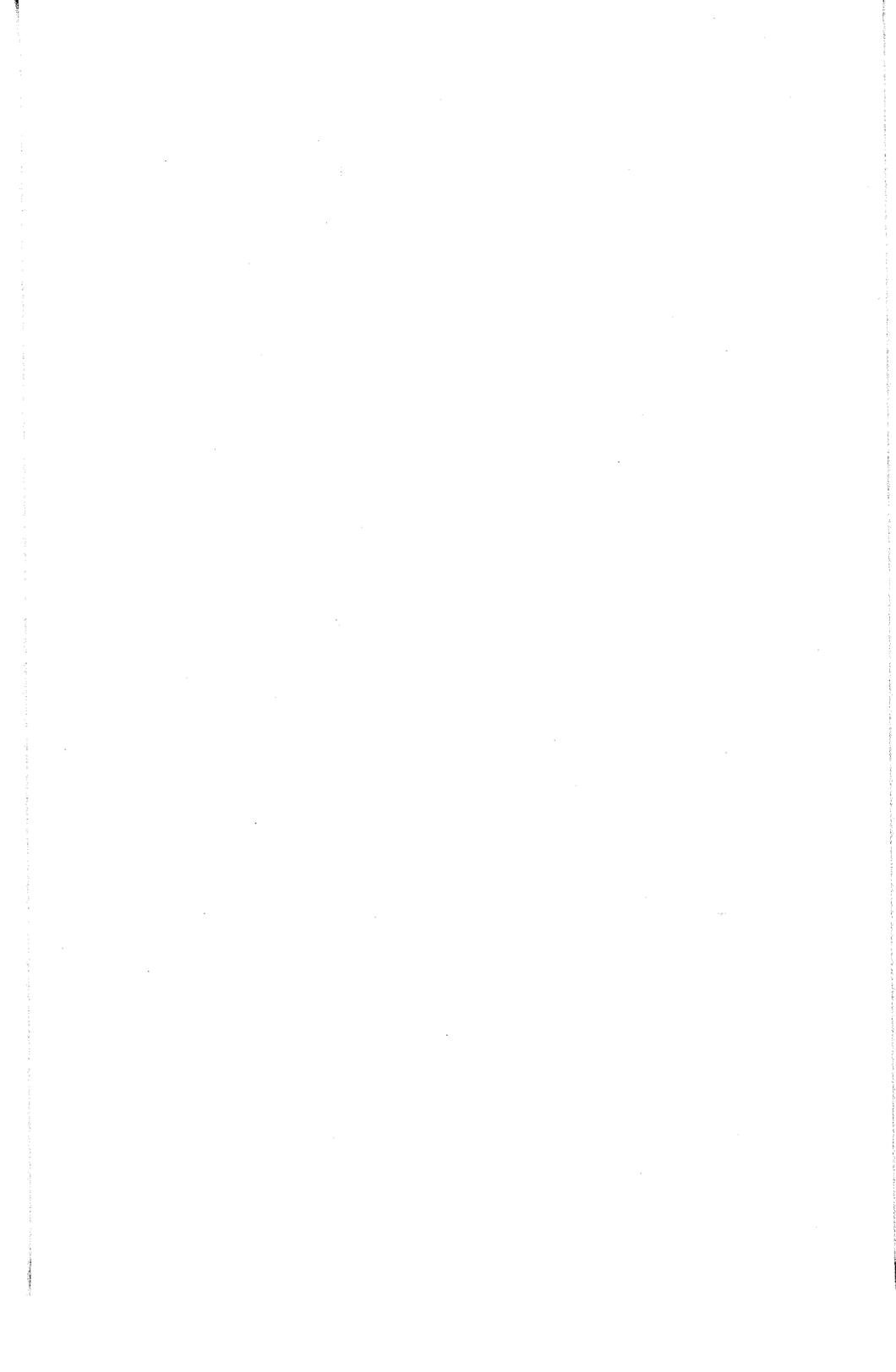
En nuestro tiempo son especialmente necesarios hombres que entren en contacto con su paternidad. Ya Alexander Mitscherlich habló de la sociedad sin padre

en los años sesenta del siglo pasado. Eran entonces muchos los padres que habían muerto en la guerra. Pero también hoy siguen hablando los psicólogos de carencia de padres. Muchos padres están ahora, igual que antes, ausentes de la educación. No se preocupan de apoyar a sus hijos. Se enfadan porque sus hijos se desarrollan de manera diferente a como ellos se habían imaginado. Prefieren confiar su educación a las madres. No quieren enfrentarse constantemente con sus hijos. Pero estos necesitan de la energía del padre para poder crecer. Los hijos quieren ver al hombre que lucha con ellos, y no al hombre de negocios que gasta sus energías sólo hacia fuera y que dentro de la familia busca únicamente descansar.

No sólo la familia necesita del padre; también lo necesita la sociedad. El padre no está ahí sólo para los hijos. Asume también una responsabilidad para con aquellos que se han quedado demasiado cortos, que se sienten huérfanos y abandonados, que se encuentran marginados de la sociedad. Padre es el que se mantiene firme cuando en la familia algo se tuerce. No rehúsa la responsabilidad. Se pone al frente de su familia. Se pone al frente de hombres que por sí solos no tienen resistencia alguna. Muchos sacerdotes asumen este papel de «padres» respecto a otros hombres. No es por casualidad que reciban el título de «padres» (del latín *pater*) los sacerdotes de una Orden religiosa. Ellos se convierten en padres para hombres que carecen de brújula. Los acompañan en su camino. Les prestan apoyo, sin pretender subyugarlos. Yo experimento hoy una gran sed de padres en los que se pueda confiar. A veces resulta tan

grande esa sed que parece imposible de saciar. Pero en ella yo entreveo la ausencia de una verdadera experiencia paterna y, a la vez, el deseo de poder apoyarse en los padres. Por desgracia, estos hombres sin padre caen con frecuencia en manos de hombres que les proponen ser padres para ellos, pero que en realidad no llegan nunca a serlo. Los hacen sus vasallos y los manipulan, en lugar de ayudarles a encontrar su propio camino y a entrar en contacto con sus energías masculinas.

Resumiendo, se puede decir que dos son las actitudes características del padre: determinación y magnanimidad. Los padres actúan cuando la situación lo exige. Toman decisiones, en lugar de esquivar todos los problemas. En muchas empresas, gremios y grupos faltan hoy hombres-padres que se mantengan firmes, que asuman responsabilidades y que tomen decisiones. Abundan, por el contrario, los que evitan cualquier decisión por miedo a cometer un error. De estos, sin embargo, no puede salir nada nuevo. Temen los conflictos y no aportan nada al esclarecimiento de la situación. La otra actitud característica es la magnanimidad. Los padres no son apocados y timoratos. Tienen un corazón grande. Creen en la capacidad de los hijos o de aquellos que los acompañan. Estos padres, con un corazón grande, son los que necesita nuestro tiempo. Yo estoy agradecido de haber tenido un padre así.



## José: el mago

Jacob era el hijo predilecto de su madre. José es el predilecto del padre. Es un típico hijo de papá. Esto despierta la envidia e incluso el odio de sus hermanos. José se siente un poco especial. Cuenta a sus hermanos un sueño, en el cual estaban todos ellos atando gavillas en el campo. Su gavilla se mantenía en pie, mientras que las gavillas de sus hermanos se colocaban alrededor de la suya y se inclinaban frente a ella. Ante este sueño, los hermanos le replicaron: «¿Es que vas a ser tú rey y señor nuestro? Y le cobraron todavía más odio debido a sus sueños y a sus palabras» (Gén 37,8). Así, pues, lo que suscita la envidia de los hermanos no es sólo la predilección del padre, sino también el comportamiento de José, que se obnubila con ser algo especial, el preferido del padre, el que consigue todo lo que desea. José hace a sus hermanos agresivos porque, en lugar de amoldarse a ellos, confía en sus propios sueños. Él tiene todavía otra fuente, de la que puede vivir: el mundo del inconsciente, el mundo de la inspiración interior. Es el mundo del mago.

Cuando José, por mandato de su padre, lleva de comer a sus hermanos, que cuidan el ganado, estos de-

ciden acabar con él. Rubén, sin embargo, el mayor de los hijos, sale en su defensa. Quiere salvarle de la mano de los hermanos y devolverlo al padre. Los hermanos renuncian a su plan asesino. Lo arrojan entonces a una cisterna. Cuando pasan por allí unos comerciantes, Judá propone que se lo vendan a ellos. Son ismaelitas, es decir, descendientes de Ismael, el hermano de Isaac. José, el predilecto de Jacob, va a parar a las manos de Ismael, el hermano de su abuelo, el expulsado al desierto. Se podría decir que le dan alcance aquí los secretos de su propia historia familiar. Resurge la inconclusa parte sombría de su propia historia y pide ser consumada. José tiene que comenzar por liberarse, con no poco esfuerzo, de la sombra familiar. Pero, después, el hijo que ha contado con todas las bendiciones paternas se ve obligado a afrontar la propia impotencia, el miedo y el abandono. En la oscura cisterna se siente abandonado y entregado a la muerte. Los ismaelitas, a quienes es vendido por sus hermanos, lo llevan a Egipto y lo venden a su vez a Putifar, un alto funcionario del faraón. A Putifar le agrada José y le confía todas sus posesiones. Pero la dicha no dura demasiado. La mujer del alto funcionario ha puesto sus ojos en José y termina pidiéndole que se acueste con ella. José se niega. Sería una traición a su señor y un pecado en relación con Dios. Cuando la mujer le sujeta un día por el manto para que se acueste con ella, José huye. La mujer entonces le acusa y muestra el manto como prueba de que había intentado acostarse con ella. El marido monta en cólera y manda encarcelarlo. De nuevo tiene que experimentar José el abandono y la oscuridad. Pero Dios sigue estando con él.

En la cárcel, José descifra los sueños de dos compañeros. Los dos corren, con toda precisión, el destino que José, a la luz de sus sueños, les había predicho. El panadero mayor es colgado de un árbol y el copero mayor es repuesto en su cargo. Al cabo de dos años, también el faraón tiene un sueño que no entiende. Los sabios y magos de Egipto no son capaces de interpretarlo. El copero mayor se acuerda entonces de José y le habla al faraón de su habilidad para interpretar los sueños. El faraón manda llamar a José para que le descifre el sueño, pero José responde: «No soy yo, sino Dios, quien dará al faraón una respuesta favorable» (Gén 41,16). Basándose en aquel sueño, José predice al faraón siete años de abundancia y siete años de escasez. Y le aconseja levantar almacenes para guardar la producción de los años de abundancia y poder así sobrellevar los años de escasez. El faraón nombra al mismo José administrador de su reino. Dice a sus cortesanos: «¿Dónde vamos a encontrar un hombre como este que goce del espíritu de Dios?» (Gén 41,38). José llega así a ser el hombre más poderoso de Egipto. Su desgracia se ha transformado en dicha. Como es capaz de interpretar los sueños y como cuenta con la bendición de Dios, todo le sale bien. Mientras todo el mundo muere de hambre, José, el mago, puede disfrutar de sus almacenes repletos.

Puesto que la hambruna se extiende también por Canaán, los hermanos de José se dirigen a Egipto para comprar allí trigo. José reconoce a sus hermanos, pero él no se da a conocer. Les proporciona el trigo sólo a condición de que regresen a la casa de su padre y vuelvan con el hermano más pequeño. Jacob se resiste a dejar

marchar a su hijo pequeño. Tiene miedo de que se lo maten. Cuando el hambre se hace sentir de manera insoportable, Judá sale fiador de Benjamín. Van así de nuevo los hermanos al encuentro de José. José los pone una vez más a prueba. Manda que llenen sus sacos de trigo y que, en el saco de Benjamín, depositen su copa de plata. Después ordena que los detengan. Benjamín debe pasar a ser su esclavo. Como Judá se había hecho responsable de él, José no lo puede retener junto a sí y entonces se da a conocer. Rompiendo a llorar, dice a sus hermanos: «Yo soy vuestro hermano, el que vendisteis y que llegó a Egipto. Pero no estéis angustiados, ni os pese el haberme vendido, pues Dios me envió delante de vosotros para salvar vuestras vidas» (Gén 45,4-5). José se reconcilia con sus hermanos. En su destino, él ha visto la mano del mismo Dios. Dios ha transformado el mal en bien. Ha convertido el deseo fratricida en bendición para toda la familia. José no ha quedado amargado con las heridas que le causaron los hermanos. Se puede reconciliar con ellos, porque se siente protegido y bendecido por Dios. Ya los sueños que tuvo de niño le habían prometido éxito en su vida. Tales sueños le habían infundido la seguridad de que Dios no lo abandonaría, ni en la soledad de la cisterna ni en la cárcel de Egipto. El hijo predilecto del padre no podía sino confiar en la ayuda de su padre. Ese padre estaba lejos. Pero, habiendo descubierto a Dios como su padre, a él se abandona, y él lo conducirá con mano segura por todos los laberintos de la vida.

José oye los sueños y sabe lo que significan. Muestra tener así un don especial, que se convierte para él en

bendición. Llega a ser el dueño de todo el país. Cuando José se encuentra con sus hermanos, manifiesta sus sentimientos. Pierde entonces el temple del poderoso. Echándose a llorar, besa a todos sus hermanos. José no se siente ya como alguien especial. Es uno más entre sus hermanos. Podría decirse: ahora queda capacitado para entrar en relación; ahora deja de ser el hijo predilecto, que se sitúa sobre los hermanos; ahora pasa a ser alguien que los abraza y que se hace uno con ellos. La nueva relación con sus hermanos lleva a que el faraón invite a toda su familia a quedarse en Egipto. Así es como los israelitas pasan a vivir en Egipto durante unos 400 años. El destino de José determina, por tanto, el futuro de todo un pueblo.

José es la imagen de un hombre que no se limita a disfrutar de sus logros profesionales, sino que sabe escuchar sus sueños y que manifiesta sus sentimientos. No se identifica con su papel de señor, sino que desciende de su trono y se hace hermano entre los hermanos. A esta sabiduría ha llegado José pasando por el abandono, la impotencia, la soledad y la oscuridad. Ha recorrido el típico camino que los cuentos describen como camino del héroe. Todo hombre ha de afrontar peligros, ha de abandonar su propia persona y sus propios planes, cuando se encuentra en situaciones sin salida, para ponerse solamente en manos de Dios. No es él quien tiene en su mano la clave del éxito. Ha de abandonarse por completo a las manos de Dios. Ellas le garantizan que su vida tendrá éxito, aun cuando se repitan las situaciones que hacen esperar más el fracaso que la victoria.

José encarna otras muchas imágenes, que en él se

dan cita. Es el intérprete de sueños, el político, el organizador. Yo quisiera contemplarlo como el arquetipo del mago. «El mago está con los pies sobre el suelo de este mundo, en sintonía con los dones del universo. Conoce las leyes eternas del devenir y del perecer, el orden de la creación, y lleva a cabo sobre la tierra lo que él ha llegado a conocer. Es capaz de traspasar la corteza de las apariencias visibles de este mundo y percibir la realidad que se encuentra en el fondo»<sup>1</sup>. El mago domina el arte de modelar este mundo desde el conocimiento de lo trascendente, de lo divino. El mago sabe discernir el orden que rige en todas las cosas. Se distingue por su clarividencia interior. José configura el mundo desde la comprensión de los sueños, en los cuales se le manifiesta Dios mismo en el trasfondo de toda la realidad. Él organiza la política de Egipto no desde sus reflexiones racionales, sino sobre la base de los sueños, que él puede interpretar con la ayuda de Dios. El mago está inmerso en los secretos profundos de este mundo. Tiene contacto con Dios y, desde esta vinculación interior con Dios, puede configurar el mundo de acuerdo con la voluntad de Dios. En cualquier relación que mantenga con el mundo, él no olvida nunca la dimensión mística de su vida.

Como todo arquetipo, también el del mago está lleno de peligros. Quien desee entrar en contacto con el mago debe proceder con mucha cautela y siempre ha de marcar la distancia con él. Si se identifica con el arquetipo, entonces se hinchará. Se sentirá como fuente de

---

<sup>1</sup> H. FISCHEDICK, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 236.

magia, en lugar de ser su instrumento. Esta hinchazón del ego conduce al típico gurú, que dispone de grandes talentos y que atrae hacia él a los hombres con un fulgor extraordinario, pero que permanece ciego respecto a sus propias sombras. Quien no se distancia interiormente del mago extravía a otros hombres con su magia y los lleva a la ruina. Es, en definitiva, un abuso espiritual el que ejerce. La arrogancia espiritual y la hinchazón del ego son una gran tentación para todo sacerdote, terapeuta o predicador televisivo.

Los hombres que hoy tienen una tarea directiva sienten que necesitan a su lado magos. Con la sola razón no pueden dirigir un gran proyecto. Precisan estar en conexión con la fuente interior, con la fuente divina de la inspiración y la creatividad. Tienen que entrar en contacto con el arquetipo del mago, «el que moviliza los recursos de la conciencia interior de un hombre»<sup>2</sup>. El arquetipo del mago abre el potencial que está listo en su alma: potencial de inspiración, de creatividad, de posibilidades propias. Los hombres que se fijan sólo en las apariencias, que se limitan a calcular y organizar, no aprovechan este potencial interior de su alma. Quien encuentra acceso al mago interior no actuará sólo con la cabeza; se dejará guiar por las sugerencias internas, mucho más fructíferas para el trabajo y la vida de cada día que las reflexiones puramente racionales.

La cuestión es cómo encontrar el acceso al mago interior. La historia de José nos muestra que la relación con el padre es una fuente importante desde la que el

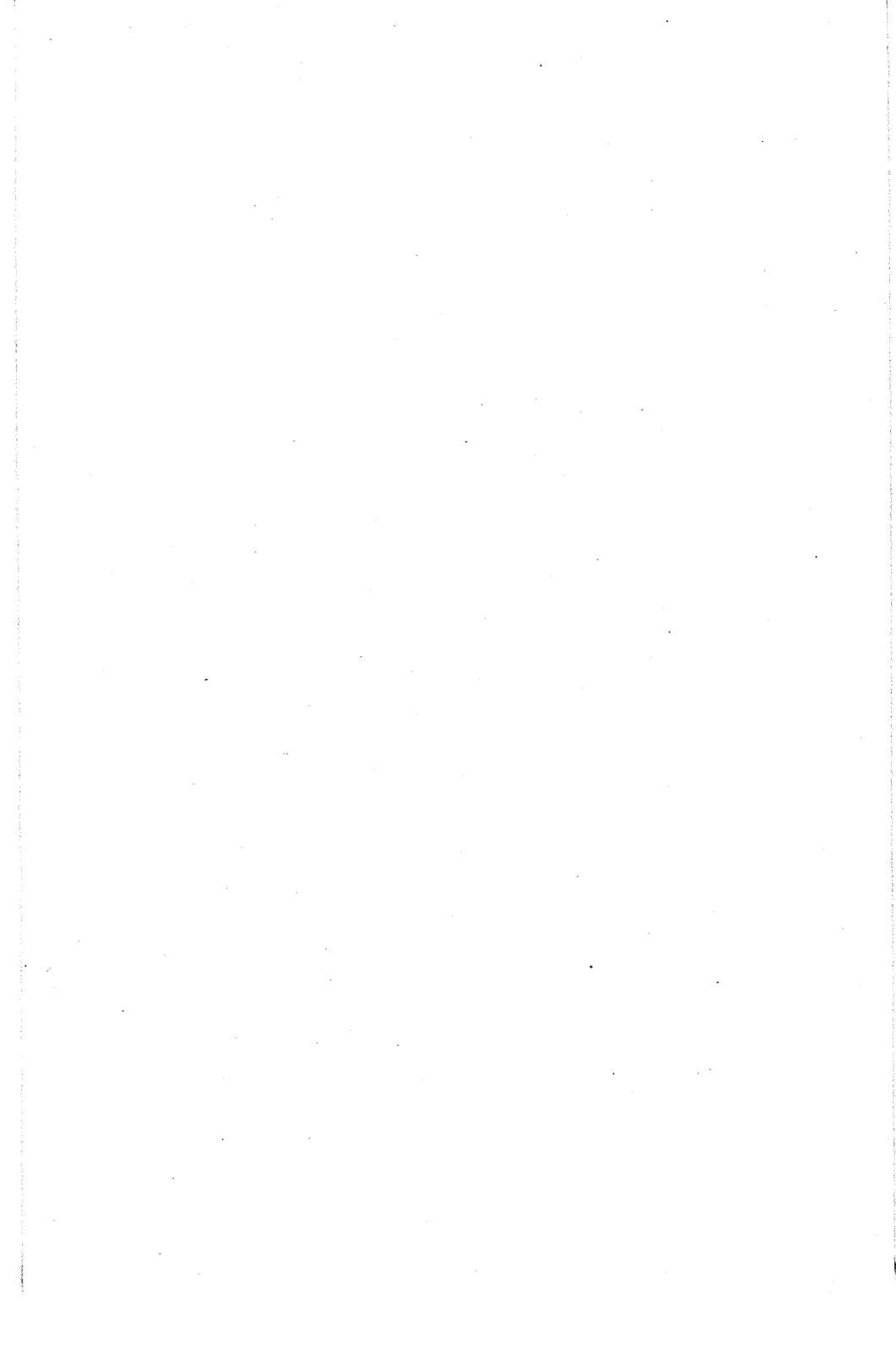
---

<sup>2</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 149.

magos actúa. José es el hijo del padre. Siendo nosotros niños, mi padre nos explicaba por las tardes, cuando ya oscurecía, las estrellas y las constelaciones, despertando nuestro asombro. Cuando él iba con nosotros a pasear por el monte, nos daba toda una lección sobre la hermosura de los árboles. Mi hermana más pequeña se mostraba poco interesada. Ella pensaba sólo en ir al quiosco más próximo para conseguir alguna golosina. Pero esto no le hacía desistir a mi padre de explicarnos el misterio de la creación. Él nos introdujo también en lo numinoso de la liturgia. Cuando hablaba del significado de las fiestas navideñas o de la Pascua, yo intuía que su corazón se sentía afectado por el misterio de la encarnación de Dios y de nuestra redención. Durante mi estancia en el internado, me escribía una y otra vez no sólo sobre lo que sucedía en casa, sino también sobre su visión de Dios y del mundo. En el noviciado recibí de él una carta con estas palabras: «El fundamento del cristianismo está en el amor. Quien ha llegado a comprender esto responderá sin dificultad a la benévola alianza entre Dios y los hombres». De mi padre recibí el gusto por pensar, pero no para saber mucho, sino para poder atisbar el trasfondo de las cosas. Mi padre desarrolló su afición por la lectura y la reflexión en su profesión mercantil. Tuvo que construir su existencia desde la nada. A pesar de todo, nunca se conformó con preocuparse sólo por lo exterior. En la fiesta de fin de año o en las fiestas familiares siempre tenía un discurso en el que iba a lo esencial, a lo que importaba para la vida, la vida desde Dios y con Dios.

El mago no adquiere por sí mismo su capacidad de

intuición. Él la recibe en última instancia de Dios. Lo que él puede hacer es dar crédito a sus propios sueños. Algo de magos tenemos todos en nuestro interior. Como José, debemos confiar en que Dios nos habla en sueños y hemos de buscar en nosotros el contacto con el mundo interior del espíritu. Un camino importante para ello es la meditación, que nos lleva a contactar con el espacio interior del silencio. Allí donde no tiene acceso ningún ser humano, donde nuestras preocupaciones y cavilaciones no pueden ya perturbarnos, allí intuimos que brota dentro de nosotros una fuente del Espíritu divino, una fuente que nunca se seca por ser divina. Para modelar este mundo necesitamos un lugar fuera del mundo, un lugar interior sobre el cual el mundo no tiene poder alguno. Desde ese lugar tomamos distancia suficiente para contemplar los problemas cotidianos y percibir lo que realmente importa. Es precisamente lo que buscan muchos hombres que tienen una tarea directiva en economía y política: caminos espirituales para ellos mismos. Se sienten atraídos por el camino de la mística. La mística no es un retirarse del mundo, sino un entrar en contacto, dentro del mundo, con lo ultramundano, con lo trascendente, con Dios. Desde esta experiencia se consigue más fácilmente entregarse a los problemas de cada día sin quedar atrapados en ellos.



## Moisés: el guía

**M**oisés es el típico guía. Conduce a su pueblo desde la esclavitud de Egipto a la libertad del país amado. Moisés es el que sabe guiar a otros hombres. Pero el pueblo es también un reflejo de los intereses de su propia alma. Moisés se prepara a sí mismo para guiar. La Biblia nos describe el camino, el modo en que Moisés va aprendiendo a conducirse a sí mismo y a conducir al pueblo. Moisés no nace siendo ya un guía, y en su función de guía no todo irá sobre ruedas. En primer lugar, ya desde su nacimiento, Moisés es un niño agraciado. El faraón había ordenado que se matara a todos los muchachos recién nacidos. Cuando Moisés nació, la madre vio que era un hermoso niño. Su corazón no soportaba el hecho de tener que matarlo. Así, pues, lo escondió durante tres meses. Después lo colocó en una cesta sobre el Nilo. La hija del faraón encontró la cesta con el niño llorando. Lo tomó como su propio hijo y le dio el nombre de Moisés: «Yo lo saqué de las aguas» (Éx 2,10). Moisés es un ejemplo para todos nosotros. Todos somos en definitiva niños en peligro, hijos e hijas del faraón, hijos e hijas del sol. Pero tenemos que crecer en país extraño, expuestos a la intemperie y a los peligros

de la vida. El mito del niño en peligro, que goza de un don extraordinario y que tiene en última instancia un origen divino, es un mito ampliamente difundido: comienza por Rómulo y Remo, pasa por Edipo, Krishna, Perseo, Sigfrido, Buda, Heracles, Gilgamés y llega hasta Jesús, que tiene que huir a Egipto en su niñez. El mito nos muestra que todos nosotros somos criaturas divinas en peligro. Pero si conseguimos entrar en contacto con el niño divino que hay en nosotros, descubriremos ya nuestro propio carisma y la misión a la que Dios nos envía. No podemos quedarnos en el niño herido, que somos también nosotros. El niño divino se encuentra en nosotros para que vayamos renovándonos y lleguemos a ser el yo verdadero e indemne, protegido interiormente por Dios en todos los peligros de la vida.

Moisés crece. Al ver que un egipcio maltrataba a un hebreo, lo mata y lo entierra en la arena. Al día siguiente quiere cortar la pelea entre dos hebreos. Uno de ellos menciona entonces la muerte del egipcio. Moisés huye a Madián. Allí se casa con una hija del sacerdote en funciones. A su hijo le pone el nombre de Guersón (huésped extraño, emigrante en tierra extranjera, en el yermo, en el desierto). Moisés se siente angustiado. Tiene que pasar la vida en tierra extraña. Su primer intento de tomar las riendas había fracasado. Confió en sus propias fuerzas, sin haberse encontrado todavía consigo mismo y con su propia debilidad. Evidentemente, sólo puede guiar a los demás aquel que ha saboreado la angustia y que en país extraño ha vivido dolorosamente su soledad y su falta de capacidad para guiar.

Cuando Moisés pastoreaba las ovejas y las cabras de

su suegro, «se le apareció un ángel del Señor como una llama que ardía en medio de una zarza» (Éx 3,2). Desde la zarza ardiente le habla Dios: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto... Te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas» (Éx 3,7.10). Moisés se resiste. Pregunta primero por el nombre de Dios, y Dios se le revela como Yavé, como «Yo soy el que soy» (Éx 3,14). Después vienen las dudas personales. ¿Cómo va él a convencer al pueblo? Yavé le señala el instrumento mágico que ha de utilizar para convencer al pueblo. Moisés alude finalmente a su dificultad para hablar. Dios se enfada con Moisés y le ordena tomar a su hermano Aarón como su portavoz.

Moisés no es el líder de nacimiento, que asume una tarea de guía plenamente consciente de su capacidad. Tiene que experimentar antes su propia impotencia y su inaptitud, que él reconoce en la imagen de la zarza. Moisés no cree que los hombres vayan a escucharle, y sufre por la torpeza de su lengua. Dios tiene que empujarle para que acepte su misión. Dios le envía a su pueblo, y no desiste de encomendarle aquella misión de guía por muchos que sean los reparos personales aducidos por Moisés. Muchos hombres que tienen una posición directiva dentro de una empresa piensan que ellos eran líderes ya de nacimiento. Tales hombres, sin embargo, suelen pasar por encima de sus empleados en su función directiva. Sólo cuando los hombres son conscientes, como Moisés, de su propia impotencia, guían de manera cautelosa. Tienen entonces un ojo sobre los intereses de sus empleados y comprenden mejor qué es lo importante a la hora de dirigir.

No es tarea fácil la que asume Moisés. El pueblo se convence enseguida, gracias a su cayado mágico. Pero cuando la resistencia del faraón contra el pueblo se hace más fuerte, el pueblo comienza a murmurar. Todo se complica cada vez más en su intento de liberar al pueblo. Después Moisés tiene que enfrentarse duramente con el faraón para hacer que deje marchar al pueblo. Tampoco esto se consigue sin la firme oposición del faraón. Sólo con las muchas plagas que Dios manda sobre Egipto se deja convencer el faraón de que ha de permitir la salida del pueblo. Las plagas hacen pensar en la oposición que suscita la orden actualmente vigente de tener que dejarlo todo con la edad. Cualquiera que dirige un grupo, una empresa, una sociedad, sabe lo dura que puede ser esta oposición. Todo se eclipsa. Caen langostas sobre las cosechas y todo parece quedar destruido. Para no ceder ante esta oposición y no caer en la resignación, se necesita tener una gran confianza en el Dios que envía.

Moisés logra, finalmente, sacar al pueblo de Egipto. Pero el faraón lo persigue. El pueblo está ante el mar y ve que los egipcios se acercan impetuosamente. Entonces se rebela contra Moisés: «¿Nos has sacado de Egipto para hacernos esto? ¿No te decíamos que nos dejaras tranquilos sirviendo a los egipcios?» (Éx 14,11-12). Difícil es para Moisés conducir a un pueblo hacia la libertad, a un pueblo que, ante cada paso hacia la libertad, se llena de miedo y añora las ollas de carne de Egipto. Prefiere seguir en esclavitud a afrontar los peligros del desierto. Pero el camino hacia la libertad pasa necesariamente por el peligro del hundimiento y de la sed hasta morir. Incluso después del paso victorioso por el mar

Rojo, donde perecieron los perseguidores egipcios, el pueblo sigue murmurando ante cualquier contrariedad. El milagro del mar Rojo no les ha persuadido. Moisés se ve obligado a levantar continuamente su grito de ayuda a Dios. Él sufre por la pesada carga de aquel pueblo y se queja a Dios: «¿Qué voy a hacer con este pueblo? ¡Un poco más y me apedrean!» (Éx 17,4).

Dios muestra a Moisés cómo puede contentar al pueblo en sus necesidades. Cuando los amalecitas atacan al pueblo, Moisés no lucha en primera fila. Sube al monte y desde allí reza por el pueblo. Él mantiene viva la relación con Dios. Es consciente de que sólo se puede conseguir con la ayuda de la oración. La oración fortalece al pueblo en su lucha contra los amalecitas. Moisés no es sólo el que reza; es también el que juzga. A él se acerca la gente a lo largo de todo el día para que dirima sus pleitos e imparta justicia. Cuando su suegro vio esto, dijo a Moisés: «Tu procedimiento no es bueno. Os agotaréis tú y el pueblo que acude a ti, porque es una carga demasiado pesada para ti, y tú solo no puedes con ella» (Éx 18,17-18). Moisés hizo caso del consejo de su suegro y delegó su tarea de guía. Estableció como jueces a personas de confianza. No se apega a su poder. Es capaz de percibir que también tiene que cuidar de sí mismo si quiere dirigir al pueblo por mucho tiempo.

En el Sinaí, Moisés recibe una nueva misión. Pasa a ser para el pueblo el legislador y el guía en la experiencia de Dios. Moisés sube solo al monte y allí se encuentra con Dios. Después cuenta al pueblo lo que Dios le ha dicho. El pueblo ha de purificarse y prepararse para el encuentro con Dios en el espacio de tres días. Al ama-

necer del tercer día comienza a tronar y relampaguear. El pueblo tiembla de miedo. «Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios» (Éx 19,17). La misión de Moisés es, pues, la de purificar al pueblo para Dios y la de prepararle para el encuentro con él. No basta con que Moisés transmita al pueblo lo que Dios le ha comunicado a él. Ha de introducir al pueblo en la experiencia de Dios. Es un mistagogo (= sacerdote) que abre al pueblo los ojos para que pueda percibir el misterio de Dios. Pero, después, Moisés sube solo a la montaña. Allí recibe los mandamientos en dos tablas de piedra, «escritas por el mismo dedo de Dios» (Éx 31,18). Mientras Moisés está en el monte, el pueblo de Dios se pervierte y se fabrica un becerro de oro, imagen del Dios de la victoria y la fertilidad. Es una experiencia que tienen muchos guías. Los hombres gustan entregarse con satisfacción a lo que ven y a lo que les promete éxito de inmediato. Las visiones quedan muy lejos. ¿Quién sabe todo lo que sucede allí, sobre el monte? Es mejor gozar del momento presente que embarcarse en un camino difícil hacia el futuro. Moisés descende de la montaña y ve al pueblo danzando en torno al becerro de oro. Lleno de ira, rompió las tablas de la ley. Su intento de llevar al pueblo a un buen futuro parecía haber fracasado.

Pero Dios ordenó a Moisés tallar otras dos losas de piedra y subir con ellas a la montaña. Cuarenta días y cuarenta noches permaneció Moisés sobre el monte. Durante ese tiempo ayunó. Después descendió otra vez. Su piel estaba resplandeciente. «Aarón y los israelitas miraban a Moisés; su rostro era luminoso, y temieron

acercarse a él» (Éx 34,30). Moisés es aquel que habla familiarmente con Dios, cara a cara. Tan pronto como habla con Dios, su piel comienza a resplandecer. Para evitar el temor de los israelitas, tiene que ponerse siempre un velo sobre el rostro. Aquí se hace perceptible otro aspecto de Moisés. Él es el amigo de Dios. Se le permite hablar con Dios. Puede estar en su presencia. Esto le transforma. Le convierte en una figura resplandeciente, lo cual le otorga una nueva autoridad ante su pueblo. Moisés es el legislador del pueblo. Pero los mandatos que él da no son prescripciones rígidas que sólo sirven para que los hombres caminen encorvados. Proviene de la experiencia de Dios y también de la experiencia de la propia debilidad. Moisés recibe estos mandamientos del mismo Dios, y los recibe en un monte, allí donde Dios se hace especialmente cercano. Quien ha de guiar a otros tiene que distanciarse una y otra vez de ellos, para experimentar sobre el monte la cercanía de Dios. Necesita tomar distancias de los quehaceres cotidianos para adquirir perspectiva desde lo alto. Si en la soledad pone ante Dios su persona y su impotencia, hará después lo correcto desde Dios. Sus consignas, lejos de ser irrelevantes, abrirán el cielo a los hombres. Pero antes de poder transmitir a los demás lo que Dios quiere de ellos, él mismo tiene que dejarse transformar e iluminar por Dios.

Ya que Moisés es el que ha tenido experiencia de Dios y el que ha sido transfigurado mediante el encuentro con Dios, el pueblo acepta lo que él dice. De todos modos, después de la profunda experiencia de Dios en el monte Sinaí, el pueblo deja sentir una y otra vez su

oposición a Dios y a Moisés. Cae en la autocompasión: «¡Ojalá tuviéramos carne para comer! ¡Cómo nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos y melones, de los puerros, cebollas y ajos! Ahora languidecemos, pues sólo vemos maná» (Núm 11,4-6). Moisés se queja ante Dios: «¿Por qué tratas mal a tu siervo? ¿Por qué me has retirado tu confianza y echas sobre mí la carga de todo este pueblo?... Yo solo no puedo soportar a este pueblo; es demasiada carga para mí» (Núm 11,11.14). Los hombres con una función directiva comprenden este lamento. A ellos les pasa a veces lo mismo que a Moisés. Experimentan su misión como una carga. Los empleados parecen no comprender lo que se les quiere decir. Dios le ordena a Moisés que tome consigo a setenta hombres. A ellos les dará Dios algo del espíritu que reside en Moisés, de forma que este no tenga ya que llevar solo la responsabilidad de todo. Muchos hombres prefieren quedar aniquilados bajo su carga a repartirla sobre los hombros de otros y a solucionar juntos los problemas.

Moisés tiene que batirse siempre con nuevos obstáculos y contrariedades. Envía exploradores al país que Dios les había prometido. Ellos retornan con frutos de aquel país. Pero atemorizan al pueblo diciendo que el país está habitado por gigantes, contra los que nunca podrán combatir. El que guía a otros tiene siempre que contar con hombres que actúan a contracorriente, que ponen reparos a cualquier plan o proyecto de la empresa. Ven siempre sólo lo negativo. En lugar de alegrarse por los frutos que ofrece el nuevo país, centran su mirada en los gigantes que aparecen en el camino.

Se necesita mucha paciencia para mantenerse firme en el objetivo, superando continuamente los obstáculos. Por diez veces murmuró el pueblo contra Dios y contra Moisés. En todas y cada una de las ocasiones, Moisés se convierte en su intercesor. Dios, dispuesto siempre a perdonar al pueblo, se deja conmovir. Pero los que han murmurado deben morir. Sólo sus hijos verán el país amado. Durante treinta y ocho años todavía tendrá que vagar el pueblo por el desierto. Y continuamente surgirán nuevas oposiciones y rebeliones. En todos estos conflictos, Moisés no se rinde nunca; siempre está allí para ayudar al pueblo. Pero por haber dudado una vez de que Dios pudiera realmente abastecer al pueblo de agua, tampoco él entrará en el país amado. Debe dejar en otras manos el resultado de sus esfuerzos. Sube al monte Nebo para contemplar el país que Dios había prometido al pueblo. Nombra después a un sucesor y muere. El pueblo lo entierra en el valle de Moab. Pero hasta hoy nadie sabe dónde se encuentra la tumba de Moisés.

Un destino singular le toca vivir a Moisés. Por una parte, él es el más grande de los profetas. Los israelitas lo siguen invocando. Él es el amigo de Dios. Sólo a él se le permite hablar con Dios cara a cara, «como un hombre habla con su amigo» (Éx 33,11). Pero Dios le priva del último deseo, de la última conquista. Él podrá solamente contemplar el país hacia el que ha conducido al pueblo. Será otro quien lo introduzca. Moisés fue el guía que tuvo que soportar al pueblo, que tuvo que cargar una y otra vez con sus conflictos. Pero de él se dice también que «era el hombre más humilde y sufrido

del mundo» (Núm 12,3). Evagrio Póntico traduce la palabra «humilde» por «manso». En su mansedumbre, según él, Moisés es un ejemplo para cualquier director espiritual, que podrá conducir a otros a Dios sólo si ha conseguido vencer sus pasiones. La mansedumbre es la actitud de un hombre que está en paz consigo mismo. La humildad habla más bien del valor que uno tiene para afrontar sus propias sombras. Moisés, el gran guía, fue a la vez manso y humilde. Siempre fue consciente de sus limitaciones y debilidades. Esto no es muy común en hombres que están en un cargo de responsabilidad. Con frecuencia pasan por alto sus debilidades para aparecer fuertes ante todos los demás. La verdadera fortaleza, sin embargo, consiste en afrontar las propias sombras y reconciliarse con ellas.

El proceso de maduración personal que Moisés tuvo que recorrer es el proceso obligado para todo el que desee llegar a ser hombre de verdad. Tiene que aprender a asumir responsabilidades y a afrontar los conflictos que le competen por razón de su responsabilidad. Tiene que aprender a resistir frente a las desavenencias de un «pueblo» que siempre protesta y que desea volver al seno materno. Si yo veo al pueblo como referente de lo que uno ha de hacer para llegar a ser hombre, esto significa para mí lo siguiente: Moisés tiene que oponerse a la actitud regresiva de retornar al seno materno, a las ollas de carne de Egipto. Dentro de nosotros anida el deseo de libertad. Pero al mismo tiempo sentimos miedo a la libertad, ya que para conseguir la libertad tenemos que renunciar a la vieja seguridad: a la protección de la madre o de instituciones maternas, como la Iglesia

o la empresa. Llegar a ser hombre significa asumir el riesgo de adentrarse en el desierto y de experimentar en el camino hambre y sed, sin tener la seguridad de que el camino conduce a la meta, al país amado, donde uno puede sentirse plenamente realizado. En el camino hacia la libertad, muchos hombres desean volver al paraíso perdido de la niñez. En el camino hacia la libertad, nos vemos confrontados con nuestras más profundas indigencias, con nuestra necesidad de atención y seguridad, de protección y de hogar. Pero el camino hacia la libertad pasa por el abandono de la seguridad y la dependencia. El camino pone al descubierto los más profundos miedos que hay en nuestro interior. Moisés sale al paso de sus miedos y necesidades, de su resistencias internas y sus tendencias regresivas, dirigiéndose una y otra vez a Dios en la oración y recibiendo de Dios el apoyo que precisa en su rebelión interior. Su oración no es simplemente asentimiento, sino una lucha con Dios. Pelea con Dios. Se querella con él. Pide cuentas a Dios de la carga que le ha impuesto. Pero no desiste. Aun cuando el pueblo siempre le decepciona, mantiene firme su confianza en él y en la promesa que Dios ha hecho a este pueblo de dura cerviz.

Como guía, Moisés muestra un aspecto que es esencial para llegar a ser hombres. El hombre ha de asumir responsabilidades. Tiene la tarea de conducir, no simplemente la de hacer lo que le digan. Como padre de familia, el hombre tiene una misión de guía. En cada grupo donde trabaja, es también un guía, aun estando sometido a las órdenes de otros. La cuestión es cómo podemos aprender a ser guías. No llegaremos a ser guías.

si nos limitamos a copiar a otros en su tarea directiva. El primer paso a dar consiste en entrar en contacto con el niño divino dentro de nosotros, con la propia creatividad e inspiración. Tenemos que aprender a confiar en el propio instinto. El segundo paso es el encuentro auténtico con nosotros mismos. El primer intento de Moisés por tomar las riendas del mando termina en un fracaso. Tiene que marchar a un país extraño y enfrentarse con su propia impotencia y sus limitaciones. Y tiene que esperar a que Dios le llame. Uno no puede constituirse a sí mismo en guía. En última instancia es una misión recibida no de los hombres, sino de Dios. Y entonces Moisés tiene que aprender a llevar adelante la voluntad de Dios —se podría decir también la visión de Dios— frente a toda clase de oposición.

Para ello se hacen necesarias tres condiciones. Por una parte, la mansedumbre o la humildad. El guía tiene que estar en paz consigo mismo para no arrojar sus sombras sobre los guiados y evitar así toda clase de confusión. Por otra parte, el distanciamiento reiterado y el diálogo con Dios. Este diálogo no es sólo una meditación silenciosa, sino un hacer partícipe a Dios de los propios sentimientos, también del enfado, del miedo y de la impaciencia. La oración se parece con frecuencia al grito y al lamento de Moisés. Nosotros gritamos nuestro enojo y nuestra decepción ante Dios desde lo más profundo de nuestro ser. Nos lamentamos y quejamos. Pero mientras expresamos a Dios nuestros sentimientos, estos pueden ir transformándose. Las inmundicias internas de las emociones se van depurando. El que guía a otros tiene que limpiar continuamente la suciedad que

en él van depositando las emociones negativas de los compañeros. No puede dejarse contaminar por esta suciedad. No puede dejarse contagiar ni de las protestas ni de la resignación.

La tercera condición es el adecuado empleo de la agresividad. A pesar de su mansedumbre, Moisés se muestra a veces agresivo. Hace trizas las dos losas de piedra con los mandamientos. Manifiesta su agresividad en el diálogo con Dios. Actúa así ante Dios para poder después presentarse de manera adecuada con su agresividad ante el pueblo. Su agresividad le ayuda a perseguir su objetivo con tenacidad y a no resignarse. Le da fuerzas para superar las contrariedades. La agresividad es, junto con la sexualidad, la más importante energía vital, que nos capacita para ser creativos. Quien cercena su agresividad, carece de fuerza. La maduración como hombre o el estancamiento en una cómoda mediocridad depende del recto uso de la agresividad. Agresividad viene de *ad-gredi*, que significa acercarse. La agresividad es la fuerza para asumir las cosas, en lugar de esquivarlas. La agresividad es la fuente desde la que el hombre crea, llevando adelante aquello que considera correcto incluso contra la oposición de hombres que prefieren conformarse con lo de siempre. La agresividad es un impulso importante para progresar. La agresividad no pretende destruir, sino emprender algo nuevo, regulando la relación con lo cercano y lo distante. Si yo soy agresivo, frecuentemente es porque otros se han extralimitado conmigo. La agresividad es la fuerza de marcar los límites entre uno mismo y los demás para que uno pueda entrar en contacto consigo mismo y con

sus impulsos interiores. La agresividad es la energía para llevar a efecto las propias ideas, aun con la oposición de dentro y de fuera.

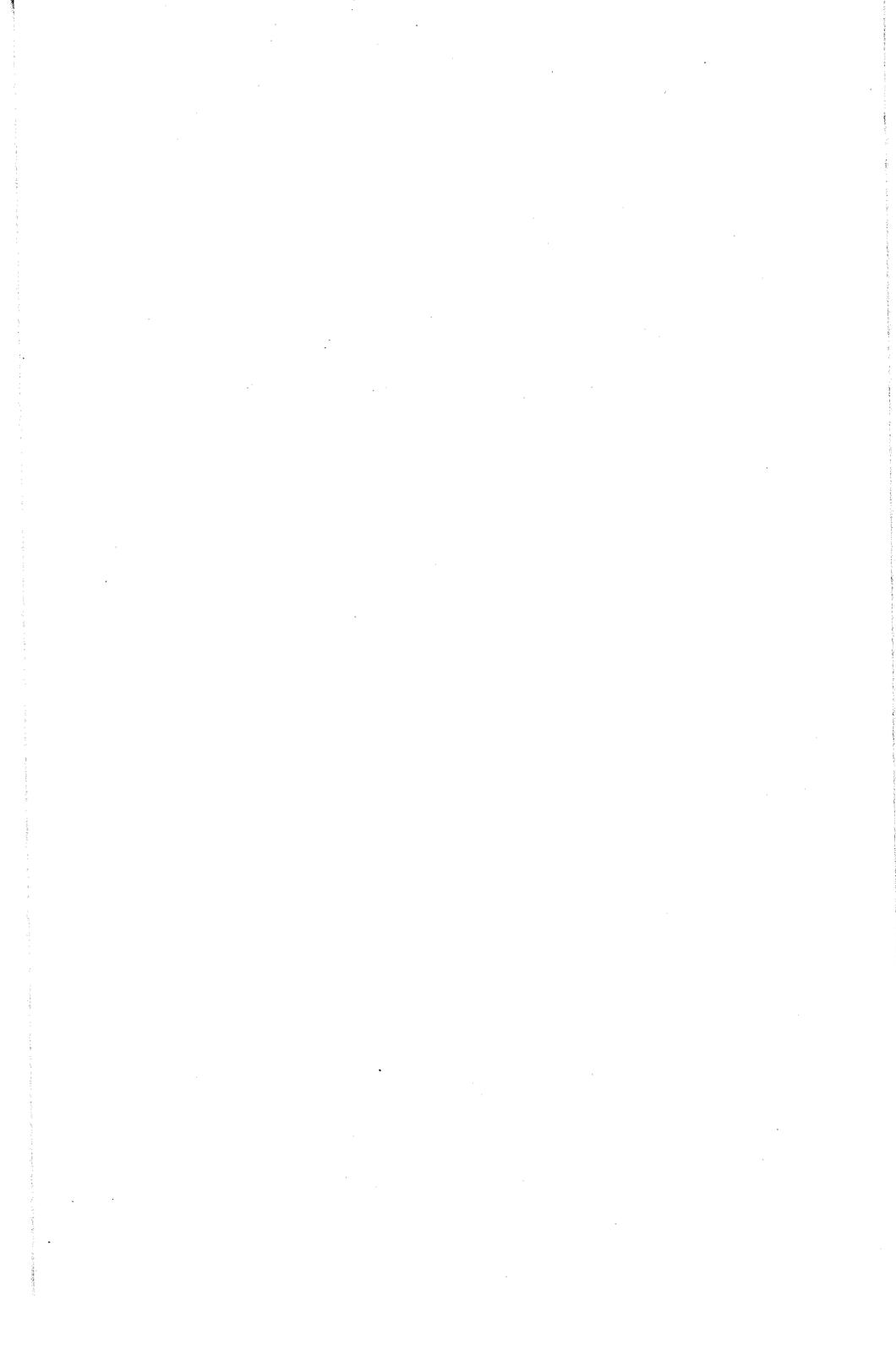
A los hombres les gusta la agresividad. Se aficionan por deportes en los que, de buenas maneras, pueden poner en juego su agresividad, por ejemplo, el fútbol, el balonmano, el boxeo o la lucha libre, el ciclismo o las carreras de coches. Se trata siempre de un uso regulado de la agresividad. La agresividad necesita la cortesía para no ser destructiva. Yo compito con los demás, sin pretender aniquilarlos. En la competición es donde los deportistas descubren la fuerza que se esconde en ellos. El rival deportivo ayuda a crecer. Un rival más fuerte estimula al corredor a acelerar todavía más su carrera. La agresividad otorga al hombre la fuerza de resistir y de mantenerse firme en su visión de las cosas frente a cualquier contrariedad. Pero la agresividad necesita también el continuo distanciamiento interior. Moisés sube a la montaña para distanciarse y poder conocer dónde y cómo ha de utilizar su agresividad.

Moisés encarna lo que Walter Hollstein espera hoy del hombre. Hollstein piensa que el hombre debe reclamar en sí lo prometeico: «idear la aventura del espíritu, concebir perspectivas y utopías, demostrando con ello que los hombres pueden todavía hoy levantar indicadores y transmitir orientación; tener el valor de afrontar los problemas, en lugar de desplazarlos y de incapacitarse así para la acción; abandonar la posición de poder y optar por la libertad»<sup>1</sup>. Moisés se compro-

---

<sup>1</sup> W. HOLLSTEIN, *Das neue Selbstverständnis der Männer*, en *Der Mann im Umbruch*, Olten 1989, 25

metió por la vida. Se entregó al desarrollo espiritual de su pueblo y, resistiendo la oposición de los perezosos, lo condujo hacia la libertad. Esta capacidad no la tuvo desde el principio. Se decidió con la llamada que Dios hizo recaer sobre él cuando él se sentía inútil, inseguro y olvidado. Quien, como Moisés, se embarca en la pedagogía de Dios y se deja conducir por él hacia la libertad, ese conseguirá ser hombre de verdad, capaz de conducir también a otros a la libertad y a la vida.



## Sansón: el guerrero

**D**esde siempre me ha fascinado la historia de Sansón. Cuando era joven, me maravillaba de la fuerza casi ilimitada que se escondía en este hombre, de su valor y de la libertad con la que se situaba por encima de todas las normas. Sansón fue, desde su nacimiento, consagrado al Señor. Su fuerza le viene de Dios. Con ella habría de liberar al pueblo del dominio de los filisteos. Es el espíritu mismo del Señor el que le impulsa. Sansón toma por mujer a una filisteo. De camino desgarró a un león que sale a su paso. En la boda plantea a los invitados un acertijo. Si en siete días no lo adivinan, tendrán que darle treinta piezas de lino y treinta vestidos preciosos. Presionado por su lloriqueante mujer, Sansón le revela el acertijo a ella, que se lo comunica de inmediato a los filisteos. Como venganza, mató a treinta hombres y los despojó de sus vestidos para dárselos a los invitados de la boda. Se separó de su mujer y se la entregaron a uno de sus amigos.

Sansón no es sólo un hombre fuerte, sino también una persona llena de fantasía cuando se trataba de encontrar el modo de fastidiar a los filisteos. Cazó trescientos zorros, ató los zorros rabo con rabo y puso entre

los rabos una tea, que él encendió. Los zorros echaron a correr con la tea encendida por los campos de trigo, por los viñedos y por los olivares. Toda la cosecha quedó destruida. Cuando gentes de su propio país le capturaron y le entregaron a los filisteos, rompió las ataduras y con la quijada de un asno mató a los filisteos. Poco después Sansón se enamoró de otra filisteo, llamada Dalila, y se casó con ella. Los filisteos la rogaron que averiguara de dónde le venía a Sansón aquella fuerza extraordinaria. Las tres primeras veces, Sansón engaña a su mujer. Ella le replica entonces: «¿Cómo puedes decir que me amas, si no tienes confianza en mí? Por tres veces te has burlado de mí y no me has revelado el secreto de tu extraordinaria fuerza. Y así lo importunaba un día y otro día, y lo mareaba hasta causarle un fastidio de muerte. Así que tuvo que decirle la verdad: La navaja no ha pasado nunca por mi cabeza, porque estoy consagrado a Dios desde el vientre de mi madre» (Jue 16,15-17). Como nazireo, es decir, como consagrado a Dios, no podía él, según la costumbre judía, cortarse el pelo. Pero Dalila dejó que su marido se durmiera sobre sus rodillas y le cortó todo el cabello, de forma que la fuerza le abandonó. Los filisteos lo capturaron y le sacaron los ojos. Después lo metieron en la cárcel. Cuando, pasado algún tiempo, celebraban una gran fiesta, llevaron a Sansón para divertirse con él. Pero en el intervalo sus cabellos fueron creciendo de nuevo. Él se agarró a las columnas sobre las que descansaba la casa y las derribó. Todo el edificio cayó sobre él. «Así, los que mató al morir fueron más que los que había matado en vida» (Jue 16,30).

La Iglesia antigua interpretó teológicamente la qui-jotesca historia de Sansón. Vio en Sansón, en el hombre del sol —cuya historia se recuerda en las aventuras del héroe griego Heracles—, una figura de Cristo. Como el nacimiento de Jesús le fue anunciado a María, así le anuncia un ángel a Manoah el nacimiento de un hijo. El hijo es consagrado a Dios. Su victoria sobre los enemigos es vista como imagen de la victoria de Jesús, que con su palabra derrota a los adversarios. El hecho de que Sansón arranque de cuajo las dos puertas de la ciudad de Gaza se convierte en imagen de la resurrección de Jesús, con la cual son derribadas las puertas de la muerte. Sansón es, igual que Jesús, apresado y ultrajado. Su muerte, con la que los enemigos quedan aniquilados, aparece como prefiguración de la muerte de Jesús en la cruz, con la cual él nos libera de nuestros enemigos. La Iglesia antigua restó fuerza de esta manera a los rasgos más chocantes de la historia de Sansón. Pero, dejando a un lado esta interpretación de los padres de la Iglesia, la historia de Sansón podría entenderse también como un modelo arquetípico para nuestro camino hacia la plena realización de la masculinidad. Propio de la identidad del hombre es vencer el mal, no dejarse determinar por los enemigos de la vida, no obstinarse en el papel de víctima, sino luchar por la vida. Y en el camino hacia nuestra realización como hombres tenemos que asumir el riesgo de poder perder también en el combate.

Sansón es el típico guerrero. El arquetipo del guerrero no cuenta hoy con buena prensa. Las dos guerras mundiales se han cobrado infinidad de vidas humanas, y siempre hay guerreros que impulsan al mundo a nue-

vas guerras. El arquetipo del guerrero tiene dos caras contrastantes. Lo muestra ya el dios griego de la guerra, Ares (el latino Marte), que, por una parte, representa la fuerza masculina positiva y, por otra, era el menos respetado de los dioses del Olimpo a causa de su irritabilidad y su propensión a la lucha. El hombre-Ares tiene «un hilo directo con sus sentimientos y su cuerpo»<sup>1</sup>, pero puede encarnar también el deseo incontrolado de pelea.

En el sentido positivo, el guerrero es imagen del que sabe enfrentarse con sus propios miedos y toma en sus manos las riendas de su vida. El auténtico guerrero lucha siempre por la vida. Jamás lucha contra alguien, sino a favor de los hombres, para que ellos puedan vivir en paz. Sin hacer realidad el arquetipo del guerrero, «nunca nos capacitaríamos, de manera consciente, para la paz y la solidaridad»<sup>2</sup>. El verdadero guerrero se hace responsable de su vida. Toma distancias respecto a las expectativas de los demás. Pero esto le lleva al conflicto. Muchos evitan los conflictos por las malas experiencias que han tenido de ellos. Pero, para desarrollar nuestra identidad, no podemos dejar los conflictos por el camino. Acabaríamos llenos de resentimiento. Y este resentimiento se descargaría en cualquier ocasión adversa. Sigmund Freud criticaba los métodos de educación en su tiempo, porque tales métodos no preparaban a los jóvenes para la agresividad. Precisamente en nuestro

<sup>1</sup> J. S. BOLEN, *Götter in jedem Mann. Besser verstehen, wie Männer leben und lieben*, Munich 1998, 256.

<sup>2</sup> H. FISCHEDICK, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 149.

tiempo, cuando los jóvenes se sienten inclinados a la violencia, se hace precisa una orientación adecuada sobre el buen uso de la agresividad, sin dañar a nadie. La violencia es una utilización inadecuada de la agresividad. El violento está dominado por su agresividad, en lugar de ser él quien la domina. La agresividad pretende regular la relación de lo cercano y lo distante y me capacita para tomar distancias respecto a las expectativas de los demás. La violencia la ejerce solamente aquel que ha dado a otro poder sobre sí. Por no ser capaz de distanciarse, quiere aniquilar al que le tiene dominado interiormente. Pero así se destruye también a sí mismo. El violento se hace violencia a sí mismo. Da muerte a su alma.

Sansón no es todopoderoso. Tiene su punto débil. Cuando se le corta el cabello, la fuerza le abandona. Los griegos hablan de Aquiles, el más valiente de los héroes, pero vulnerable en su talón. Los alemanes cantan las hazañas de Sigfrido, que tampoco era totalmente invulnerable. Cuando se estaba bañando en la sangre del dragón, una hoja de tilo cae sobre su hombro, quedando aquel lugar exento de invulnerabilidad. Quien se embarca en el combate de la vida se verá herido en un momento u otro. Nuestra sociedad va precisamente en busca de las debilidades de hombres fuertes, que ocupan el primer plano de la pantalla publicitaria; los espía en toda regla. Muchos hombres tienen miedo de que sus puntos débiles sean descubiertos. Se atrincheran detrás de sus supuestas corazas o se esconden tras una fachada de cortesía. Se preocupan sobre todo de no cometer ningún error, pero así tampoco sale de ellos nada posi-

tivo. No asumen ningún riesgo; dejan de luchar a favor de una buena causa por miedo al posible fracaso, como si todo el mundo fuera a desplomarse sobre ellos. Se niegan a poner en juego su vida por razón de la justicia y de la paz. El hombre auténtico no disimula sus debilidades. Lucha incluso con las heridas abiertas, aun cuando el público lo acose todavía más.

Los griegos hablan de «agonía», del dolor intenso del hombre. Lucas nos presenta a Jesús en el huerto de los olivos sumido en profunda agonía. Ethelbert Stauffer entiende la agonía como «miedo por la victoria ante la batalla cercana y decisiva, de la que depende el destino del mundo»<sup>3</sup>. Agonía es la lucha a muerte, la disposición a comprometerse en algo, aun cuando cueste la vida. Propio de la masculinidad es evidentemente el exponerse al peligro de muerte en la lucha por la vida. Patrick Arnold, un jesuita americano que ha escrito sobre el arquetipo del guerrero, dice que «un hombre ha de aprender a vivir en agonía, aun cuando haya tomado la decisión de permanecer como espectador y pasar su vida observando lo que sucede a su alrededor sentado en una mecedora en la terraza y con una limonada en compañía de sus tías solteras»<sup>4</sup>. Quien se sitúa frente al arquetipo del guerrero no tardará en sentirse impactado y lleno de miedo. Se está enfrentando a la vida misma, con sus conflictos. De este modo puede brotar de él vida, mientras que del simple espectador no brota nada, a no ser aburrimiento e irritación. Los espectadores son sin duda quienes mejor

---

<sup>3</sup> W. GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Lukas*, Berlín 1966, 412.

<sup>4</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 61.

saben todas las cosas, pero nunca llegan a conocerse a sí mismos en la confrontación con la vida.

Hoy, ante los signos de terror y la continua amenaza de guerra, se hace especialmente necesario reflexionar sobre el arquetipo del guerrero. El peligro más grave es el de los hombres emocionalmente heridos, «que en su sentido, su valor y su masculinidad no están seguros»<sup>5</sup> de poder identificarse con este arquetipo. De tales guerreros no se puede esperar más que destrucción y ruina. El mandamiento principal del guerrero es «no actuar nunca de manera violenta, ni por ira ciega ni por deseo de venganza»<sup>6</sup>. Quien tiene que destruir a los demás por estar él interiormente destruido, ese no es un guerrero. Es más bien alguien que, dominado por el arquetipo del guerrero, se va destruyendo a sí mismo cada vez más. Robert Bly piensa que el verdadero arquetipo del guerrero tiene que ver algo con la protección de nuestras fronteras psíquicas. El guerrero se desmarca y se protege frente a las intromisiones externas, frente a los pinchazos de su entorno. Ser guerrero equivale a resistir frente al mal y remite a las peculiaridades más importantes de la masculinidad: «valor, entrega, perseverancia, destreza y serenidad heroica»<sup>7</sup>. El guerrero no es violento, sino que lucha por la paz. Luchadores por la paz, como Mahatma Gandhi y Martin Luther King, encarnan el arquetipo del guerrero cuando se niegan a permanecer en el papel de víctimas. Con la fuerza del guerrero, ellos, frente a una gran oposición, han llamado a la paz y han

---

<sup>5</sup> *Ib.*, 142.

<sup>6</sup> *Ib.*, 145.

<sup>7</sup> *Ib.*, 142.

creado paz. El contrapunto del guerrero no es el que trabaja por la paz, sino la víctima pasiva, que se identifica con su papel de víctima y se lamenta siempre de lo mal que va todo sin decidirse nunca a luchar por el bien.

La historia bíblica de Sansón pone ante nuestros ojos aspectos fundamentales de un guerrero. Refrena a un león. Se mide con el león. Entra en contacto con la fuerza del león. Ejerce bien su agresividad. Es también amigo de adivinanzas: no lucha sólo con su fuerza corporal, sino también con su inteligencia. Se trata de una batalla divertida. Es igualmente un contorsionista. Sabe cómo romper las cadenas con las que le han atado sus propios compatriotas para entregarlo a los filisteos. Además, no se deja sobornar, ni siquiera por sus amigos. El guerrero es el hombre independiente, libre de lazos familiares. Nadie puede aferrarlo. Finalmente, en la lucha contra los enemigos, Sansón pone en juego su propia vida. Nosotros necesitamos hoy hombres así, que se desliguen de toda atadura y se emancipen de grupos absorbentes para luchar en libertad por la vida.

Quizá haya una razón que explique el escaso interés que muestran actualmente los hombres por la espiritualidad: disponen de tantos elementos tranquilizantes y adormecedores que ya son incapaces de percibir la fuerza del guerrero. En los orígenes del monacato se concebía el camino espiritual como una lucha. Benito de Nursia habla de la «*militia Christi*», del servicio militar para Cristo. Benito exhorta al monje a empuñar las armas de la obediencia «para servir (*militari*) al verdadero rey, Cristo, el Señor» (*Regla de san Benito*, Prólogo 3). Benito se sitúa en la tradición de los primeros monas-

terios y de los padres de la Iglesia, que, en continuidad con el modo de pensar de los filósofos estoicos, hablan de combate espiritual, de lucha contra las pasiones y contra los demonios. Así escribe Basilio: «Un soldado de este mundo se lanza a la guerra contra un enemigo visible. Frente a ti, sin embargo, nunca dejará de haber un enemigo invisible a combatir» (Holzherr 37). Más adelante dirá que nada ha de retener al soldado de Cristo de «servir a Cristo Rey». Desde una perspectiva psicológica, se podría traducir: servir al verdadero yo, buscar sin desfallecer el camino hacia el propio centro.

Para Benito es evidente que el auténtico combate se libra en el interior del corazón. El combate espiritual fascinó entonces a muchos jóvenes, sin duda a los más fuertes. Hoy son más bien los hombres depresivos los que se sienten atraídos por la espiritualidad. Nuestro tiempo necesita de nuevo algo de aquella espiritualidad masculina que encarnó el monacato primitivo. Crecería entonces el número de hombres que se sentirían invitados a emprender el combate espiritual. Pero este combate no es sólo un combate interior, sino también un combate hacia fuera, una confrontación constante con los retos de la vida. El guerrero se mantiene firme en esa confrontación. No se retira cuando las dificultades aparecen. La actitud básica de la orden benedictina, la «*stabilitas*», expresa concretamente una constancia firme en la vida conventual. No se trata solamente de un permanecer en el mismo lugar, sino sobre todo de un persistir, de un no-desistir ante los conflictos de la vida. Quien se mantiene firme en el combate llega a comprender, tal como lo hicieron los primeros monjes,

el espíritu de Jesús. Jesús fue también un luchador, uno que no se rindió, sino que resistió con firmeza. No esquivó el conflicto, sino que lo afrontó y soportó hasta el amargo final de la cruz.

La Iglesia primitiva conoce muchos santos que fueron soldados, como san Jorge, san Acacio y san Mauricio. Las leyendas que rodean a estos santos subrayan su entrega miliciana a la defensa de la vida. Eran guerreros que no orientaban su parte belicosa en contra de los hombres, sino a favor de su protección y su seguridad. De todos modos, la guerra no es lo mismo que la lucha. Nosotros luchamos en un campeonato deportivo. Luchamos por nuestro objetivo. En la imagen de la guerra juega siempre un papel importante el enemigo, es decir, alguien que amenaza nuestra vida. Para los primeros monjes, los soldados santos eran modelos a imitar por su lucha contra los demonios, que salían a su encuentro y les obstaculizaban su camino hacia la vida. Por eso concibió san Benito la vida monacal como un servicio militar, como una confrontación permanente con las fuerzas que me quieren destruir.

En la Edad media se daba el vasallaje de los caballeros. Estos libraban duras batallas por la mujer que apreciaban y adoraban. Combate y amor estaban unidos para ellos. El caballero no era simplemente el tipo impetuoso; era aquel que ponía en un mismo saco lucha, medida y disciplina. Siempre se inclinaba a favor de los pobres y, en el amor, fantaseaba por una mujer de la nobleza, sin querer poseerla para sí. El filósofo judío Walter Schubart denomina a esta forma de amor como amor de adoración. Él escribe: «La erótica de la adoración surgió

en el siglo XII con el aprecio por la mujer... Tenían que ser mujeres geniales aquellas que entonces enardecieron al hombre hasta llevarle a la adoración, derribando la distinción de clases que había determinado la relación del género humano»<sup>8</sup>. Nosotros tendemos a pensar que los guerreros tratarían de manera ruda a las mujeres. En el caso del vasallaje de los caballeros, lo contrario es precisamente lo que se ajusta a la realidad. El caballero no pretendía poseer a la mujer. La amaba y cantaba su amor en maravillosas canciones. Pero mantenía siempre una distancia respetuosa con la mujer adorada. Nosotros no podemos reproducir ese amor caballeresco. Pero sí podemos aprender de él a unir dentro de nosotros al guerrero y al galán. No hay duda de que existe una relación profunda entre estos dos arquetipos. El rey David, sobre el que ahora nos detendremos, une en sí las dos figuras del guerrero y el galán.

---

<sup>8</sup> W. SCHUBART, *Religion und Eros*, Munich 1941, 121-122.



## David: el rey

**D**avid es el gran guerrero en la historia de Israel, y es al mismo tiempo el gran rey. Una y otra vez el pueblo dirige hacia él su mirada. Siendo guerrero y rey, es además cantor y poeta, y también amante. Richard Rohr piensa que el rey compendió en su persona todos los arquetipos. En David percibimos que uno puede luchar y amar a la vez. Él fue capaz de actuar con firmeza y de tocar y cantar con la cítara. Integró en unidad la tensión expresada en el título de nuestro libro. Es propio del hombre luchar y amar simultáneamente. De David podemos aprender a integrar en nosotros ambos polos.

David no fue sólo amante, sino también amigo. Su amistad con Jonatán, el hijo de Saúl, su más enconado enemigo, es descrita en la Biblia con palabras conmovedoras. Los homosexuales ven en esta amistad entre los dos guerreros un ejemplo de lo que ellos sienten entre sí. No significa esto que David o Jonatán fueran homosexuales. De ello no nos dice nada la Biblia. Pero los sentimientos que ambos experimentan en su interior tienen al menos un colorido homoerótico. No se trata de una simple camaradería entre dos guerreros, sino de una amistad emocionalmente profunda. El rey David

es, pues, todo: guerrero, amante, amigo, poeta y cantor. ¿Cómo podemos integrar en David facetas tan diversas? Veamos la historia de David tal como nos la presenta la Biblia.

Samuel ungió como rey a Saúl. Pero cuando Saúl se mostró desobediente frente a Dios, fue rechazado. Dios ordenó a Samuel que se dirigiera a la casa de Jesé. Allí le comunicaría a quién debía ungir por rey. Sobre el hijo más joven fue sobre quien Samuel derramó el cuerno de aceite. Pero esa unción regia permaneció secreta para el pueblo. Después de que el Espíritu del Señor abandonará a Saúl, este entró en un estado de depresión, o como dice la Escritura: «un mal espíritu le atormentaba» (1Sam 16,15). Sus criados le instaban a que buscara a alguien que pudiera tocar la cítara, para que así se alejara de él aquel mal espíritu. De este modo es como David entró al servicio de Saúl. Y Saúl le fue tomando aprecio. Cada vez que Saúl se veía atormentado por el mal espíritu, David se ponía a tocar la cítara. «Y Saúl se calmaba, mejoraba y el mal espíritu se alejaba de él» (1Sam 16,23).

Cuando los israelitas tienen que luchar contra los filisteos, el guerrero más destacado de estos, el gigante Goliat, desafía a los israelitas pidiendo que saliera uno de ellos a batirse con él. Nadie se atrevía. El joven David da entonces un paso adelante. Toma su cayado, busca cinco piedras bien lisas y las mete en su zurrón de pastor. Goliat se tomó a mofa que aquel joven se enfrentara con él: «¿Es que soy un perro, para que vengas contra mí con un cayado?» (1Sam 17,43). Pero David lanzó con su honda una piedra, que se clavó en la frente del gigante Goliat. Este se desplomó como un

árbol y, con su propia espada, David le cortó la cabeza. Desde siempre ha fascinado a los hombres que un joven desarmado venciera al veterano guerrero. La confianza en Dios aparece aquí en contraposición a la confianza en las propias fuerzas. Pero la confianza en la ayuda de Dios es también la que robustece la convicción del joven David de poder enfrentarse sin armas a un guerrero perfectamente equipado. Quien se apoya en Dios no necesita acorazarse. Sin armas, puede salir al encuentro de aquel que se mofa de él y le desafía.

David es aclamado como héroe. Esto hace que Saúl se vuelva celoso e intente a partir de entonces acabar con él. Pero David entabla amistad con Jonatán, el hijo de Saúl. «Jonatán se encariñó de David» (1Sam 18,1). Cuando el padre lo amenaza, él está al lado del amigo. David tiene que huir de Saúl. Por dos veces puede David matar a Saúl. Pero en ambas ocasiones perdona la vida al enemigo. Finalmente, tanto Saúl como Jonatán caen en la batalla contra los filisteos. David entona un sentido lamento. Deplora la muerte de su enemigo Saúl: «Hijas de Israel, llorad por Saúl, que tan lujosamente os vestía de púrpura» (2Sam 1,24). Palabras conmovedoras encuentra David para expresar su amistad con Jonatán: «¡Qué angustia me ahoga, hermano mío, Jonatán! ¡Cómo te quería! Tu amor era para mí más dulce que el amor de las mujeres» (2Sam 1,26). David no es ahora el duro guerrero. Lucha por la vida. Es capaz de afecto. Su amistad con Jonatán muestra la intensidad de los sentimientos y del amor que hay en él. Su amor no se agota en sus dos mujeres, Abigail y Ajinoán, y en su amada Betsabé, sino que abarca también al joven Jonatán. Su

amistad con él podría verse como paradigma de una relación entre dos hombres. Los homosexuales se sienten profundamente conmovidos por la canción de amistad que David entona por Jonatán. Pero también los hombres heterosexuales y las mujeres pueden entenderla.

Como rey, David no tiene en principio más que éxitos. Unifica al pueblo y lo libra de sus enemigos. Frente a la casa de Saúl se muestra indulgente. Parece como si David fuera el rey perfecto. Pero también él tiene sus sombras. Piensa que, como rey, todo le está permitido. Pronto toma el desquite. Cuando desde el tejado de su palacio real ve bañarse a una hermosa mujer, la desea para él. Ordena que se la lleven y se acuesta con ella. Ella queda embarazada. Entonces David hace volver a casa a su marido Urías, que se encontraba en el campo de batalla. Quiere que se acueste con su mujer Betsabé, para encubrir así la procedencia del niño. Sin embargo, Urías se niega. David escribe entonces una carta a Joab, el jefe del ejército, ordenándole que ponga a Urías en primera fila y que lo dejen solo cuando la batalla arreciara. De este modo, envía a Urías a la muerte segura. Dios, por su parte, manda al profeta Natán dirigirse a David. Natán le reprocha su pecado. En forma de una parábola, muestra a David que ha obrado del mismo modo que aquel hombre rico que roba al pobre su única oveja y le anuncia que será castigado: morirá el hijo que David espera de la mujer de Urías. Más aún, el profeta le amenaza con la experiencia de la desgracia en su propia casa. Absalón mata a su hermano Amnón por haber violado a su hermana y se levanta contra su propio padre. Se hace nombrar rey, de modo que David tiene

que huir de Jerusalén. En la huida, David se encuentra con un hombre llamado Semey, que se puso a maldecirle. Viendo que sus acompañantes estaban dispuestos a matarlo, David se lo prohibió con estas palabras: «Si el Señor le ha mandado que maldiga a David, nadie puede reprochárselo» (2Sam 16,10). A diferencia de tantos reyes, que de inmediato acallan toda clase de crítica, David se deja maldecir. Es capaz de enfrentarse con su sombra y sus errores. Sabe que tampoco él es infalible y carga con toda su culpa.

Absalón emprende una campaña contra su propio padre con el fin de eliminarlo. La gente de David, sin embargo, derrota al ejército del desalmado hijo. David había ordenado que respetaran la vida de su hijo. Pero cuando este quedó colgado de una encina, enredado en ella por su larga cabellera, Joab lo mató contra la ordenada por David. Al enterarse David de la muerte de su hijo, expresó a gritos su lamento. David regresó de nuevo a Jerusalén y nombró como sucesor suyo a su hijo Salomón. Este sería famoso en todo el mundo por su sabiduría, pero al final de su vida se volvió engreído y se apartó del camino de Dios. David, sin embargo, siguió siendo hasta el final de sus días el rey temeroso de Dios. Sus últimas palabras fueron estas: «Ha hablado el Dios de Jacob, la Roca de Israel me ha dicho: El que gobierna a los hombres con justicia, el que gobierna con temor de Dios, es como la luz de la mañana al salir el sol, mañana esplendorosa y sin nubes, en la que tras la lluvia brota el césped» (2Sam 23,3-4).

David es el rey, el hombre que decide por sí mismo, que no se deja determinar por los demás. Pero, para

llegar a esto, David tiene que pasar por un doloroso proceso de aprendizaje. Al principio piensa que, como rey, puede satisfacer todos sus deseos. Cuando desea a una mujer, esta tendría que acatar su voluntad. El profeta Natán, sin embargo, le obliga a confrontarse con su falso proceder. David, a diferencia de tantos políticos, no rehúsa esta confrontación. Al contrario, afronta con valentía su culpa y la asume. Se lamenta por su hijo, que debe morir. Pero, una vez muerto, se lava y se pone una vestimenta nueva. Acepta lo que Dios ha dispuesto para él. Quien se embarca en el combate de la vida y quien asume responsabilidades para con otros experimentará siempre sus limitaciones. Sentirá la tentación de considerarse poderoso y de sobreestimarse. Pero la vida le hará poner los pies en la tierra. David no cabalga siempre sobre la ola de sus éxitos. Se ve obligado a huir ante su propio hijo. Tiene que presenciar cómo luchan sus hijos entre sí. En todo lo que sucede, David se dirige siempre a Dios. A él le pide consejo. Y acude al profeta y a los sacerdotes, no sólo a los políticos. Se podría decir que busca consejo en el ámbito espiritual. Retorna siempre a la fuente del espíritu divino para beber de la sabiduría de Dios. Es consciente de que la sola razón no capacita para gobernar. Necesita otra fuente para poder desempeñar de manera correcta su responsabilidad por este mundo.

La sombra del rey santo, aun cuando lleve al país a la prosperidad, es el tirano que quiere avasallar a los demás para acrecentar su escasa autoestima. Tiene que hacer pequeños a los demás para poder creer en su propia grandeza. Las acciones de tales tiranos quedan

impregnadas de «tácticas intimidatorias, coacción, manipulación, vileza y paranoia»<sup>1</sup>. En el país de un tirano, los súbditos pasan a la defensiva, en lugar de asumir riesgos. Reina el ordeno y mando, en lugar de la creatividad. La vida se extingue. Una fuerte tentación en el hombre es la de imitar a este arquetipo negativo de rey. La otra gran tentación es la de esquivar toda responsabilidad, permaneciendo un eterno adolescente, un «*puer aeternus*», como denomina C. G. Jung a un hombre así. Se habla también del «complejo de Peter Pan». Pan era el hijo del dios griego Hermes y es la imagen del joven que nunca llega a madurar. Pan «vive en un mar de posibilidades, sin decidirse nunca a comprometerse en un asunto o en una cuestión por no querer arriesgar la próxima posibilidad que se le ofrezca»<sup>2</sup>. Patrick Arnold piensa que hoy tiene buen mercado en la cultura popular el *puer aeternus*; el hombre agradable, pueril y superficial. Cuando contemplamos la televisión, no son auténticos hombres los que descubrimos en ella, sino muchachos imberbes. Incluso la propaganda tiene hoy claramente problemas para mostrar hombres de verdad. Pero esta tendencia es peligrosa no sólo para la plena realización de la masculinidad, sino también para nuestra sociedad. Los eternos adolescentes no lograrán conducir esta sociedad a un puerto mejor. Se niegan a cualquier atadura o compromiso y rehúsan la tenacidad. El eterno adolescente es imagen del hombre que no se

---

<sup>1</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 161.

<sup>2</sup> J. S. BOLEN, *Götter in jedem Mann. Besser verstehen, wie Männer leben und lieben*, Munich 1998, 244.

compromete. Tan pronto como llega a la mediana edad y se da cuenta de que la vida se le ha escapado, cae en la típica depresión de esa edad.

David no es desde el comienzo el rey lúcido e indulgente. Tiene que recorrer un largo camino, con muchos peligros, decepciones e intrigas, con debilidades y miedos personales, hasta llegar a la clemencia, a la compasión consigo mismo y con los hombres que le rodean. En todas sus batallas, David se muestra capacitado para la amistad. Manifiesta tener sentimientos. No se esconde tras la coraza de un ejército. Es un luchador que llora la pérdida de los seres queridos. Es un amigo que se mantiene firme en la amistad. Es un músico que canta ante Dios sus experiencias con la vida. Pone al descubierto lo que siente en su interior. Ya de joven es tañedor de cítara, ama la música y con ella consigue levantar el ánimo del depresivo Saúl. Músico y guerrero. Para nosotros hoy son dos realidades contrapuestas. Apenas podemos imaginarlas unidas. En su integración, sin embargo, se deja percibir una imagen esencial de la plena realización de la masculinidad. Sólo quien armoniza ambos polos, la música y la lucha, la diversión y la responsabilidad, el sentimiento y la razón, junto con la voluntad, consigue aquella madurez que caracterizó al viejo rey David.

El arquetipo de rey que podemos reconocer en David muestra a un hombre que vive por sí mismo, sin dejarse determinar por lo de fuera, que mantiene su identidad, que está en armonía consigo mismo. Rey es aquel que crea orden dentro de sí, que estructura de manera adecuada no sólo el reino exterior, sino también el ámbito interior de su propia alma. Richard Rohr piensa que la

tarea fundamental del rey es la de instaurar el orden y la paz allá donde reina: «Sólo con su presencia, los hombres se sienten seguros y protegidos. Es un rey aquel que, al llegar a un lugar, puede infundir en el grupo que lo habita el sentimiento de seguridad y protección»<sup>3</sup>.

La figura del rey es en los cuentos el modelo del hombre que mantiene integradas todas sus fuerzas anímicas. Tres príncipes son siempre los que acuden a ayudar al padre enfermo. Y es precisamente el más joven el que lleva al padre el remedio para poder recuperar la salud. Los tres hijos representan a las tres partes del ser humano: el espíritu, el alma y el cuerpo; o la razón, la emoción y el impulso; o la cabeza, el corazón y el estómago. Con frecuencia, los dos hijos mayores fracasan en el camino por no proceder de manera cautelosa con los animales protectores que salen a su encuentro. Les conducen a la posada. Les llevan a disfrutar de su alta posición, dejando de lado el camino de su realización personal. Los cuentos muestran así los peligros que acechan al hombre en el camino de su realización. Para llegar a ser rey, yo tengo que aceptar todo lo que hay en mí y reconciliarme con ello, también con la parte animal, con lo despreciable y lo selvático. El rey otorga finalmente su poder a su hijo y le imparte su bendición. También esto pertenece a la esencia del rey: bendecir a otros. ¡Cuántos jóvenes desean ser bendecidos por un hombre mayor, por un rey!

Para Platón, el filósofo griego, rey no es sólo el que

---

<sup>3</sup> R. ROHR, *Der wilde Mann. Geistliche Reden zu: Männerbefreiung*, Munich 1986, 89-90 (trad. esp.: *El hombre salvaje: charlas espirituales sobre la liberación masculina*, Comercial, Valencia 1997).

gobierna un país, sino también aquel que conoce las alturas y profundidades del ser humano. Asumiendo esta acepción griega, Lucas presenta a Jesús como rey. Él es el verdadero rey precisamente en la cruz, ya que allí es donde puede medir toda la altura y toda la profundidad de este mundo. De manera distinta es entendida la realeza de Jesús en el evangelio de Juan. La realeza de Jesús no es de este mundo. Se trata de una realidad interior, a la que no tiene acceso el mundo exterior y que nadie le puede arrebatar. Jesús tiene una dignidad regia, que está por encima de cualquier poder humano. Y lo que Jesús dice de él, también nosotros nos lo podemos aplicar a nosotros mismos: «Mi reino no es de este mundo». Con relativa frecuencia he despedido a algunos hombres con esta frase para que la repitieran durante un cierto espacio de tiempo. Les he recomendado colocar un guijarro sobre su cabeza, que les obligara a andar erguidos. Ellos deben entonces pronunciar esta frase en cualquier circunstancia de la vida, sobre todo en situaciones de debilidad, de abatimiento, de frustración y de trauma. Sienten entonces que hay algo en ellos que no puede ser destruido. Lo regio en ellos proviene de Dios. No es de este mundo. Y por eso el mundo no puede dañarlo. Esto hace libres. Con esa frase tomo yo contacto con mi propio espacio interior, donde reina sólo Dios. El señorío de los hombres no tiene ahí entrada. Ahí tampoco tienen poder alguno sobre mí las voces autodespreciativas del super-yo.

Todo cristiano ha sido ungido como rey en el bautismo. El arquetipo del rey pertenece, pues, esencialmente al cristiano. Ser rey significa que yo no puedo tenerme

en menos de lo que soy, que he de tomar conciencia de mi dignidad divina, que he de emprender el camino hacia la libertad interior y que he de hacerme responsable del país que Dios me ha confiado. Por lo general, este país no es para nosotros un país exterior, sino una familia, una empresa, un grupo. Pero es también el país de la propia alma con su altura y su profundidad, con sus montañas y sus valles. Rey es solamente aquel que no echa sobre otros la responsabilidad de su propia situación y toma en sus manos las riendas de su vida.



## Salomón: el amante

Salomón es presentado en el primer libro de los Reyes como monarca sabio. Dios le permite en sueños expresar una petición. Salomón no pide riquezas, sino sabiduría: «Da, pues, a tu siervo un corazón sabio para gobernar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo» (1Re 3,9). Dios le responde: «Te doy un corazón sabio y prudente, como no ha habido antes de ti, ni lo habrá después» (1Re 3,12). Esta sabiduría la demuestra Salomón en el proverbial «juicio salomónico», cuando dos mujeres se dirigen a él acusándose mutuamente de haber arrebatado la una el hijo de la otra. Cuando Salomón decide partir en dos al niño en cuestión, una mujer le ruega que se lo dé a la otra, pero que no lo mate. Salomón reconoce en ella a la verdadera madre. El pueblo queda asombrado de su sabiduría. Hasta la reina de Saba viene para admirar su sabiduría. La Biblia dice de él: «Salomón superó en sabiduría a todos los orientales y egipcios» (1Re 5,10). Lucas ve cumplida la sabiduría de Salomón en Jesús: «Aquí hay uno que es más que Salomón» (Lc 11,31). Jesús encarna toda la sabiduría de los judíos y de los griegos, del oriente y del occidente. El Antiguo Testamento atribuye a Salomón

muchos proverbios, Salmos e Himnos. Le considera el autor del libro de los Proverbios, del Eclesiastés y del Cantar de los Cantares. En época posbíblica surgen los Salmos de Salomón y las Odas de Salomón. Todo esto demuestra que a Salomón se le tiene por poeta que canta tanto la sabiduría como el amor.

Salomón es famoso no sólo por su sabiduría, sino también por haber amado a muchas mujeres: «Tuvo setecientas esposas con rango real, y trescientas concubinas» (1Re 11,3). La Biblia no le reprocha que tuviera tantas mujeres. En aquella época era algo habitual. Era otra manera de vivir la sexualidad y el erotismo. Este dato sobre el elevado número de mujeres que tuvo Salomón lo podemos comprender también en sentido figurado. En él se nos mostraría que el hombre, tanto ayer como hoy, no se relaciona sólo con su esposa, sino que lo hace con otras muchas mujeres, que despiertan igualmente en su interior sentimientos eróticos. La cuestión es cómo procede con tales sentimientos: ¿Desea poseer también todas aquellas mujeres por las que siente algo, o las respeta en libertad y se alegra de su hermosura y su fulgor?

La Biblia no reprocha al amante Salomón que amara a tantas mujeres, sino que entre ellas hubiera muchas extranjeras que, practicando cultos extraños, le arrastraran también a él a adorar a sus dioses. Salomón mandó construir altares en honor a todos los dioses y diosas que sus mujeres adoraban. Se podría decir: El amor a las mujeres se convirtió para él en fatalidad al verlas como diosas. Cuando yo identifico a una mujer con una figura arquetípica, por ejemplo con una diosa o una redento-

ra, entonces me incapacito para el verdadero amor: No amo ya a la mujer, sino al arquetipo que veo en ella. Una vez se me acercó un hombre y me contó que su amiga era para él su redentora. Para mí estaba claro que aquella relación no podía ir bien. Al poco tiempo rompieron. Amar a una mujer significa amarla como mujer, no como una diosa que cura todas mis heridas y soluciona todos los problemas.

Un factor que contribuyó a degradar desde el principio las relaciones amorosas de Salomón con las mujeres fue el hecho de ganárselas sólo por su posición de rey. No tuvo que luchar por ellas. Le faltó la condición de guerrero para llegar a ser un buen amante. Sin desarrollar la faceta de guerrero, el hombre es incapaz de conquistar a una mujer. Al que no es guerrero le falta la pasión en el amor. Su amor resultará pronto aburrido. Y consiguientemente necesitará una mujer tras otra, porque no sabe amar adecuadamente a ninguna.

De Salomón se dice que «su corazón no perteneció ya al Señor, como el de su padre David» (1Re 11,4). Dios se enojó con Salomón y le amenazó con despojarle de su reino. Los cuarenta años del reinado de Salomón, que tan sabiamente había comenzado, terminaron así en la división de Israel. Dado que Salomón estaba dividido consigo mismo, también el pueblo se dividió en el reino del sur y el reino del norte. David había comenzado de la nada y murió como gobernante sabio. Salomón comenzó como rey sabio y rico y terminó como un hombre que, dividido por las encontradas tendencias de su alma, provocó la división en su entorno. Tal fue el destino trágico de este gran rey. Pero es un fenómeno que podemos

seguir comprobando frecuentemente en nuestros días. Salomón es el típico sucesor. No necesita luchar. Recibe el reino que David, con mucho tesón y esfuerzo, había levantado y consolidado. En lo que concierne a la lucha y a la organización del reino, Salomón se queda muy por debajo de su padre. Interesado por lo espiritual, se desentiende del reino. El reino va así a la destrucción. Lo que había comenzado tan bien se resquebraja por faltarle a Salomón la energía del guerrero y del rey.

Pero, por otra parte, la Biblia dice también que «Salomón amó al Señor» (1Re 3,3). Es evidente, pues, que el amor a las mujeres le capacitó al mismo tiempo para amar de verdad a Dios. No están en contraposición el amor a Dios y el amor a las mujeres. La forma pura de su amor erótico y sexual la expresó Salomón en maravillosos cantos de amor, recogidos en el Cantar de los Cantares. En tales cantos, el autor —identificado posteriormente por la tradición con Salomón— celebra el amor entre un hombre y una mujer como el mayor regalo que Dios ha dado a los hombres. Así se cantan mutuamente el amante y la amada: «¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! ¡Palomas son tus ojos! ¡Qué hermoso eres, amado mío, qué encanto! ¡Nuestro lecho es de flores!» (Cant 1,15-16). Ellos gozan de su amor, plenamente erótico y sexual, y cantan: «No molestéis ni despertéis a mi amada, hasta que ella quiera» (Cant 2,7). El amigo se siente embelesado por el amor de su amiga: «Me has robado el corazón, hermana y esposa mía; me has robado el corazón con una sola mirada de tus ojos, con una sola perla de tu collar. ¡Qué hermosos tus amores, hermana y esposa mía! Son mejores que el vino tus

amores» (Cant 4,9-10). Y la novia canta a su amado: «Su boca es la dulzura misma, y todo él un encanto. Así es mi amado, mi amigo, muchachas de Jerusalén» (Cant 5,16). Al final de estas maravillosas canciones de amor se encuentra el siguiente juicio: «El amor es más fuerte que la muerte; la pasión más implacable que el Abismo. Sus llamas son flechas de fuego, llamarada divina. Los océanos no podrían apagar el amor, ni los ríos anegarlo. Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa sería despreciable» (Cant 8,6-7). A los hombres les gustan estos versículos del Cantar de los Cantares, que cantan el amor sexual entre hombre y mujer sin indicios moralizantes. Rezuman algo de la libertad y el deseo que el eros despierta en el hombre.

El arquetipo del amante es propio del hombre maduro. Pero a muchos hombres les resulta difícil dar acogida en sí al amante. Esto les obliga a abrir su interior y a dejar el control sobre sí mismos. El amante da rienda suelta a sus sentimientos. Muestra también sin reservas sus heridas. Patrick Arnold piensa que el amante presupone al hombre maduro: «En una persona inmadura y narcisista el amante degenera en el romántico que añora la ostentación exhibicionista o bien en la patología del tipo de personalidad que está siempre dependiendo de otros, tipo denominado "lapa"»<sup>1</sup>. Quien se abre al amor, se hace vulnerable. Pero sin amor uno no puede desvelar la riqueza interior de su alma y de su cuerpo. El amor permite irradiar la vida en el hombre. Propio del que ama no es sólo la capacidad de querer a una mujer

---

<sup>1</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 222.

o de abrirse a una relación de amistad con otro hombre. El que ama es capaz también de entablar la relación con Dios. En una liturgia vibrante es bastante frecuente que el hombre llegue a sentir un amor apasionado hacia Dios. Cuando se sumerge con todo su corazón en los rituales, los cantos o el silencio, brota en él un profundo amor a Dios.

El cristianismo ha separado a veces el amor a Dios y el amor apasionado entre hombre y mujer. Se debía amar ciertamente a Dios con todo el corazón. Pero se sospechaba que el amor entre hombre y mujer distanciaba de Dios. Ahora bien, sin una fuerte dosis de erotismo, el amor a Dios se hace apático. Pierde la viveza de la fantasía y la fuerza de la pasión. Muchos hombres se han alejado de la Iglesia por no haber podido armonizar el arquetipo del amante que sentían en su interior con las ideas eclesiales del amor y la sexualidad. Con frecuencia se han sentido heridos por la Iglesia, ya que esta mezclaba siempre su sexualidad con sentimientos de culpabilidad. Desde la Biblia puede aprender el hombre a confiar en su fuerza erótica y a alegrarse de su sexualidad. La Biblia le muestra igualmente caminos para unir su amor erótico hacia hombres o mujeres con el amor a Dios. Pues, en su enorme necesidad de amor, experimentará cada vez más que Dios infunde en la mujer o en el hombre anhelos que los sobrepasan. El amor hacia la mujer le llevará en última instancia a una dimensión espiritual, le llevará hasta Dios, el único amante que puede colmar todos sus deseos. Cuando un hombre se enamora, no sólo experimenta un embrujo de todo su ser; entra también en contacto con sus necesidades

espirituales. Sin la experiencia del enamoramiento, la relación del hombre con Dios se queda seca, vacía, limitada al mero cumplimiento de deberes. Arnold piensa que el enamoramiento desata un terremoto espiritual. Muchos hombres prefieren apartar de sí ese terremoto, porque de lo contrario perderían el control sobre su propia vida sentimental. Pero nuestra relación con Dios se hace afectuosa y cordial sólo cuando una y otra vez nos embarcamos en el enamoramiento y en el amor.

La historia de Salomón nos muestra al mismo tiempo la ambivalencia del arquetipo del amante. En el amor hacia la mujer experimenta el hombre la apertura a la Trascendencia. Vislumbra algo del misterioso amor de Dios. Pero si el hombre diviniza el amor a la mujer, si ve en la mujer a su redentora y su diosa, cae entonces en una dependencia enfermiza. Su alma quedará dividida, como fue el caso de Salomón. El amor a la mujer tiene algo que ver con el amor a Dios. No basta decir, con la teología protestante, que el matrimonio es «una cosa puramente mundana». Así quedaría desligado el amor erótico y sexual de su raíz divina. El amor sexual es una importante fuente de espiritualidad. En él se expresa el amor divino. Pero este no puede ser confundido con Dios. La confusión llevaría a la idolatría.

La Biblia no moraliza, ni siquiera ante el amante Salomón. Señala los peligros del amor, pero no deja de cantar su hermosura. En el amor podemos siempre cometer errores, como lo hizo Salomón. El amante traspasa los límites y no se detiene ante las leyes. Pero el mismo Salomón dice: «El amor disimula las faltas» (Prov 10,12). «Mejor cometer un error por amar demasiado

que no cometer ninguno por no amar en absoluto»<sup>2</sup>. También en el amor vamos aprendiendo sólo a base de fallos y de errores. Toda la sabiduría que hayamos podido alcanzar no nos protegerá de ser ciegos alguna vez en el amor. El amor no nos proporciona sólo gozo y éxtasis, embrujo y armonía, sino también aflicción, soledad, abandono, depresión. Nos conduce a las alturas y a las profundidades de la pasión, al cielo y al infierno, a la luz y a la oscuridad. Posee una enorme fuerza, que hace estallar nuestro mundo de satisfacciones personales. Puede curar nuestras heridas. Pero también nos abre otras nuevas. Sólo quien armoniza las dos partes del amor se verá conducido por él hacia el secreto de la verdadera realización como hombre. Quien sólo fantasea con el amor, lo utiliza como huida de su propia realidad. Quien lo rehúsa, se niega por miedo a la transformación que podría realizar en él.

El arquetipo del amante pone al hombre ante el deber de crecer y madurar cada vez más. El amor le impide identificarse con lo que hace. Quien se identifica con su papel de jefe de empresa, de abogado o de auxiliar profesional se siente demasiado importante para lanzarse a la aventura del amor. Pero así se opone a su desarrollo interior y a su maduración. El arquetipo del amante abre al hombre no sólo al amor hacia una mujer o a la amistad con otro hombre, sino también al amor hacia su propia *anima*. Según C. G. Jung, el *anima* es la parte femenina del hombre. El verdadero amante trata también con ternura su propia *anima*. Intuye que es capaz

---

<sup>2</sup> Ib, 229.

de amar, capaz de dar y de recibir amor. Y presiente que dentro de él hay una *anima* merecedora de afecto, una fuente de inspiración, de ternura, de compasión y de amor. Sin *anima*, el hombre se seca. Sólo cuando integra su *anima* en el conjunto de su personalidad, llega a ser hombre completo.

La no integración del *anima* se refleja, según Jung, en la volubilidad del hombre. Es el caso de muchos jefes de empresa, cuyas secretarias conocen con precisión el humor que tienen un día u otro y si se les puede proponer o no determinadas peticiones. Pero una secretaria intuye también que en esa volubilidad de un hombre normalmente seguro de sí mismo se esconde una sombra que le hace difícil la vida. No ha integrado su *anima*. Por eso se deja llevar de su humor, y queda a merced de las mujeres, que le pueden manipular a su antojo. Desconoce un trato maduro con ellas. C. G. Jung concibe la integración del *anima* como la obra clave que el hombre ha de realizar en el camino de su realización personal. Pero piensa al mismo tiempo que son pocos los que lo consiguen realmente. En los cuentos aparece siempre el enlace con la novia al final del camino recorrido por el héroe. El verdadero amor se hace posible cuando el héroe afronta sus propias sombras, cuando se enfrenta a los peligros y cumple la tarea que Dios le ha encomendado. Hoy son muchos los hombres que fracasan en el amor por pensar que se trata de algo para lo que ellos por naturaleza están capacitados. Para que el amor tenga éxito se hace preciso encontrarse sinceramente con uno mismo y tener experiencia de las alturas y profundidades del ser humano.



## Jeremías: el mártir

El profeta Jeremías nos ofrece otro arquetipo del hombre: el de profeta y mártir. La propia vida de Jeremías pone de manifiesto lo que significa ser profeta. Profeta es aquel que dice lo que se ve obligado a decir desde dentro. O en otras palabras: Profeta es aquel que anuncia la palabra de Dios, que dice lo que él escucha de Dios en el silencio. Esto se contrapone con frecuencia a lo que se suele decir y a lo que generalmente se desea escuchar. Jeremías es el profeta sufriente. Contra toda euforia política, siente en su interior un impulso a anunciar calamidades, a perturbar la opinión común, introduciendo oscuros tonos en el agudo canto de victoria. Y a la vez anuncia salvación donde todos corren el riesgo de hundirse en la depresión. Jeremías sale fiador de lo que dice con toda su existencia. Es testigo de aquello que anuncia. En medio de un mundo hostil, se convierte en mártir de su envío. El hecho de tener que levantarse en contra de la opinión pública le rompe el corazón. Se siente sólo y, no pocas veces, abandonado incluso de Dios. De ningún otro profeta sabemos tanto sobre sus luchas interiores como de Jeremías.

Jeremías fue llamado por Dios en su juventud. Co-

rría el año 628 antes de Cristo. En Jerusalén reinaba el piadoso rey Josías, que restableció de nuevo la ley de Moisés. Jeremías descendía de una familia sacerdotal de Anatot. Él mismo describe su vocación en estos términos: «El Señor me habló así: Antes de formarte en el vientre, te conocí; antes que salieras del seno, te consagré, te constituí profeta de las naciones. Yo dije: ¡Ah, Señor, mira que no sé hablar, pues soy un niño! Y el Señor me respondió: No digas "soy un niño", porque irás a donde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene» (Jer 1,4-7). Jeremías no se mete por sí mismo a actuar de profeta. Es llamado por Dios, muy a pesar suyo y frente a sus reservas por considerarse incapaz de hablar. No son sus cualidades las que le hacen aparecer idóneo para desempeñar el papel de profeta, sino exclusivamente la llamada de Dios. Y esta llamada la experimenta Jeremías como dolorosa.

Cuando muere el piadoso rey Josías, en el que el pueblo había puesto toda su esperanza, le sucede Joaquín, que reina desde el 609 hasta el 597 antes de Cristo. Hace olvidar la reforma de Josías y permite que se introduzcan costumbres paganas. Jeremías entra entonces apasionadamente en escena y se levanta contra el rey, que reacciona persiguiéndolo. Decepcionado por el fracaso de su predicación, Jeremías acusa a Dios de haberlo dejado en la estacada. En las llamadas «confesiones», él grita su desesperación: «¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste hombre de pleitos y contiendas con todo el mundo! No he prestado, ni he pedido préstamos, y sin embargo todos me maldicen... No me senté a disfrutar con los que se divertían. Agarrado por tu mano, me sen-

té solo, pues tú me llenaste de indignación. ¿Por qué es continuo mi dolor, y mi herida incurable y sin remedio? Te me has vuelto arroyo engañoso de aguas caprichosas» (Jer 15,10.17-18). Jeremías se siente abandonado de sus propios familiares. Sus compatriotas están contra él. Se encuentra solo contra todos. Sufre por estar en lucha con todo el mundo. Y no es su carácter intransigente lo que provoca la lucha. Es la misión de Dios, que le sitúa fuera de la comunidad. Pero el profeta se siente incluso abandonado de Dios. Considera a Dios, que hasta ahora le había dado fuerzas, como un «arroyo engañoso». No puede ya confiar en él. Jeremías acusa a Dios: «Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir; me has violentado y me has podido» (Jer 20,7). Sufre por no poder gritar otra cosa que «violencia y destrucción». Pero tan pronto como intenta sofocar las palabras que recibe de Dios, para acomodarse al criterio de los demás, esas palabras se convierten en «un fuego devorador encerrado en mis huesos; me esforzaba en contenerlo, pero no podía» (Jer 20,9-10). Él tiene que hablar, quiera o no. Pues si rehúye a Dios, su corazón le abrasa de tal forma que no puede resistir. A pesar de todo, en medio de su lamento y desesperación, Jeremías se mantiene fiel a Dios, pues sabe que «el Señor está conmigo como un héroe poderoso; mis perseguidores caerán y no me podrán» (Jer 20,11).

Jeremías no encuentra satisfacción alguna en pronunciar palabras proféticas y evita ponerse en el centro de todo. En nuestros días hay muchos profetas proclamados como tales por sí mismos. Son incapaces de advertir el influjo que pueden ejercer con las palabras emitidas como proféticas y el interés que con ellas pueden susci-

tar sobre sí mismos. Se consideran como algo especial. Creen conocer con precisión la voluntad divina. Jeremías tiene que ser empujado por Dios para predicar lo que él le sugiere. Y da testimonio de ello con toda su existencia. La vida de Jeremías no es ninguna historia de éxitos. Se le perdona del destierro de los judíos bajo Nabucodonosor en el año 597 antes de Cristo. Pero en el reinado de Sedecías (597-586), durante el asedio de Jerusalén, cae bajo sospecha de traición. Se le arresta y se le retiene en el patio de guardia del palacio real. El rey lo manda llamar en secreto y le pregunta si no tiene para él ninguna palabra de Dios. Jeremías profetiza al rey que caería en manos del rey de Babilonia. Los oficiales recriminan a Jeremías diciendo a Sedecías: «Este hombre es reo de muerte, porque desalienta con semejantes palabras a los combatientes» (Jer 38,4). Al profeta se le acusa, pues, de desmoralizar al ejército. Finalmente se le arroja a una cisterna. Allí se hunde Jeremías en el fango. Un cusita, es decir, un extranjero, le salva de aquella situación escabrosa. De nuevo le pide el rey una palabra de Dios. Jeremías le responde: «Si te contesto, seguro que me matarás; y si te doy un consejo, no me harás caso» (Jer 38,15). El rey perdona la vida a Jeremías, pero no sigue lo que el profeta le dice. Jeremías experimenta entonces el fracaso de su misión. Hubiera sido preferible, sin duda, dar al rey esperanzas. Pero él puede decir sólo lo que Dios le dice. Se contrapone así a la opinión pública, al consentimiento de guerra.

A los judíos desterrados en Babilonia el profeta los consuela a través de sus cartas. Y cuando Jerusalén cae en el año 586, intentó consolar y alentar al pueblo. No

se deja contagiar por el generalizado abatimiento, sino que se mantiene firme. Pero sus palabras de consuelo no son ningún consuelo barato. Con tales palabras suscita la irritación, igual que con sus profecías de desastre. Son, sin embargo, palabras admirables, que siguen impactando todavía hoy: «Tú no temas, siervo mío Jacob, oráculo del Señor; no te asustes, Israel; yo te libraré a ti y a tu descendencia del lejano país donde estás desterrado. Jacob volverá y vivirá tranquilo, seguro y sin que nadie lo inquiete. Yo estoy contigo para salvarte. Oráculo del Señor» (Jer 30,10-11). Jeremías promete salvación a todos los que sufren por sus heridas: «Sí, yo te curaré y sanaré tus heridas» (Jer 30,17). Y a los que se encuentran dispersos en país extraño, que se sienten abandonados de Dios y dudan de la obra de Dios, él les anuncia la palabra de Dios: «Con amor eterno te amo; por eso te mantengo mi favor. Te edificaré de nuevo y serás reedificada, doncella de Israel; de nuevo tomarás tus panderos y saldrás a bailar alegremente» (Jer 31,3-4).

Jeremías es el profeta que sufre por causa de su misión. Siente dentro de sí la llamada a anunciar la palabra de Dios contra la opinión dominante. Esto le convierte en un solitario, le acarrea sólo enemistad y aversión. Pero Jeremías no puede hacer otra cosa. Quedaría trastornado. Jeremías es para cada hombre un estímulo a confiar en lo que Dios hace escuchar en el alma. Dios habla en los presentimientos interiores. Nosotros no podemos tener seguridad alguna de que esos presentimientos sean ciertos o no. Pero hemos de expresar lo que sentimos, aun a riesgo de vernos despreciados por los hombres y de perder nuestro buen nombre.

Ya que me detendré en otros profetas, en Elías por ejemplo, que es el arquetipo de los profetas, ante Jeremías quiero limitarme a poner de relieve su faceta de mártir. Como todo arquetipo, también el de mártir tiene su cara edificante y virtuosa y su cruz borrascosa. La tarea del mártir es la de aprender a amar. El peligro está en que muchos mártires se inmolan para ser amados. En lugar de entregarse, se destruyen. El mártir maduro da la vida y se entrega por los hombres, pero sin que por ello tenga que destruirse. El que se entrega no realiza una acción autodestructiva, sino una acción liberadora. Encarna lo que Jesús dijo: «El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ese la salvará» (Lc 9,24). Quien se aferra de manera convulsiva a sí mismo convertirá su vida en algo insípido y entumecido. Sólo quien se entrega a la vida, quien se embarca en aquello que se le pide, conseguirá que su vida comience a borbotear. Pero hay muchos que entienden mal esta entrega. Se inmolan para recibir amor y reconocimiento. Su inmolación conduce entonces al vacío. Juzgan al mundo como injusto, puesto que nunca reciben lo que secretamente esperan. Se sienten explotados. La inmolación no debe dejar a uno lisiado. No se trata de sacrificar ámbitos esenciales de uno mismo, sino de liberarse para poder entregarse por completo a la vida y al amor. Entonces experimentaremos en la entrega vitalidad y plenitud interior.

El arquetipo del mártir es hoy tergiversado y transformado en lo antagónico con los atentados suicidas. Hay jóvenes que se suicidan para arrastrar consigo a la muerte violenta al mayor número posible de hombres.

El martirio no está aquí al servicio de la vida, sino sólo de la muerte. No surge del amor a la vida, sino del odio a uno mismo y a los demás. Es, en última instancia, expresión del desprecio al hombre y del desprecio a sí mismo. Lo que impulsa a uno a un martirio así no puede ser más que la visión pesimista de uno mismo. Puesto que no se espera nada de la vida, se destruye uno a sí mismo y con él a los demás. Se trata casi siempre de hombres que con la muerte desaparecen por completo. Evidentemente, hay una masculinidad destructiva que de manera enfermiza negocia con la muerte. La muerte ejerce sobre muchos hombres una fascinación singular. Se complacen viendo emisiones donde abundan los disparos o se entregan a la práctica de deportes de riesgo, donde se ha de contar con la muerte como una posibilidad. Sólo se sienten con vida cuando vislumbran la cercanía de la muerte. Las mujeres tienen otra manera de ver la vida y la muerte. El arquetipo del mártir no pretende intensificar el deseo negativo de la muerte en el hombre. Al contrario, el verdadero mártir muere siempre por la vida. Pone la vida en juego por estar al servicio de la vida.

Propia del mártir es también la capacidad de sufrir. El mártir «reconoce que el sufrimiento forma parte de la vida y que no se le puede ni desmentir, ni esquivar, ni eliminar completamente con acciones violentas. El sufrimiento se nos puede presentar como parte inmanente de nuestro crecimiento y maduración»<sup>1</sup>. Jeremías se expone al sufrimiento, pero no lo busca. No es un maso-

---

<sup>1</sup> H. FISCHEDICK, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 221.

quista que busca el sufrimiento para establecerse en él. Pero tampoco rehúye el sufrimiento que le sobreviene por mantenerse firme en su misión. Es así, precisamente a través del sufrimiento, como se acrisola y capacita para dirigir palabras de consuelo, que están llenas de amor. Las profecías de consolación dejan traslucir a un hombre que ha aprendido con el sufrimiento el arte de amar. Quien quiere llegar a ser hombre no puede eludir el sufrimiento. No ha de buscarlo. Pero si recorre con autenticidad su camino, sin desviarse, experimentará que ese camino es—como repite C. G. Jung— un *viacrucis* que ha de transitar una y otra vez. Decir sí al sufrimiento y no huir de él, esta es la imagen del mártir, que sigue teniendo validez para nosotros hoy.

El mártir testifica con toda su existencia aquello que representa. Los mártires de la Iglesia primitiva testificaron con su muerte la resurrección de Jesús. Su testimonio a favor de la verdad era para ellos más importante que su vida. Ante muchos relatos martiriales hoy nos sentimos incómodos. Se dice una y otra vez que los primeros cristianos iban gozosos a la muerte. Psicológicamente entrenados, husmeamos aquí una tendencia masoquista. Pero si nos introducimos en el alma de estos hombres y mujeres valientes, descubrimos enseguida que lo importante para ellos no era la muerte, sino el testimonio a favor de Cristo. Ellos querían dar testimonio de Cristo con toda su vida, rechazando todo falso compromiso con los poderes mundanos. Hombres y mujeres tan diáfanos y heroicos se necesitan hoy, lo mismo que entonces. Son hombres que no se dejan desfigurar. No se limitan a hablar de la verdad. No se conforman

con predicar su fe, sino que dan testimonio de ella con toda su vida. No van en busca de la muerte. Pero su testimonio incluye también la disponibilidad para ir a la muerte. La verdad es para ellos más importante que la vida. La limpieza de corazón y la paz interior están para ellos por encima del bien de la existencia física. Los relatos martiriales de la Iglesia primitiva rebosan de una esperanza gozosa en la vida eterna. Porque creen en la resurrección de Jesús, los cristianos no se dejan atemorizar tampoco por las amenazas de muerte. La muerte ha perdido para ellos todo poder de amedrentar. Por eso podían dar testimonio de la fe con su vida. Su fe no era una piadosa etiqueta, sino el fundamento sobre el que ellos se erguían, la fuente de la que ellos se saciaban. Ellos habrían podido renegar de los cimientos de su vida sólo si hubieran hecho caso omiso de la oferta del juez, la oferta de salvar su vida.

Los mártires no son exclusivamente un fenómeno de la Iglesia primitiva. También nuestro tiempo genera mártires. En el Tercer Reich hubo hombres y mujeres intrépidos que afrontaron la muerte por defender la verdad y la justicia. En América Latina son frecuentemente asesinados hombres y mujeres que toman en serio el mensaje cristiano y se comprometen con los pobres. Cuando oímos hablar de su vida y de su muerte, podemos presentir que nuestro tiempo vive de tales hombres. Sin ellos nuestro mundo sería más pobre. En cualquier caso; también hoy somos más sensibles a la ambivalencia de este arquetipo. Siempre es peligroso que alguien se identifique con la imagen arquetípica del mártir y que se sienta a gusto con este papel. A veces

podemos percibir este fenómeno en determinados grupos. Uno se siente incomprendido y rechazado. Pero en lugar de afrontar el conflicto y de esforzarse por encontrar una explicación, se refugia en el papel de mártir. De este modo se ciega y se incapacita para ver sus propias necesidades y la manera de participar en el conflicto. Como mártir, reprochará continuamente a los demás: «Vosotros tenéis la culpa de que yo tenga que sufrir; vosotros me habéis hecho mártir». Para muchos es una gran tentación jugar a mártires. Se presentan así como seres especiales. Pueden ponerse sobre los demás. Los verdaderos mártires no se han identificado nunca con el arquetipo. Ellos han dado testimonio con su vida. Han llegado a ser mártires luchando por la verdad. Ellos irradian libertad y autenticidad, valor y sinceridad. Tales mártires no pueden dejar de fascinar a los hombres. Leen con agrado sus historias. Intuyen que de ellos brota una energía masculina, de la que ellos participarían gustosamente. Los hombres firmes, como Óscar Romero o Martin Luther King, Dietrich Bonhoeffer o Graf Moltke, los hombres que no se amilanan ni siquiera ante la muerte, muestran a todos una imagen positiva de hombre, una imagen que resulta convincente tanto para los hombres como para las mujeres.

Yo estoy orgulloso de que mi padre no se dejara cambiar durante el Tercer Reich. Por negarse a dar el saludo hitleriano se hizo sospechoso y fue denunciado en no pocas ocasiones. Ya en 1938 se presentó un policía en su negocio y quiso cerrárselo por llevar un apellido de color (Grün= verde). Los apellidos de color eran considerados como apellidos judíos. Mi padre no se calló y exigió al

policía que le mostrara su documentación. Cuando el policía se dio cuenta de que mi padre no se inmutaba, se hizo más amable y se marchó sin conseguir nada. Mi padre nos enseñó a ser francos y a entregarnos de lleno a lo que consideramos importante. Aunque no lo he conseguido siempre, yo sé que mi padre está detrás de mí cuando me siento demasiado cobarde. Él me da entonces ánimo para seguir siendo un testigo auténtico.



## Elías: el profeta

Mientras que Jeremías es el profeta que desconfía y que sufre por su misión, Elías se presenta como el profeta fuerte y confiado en sí mismo. Lucha en solitario contra los 450 sacerdotes de Baal y los vence. Termina con todos aquellos que no profesan su fe (cf 1Re 18). En su agresividad, Elías no cae en la cuenta de sus propias sombras. Quien lucha de manera tan apasionada contra algo queda atrapado la mayoría de las veces por aquello que quiere destruir. Baal es el dios de la fertilidad, la divinidad femenina de Canaán. Yavé es la divinidad masculina, el dios de la guerra. Hoy no nos resulta difícil percibir que Elías tenía una imagen unilateral de Dios y que a ella se aferraba. Su misión profética está mezclada con una espiritualidad rigurosa. Mientras Elías puede ejercitar su parte masculina, él se siente fuerte. Pero tan pronto como le sale al encuentro la parte femenina en la figura de Jezabel, toda la confianza en sí mismo se le viene abajo. Entonces «se llena de miedo y huye para salvar su vida» (1Re 19,3). Él emprende la huida ante Jezabel, ante la parte femenina que tanto ha combatido. Pero cuando se encuentra solo en el desierto, esta parte le asalta de nuevo. Ahora se encuentra sin la protec-

ción de su parte masculina, con la que él podría luchar contra los demás. Ahora se ve entregado a sí mismo, y hasta las ganas de vivir se extinguen en él. Preferiría morir. Se dice: «¡Basta ya, Señor! Quítame la vida, que no soy mejor que mis antepasados» (1Re 19,4). Elías cae en una profunda depresión. Se encuentra con sus sombras precisamente cuando su éxito y su fuerza han llegado a su punto culminante. Ante esas sombras, él no puede resistir. Se siente entonces decepcionado de sí mismo. Reconoce que lo que ha combatido en otros se encuentra también dentro de él. No es, ciertamente, mejor que sus padres. Tampoco es mejor que aquellos contra los que ha luchado.

Dios lleva a Elías a su escuela. Le envía un ángel para que le despierte y le levante. El ángel le da fuerzas con pan y agua. Pero Elías, después de comer y beber, se tumba de nuevo. El ángel tiene que ir una segunda vez para obligarle a reemprender el camino. Con la fuerza de aquella comida puede caminar cuarenta días y cuarenta noches por el desierto, hasta llegar al Horeb, el monte de Dios. Dios le hace comprender allí que su imagen de Dios era unilateral. El profeta quería ver a Dios sólo como el poderoso, el que extingue con el fuego de su ira a todos sus adversarios. Pero Dios es dulce y apacible, sale al encuentro en la suave brisa del viento. El profeta tiene que abandonar en silencio todas sus imágenes de Dios para acoger a un Dios totalmente distinto, a un Dios que ya no se puede utilizar en beneficio propio, a un Dios que no se deja instrumentalizar para sus propios sueños de grandeza o para sus ideas sobre la masculinidad. Elías emprende el camino por el que Dios le pide ir. Reconoce al

Dios totalmente otro. Y es así como Elías termina siendo el gran profeta del Antiguo Testamento.

La Biblia describe en una dramática escena el modo en que Elías es arrebatado al cielo: «Mientras (Elías y Eliseo) iban caminando y hablando, un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre los dos, y Elías fue arrebatado en un torbellino hacia el cielo. Eliseo lo seguía con la vista y gritaba: ¡Padre mío, padre mío, carro y auriga de Israel!» (2Re 2,11-12). Elías introduce a Eliseo en el oficio de profeta. Es como una iniciación en el camino de la realización masculina. Eliseo ruega a su maestro que deje caer sobre él dos partes de su espíritu. Elías se lo promete. Cuando este es arrebatado al cielo, Eliseo toma el manto del profeta y golpea con él sobre el agua. El agua se divide. El discípulo ha recibido la fuerza del maestro. Pero ha de recorrer su propio camino. Ha tenido a Elías como a un padre y como a un guía en el destino del pueblo. Sin él se siente solo. Pero, dotado de su fuerza, se considera capaz de llevar a cabo el encargo de Dios. Los hombres necesitan hoy hombres y maestros así, hombres y maestros que los introduzcan en el arte de llegar a ser hombres.

Elías tenía algo que ardía dentro de él. Podía entusiasmar. Pero esta virtualidad tenía también su parte sombría. Podía convertirse en fuego de pasión, tal como lo demuestra la escena con los sacerdotes de Baal. Allí el fuego le arrastró a exterminar a los sacerdotes de Baal. En el momento de su muerte, el profeta mismo se convierte en fuego. Se dejó transformar por el fuego del amor de Dios. Desde entonces puede él calentar como fuego a los hombres que suspiran por ese amor. Los

hombres que, como Elías, son capaces de entusiasmar, tienen que dejarse traspasar por el fuego de Dios para no arrastrar a los demás en una dirección que nada tiene que ver ya con Dios, sino sólo con la propia ambición. También hoy surgen hombres que entusiasman a los demás, y frecuentemente abusan de esa capacidad. Hacen que los demás se sometan a ellos. Elías es arrebatado al cielo para que los hombres, en lugar de correr tras él, se dejen llenar de su espíritu. Elías es acrisolado por Dios para que el fuego que le invade dé ahora testimonio de Dios, y no de su propia pasión. Elías se encuentra con sus propias debilidades. Sólo así puede emplear de manera correcta la fuerza que Dios le ha otorgado. Sin el encuentro con las propias sombras, el hombre corre el peligro de destruir con su fuerza a los demás, en lugar de levantarlos y animarlos.

En el bautismo, todos los cristianos son ungidos como profetas. Nuestra misión como profetas tiene aspectos diversos. Profeta es el que habla de Dios desde lo más profundo de su ser. Cada cual es profeta cuando expresa en este mundo esa palabra singular que Dios le dirige en su vida. Cada cual tiene algo que comunicar de Dios, algo que sólo él puede decir. Cada cual puede hacer perceptible de Dios un aspecto que sólo él es capaz de irradiar en este mundo. Otra tarea del profeta es ver las cosas tal como Dios las ve. «El verdadero profeta nos hace recordar sin componendas lo que realmente somos, lo que hacemos aquí y lo que somos a los ojos y en el corazón de Dios»<sup>1</sup>. Nos abre los ojos para poder

---

<sup>1</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 198.

desenmascarar las ilusiones que, bajo el influjo de los demás, nos hemos hecho de nosotros mismos y de la situación de nuestro mundo. En cada uno de nosotros hay, pues, un profeta interior. Pero con frecuencia está diluido o lo tocamos sólo en la superficie. Nos convertimos entonces en permanentes gruñones, insatisfechos con la situación existente, pero incapaces de señalar un camino hacia el futuro. El verdadero artista tiene siempre entrada a su profeta interior. «El auténtico arte es profético... El artista genuino nos muestra una visión de la realidad que nos invita a ver, a escuchar y a sentir las cosas de una manera nueva»<sup>2</sup>.

El tercer aspecto de nuestra condición de profetas es el de levantarnos con todo nuestro ser y denunciar la injusticia allá donde la encontremos. Propio del profeta es también la protesta contra la falsedad de los poderosos, sin pensar en el propio bienestar. El profeta no se conforma con vivir de manera cómoda y discreta. Ha de alzar su voz cuando presiente que este mundo y la Iglesia toman caminos errados. Ser profeta significa llamar a las cosas por su nombre, sin dejarse intimidar. El concilio habló de nuevo sobre la misión profética de la Iglesia. Pero ¿dónde están hoy los hombres de Iglesia que se atreven a levantar su voz contra el espíritu del tiempo a favor de la verdad y la justicia, a favor de los que no tienen voz en nuestra sociedad, a favor de los marginados y excluidos? El profeta vive con riesgos. Con frecuencia es muy alto el precio pagado cuando, siguiendo el impulso del «profeta interior», uno expone

---

<sup>2</sup> Ib, 201.

la verdadera situación de este mundo. También hoy pagan los profetas su misión con la vida, sea en El Salvador, en Zimbabue o en Argelia. Incluso la Iglesia se siente molesta con los profetas. Prefiere taparles la boca e impedirles el ejercicio de cualquier ministerio eclesial. El reproche contra los críticos se justifica con frecuencia diciendo que pretenden exclusivamente «minar el relieve de la Iglesia» o hacerse notar como acusadores. El profeta, sin embargo, no critica para acusar, sino para hacer que se tome conciencia de la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios no se cobija siempre en nuestras representaciones de una Iglesia en armonía, que prefiere esconder los conflictos bajo la alfombra para despertar hacia fuera la apariencia de unidad.

El mayor peligro en el arquetipo del profeta radica en la posible identificación del profeta con el arquetipo. El profeta se obceca entonces en la propia verdad. Piensa que es el único que se atreve a decir la verdad. Todos los demás son cobardes. Con tales ideas, se sitúa por encima de los demás y se siente alguien especial. No advierte que en su papel de profeta se esconden muchas ansias de poder y muchas pretensiones de totalitarismo. Otro peligro del profeta es el de invocar al Espíritu Santo y creer que puede predecir a los demás lo que les ha de suceder o que puede pintar para el futuro un determinado escenario de horror. Muchos hombres no son capaces de defenderse contra tales profecías. Piensan que quizá sean ciertas. Cuando yo hablo a otro desde el papel de profeta, estoy poniéndome por encima de él. Abandono el plano normal de la comunicación y me sitúo sobre él. Lo que tiene que hacer él es sencillamente obedecerme.

Yo no dejo ningún margen de movimiento a mis profecías. Estas no pueden ser cuestionadas. Siempre hay hombres que sucumben al peligro de identificarse con el modelo arquetípico del profeta y de embriagarse con la plenitud de poder que de él reciben.

Elías experimentó los peligros del profeta. Saboreó el poder que le confirió su ministerio profético. Pero se vio obligado a vivir dolorosamente la expoliación de esta faceta profética. Tuvo que ir a la escuela de Dios para aprender a escuchar a Dios en el silencio, donde no siempre emite una palabra que se pueda transmitir a los demás. En el silencio, Dios no siempre quiere hablar; a veces prefiere callar con el hombre, porque él quiere no sólo su voz, sino sobre todo su corazón. En el silencio encuentra el profeta su propia sombra. Es ahí donde reconoce el peligro que hay en querer imponerse a los demás. Pero en el silencio puede también llegarle la palabra de Dios, una palabra que ya no puede limitarse a referir, sino que le exige comprometerse con toda su vida. El profeta puede hablar en nombre de Dios sólo cuando abre a Dios su corazón. Y entonces habla no para alardear de su poder, sino porque a ello le impulsa el mismo Dios. Nuestro tiempo necesita hombres así, hombres que se dejen interpelar por Dios, hombres que, como profetas, salgan al paso de todas las tendencias enemigas de la vida y hagan frente a los poderosos que utilizan su poder para avasallar a los pueblos. Los hombres proféticos necesitan algo de aquella fuerza y de aquel fuego que Elías irradiaba.



## Job: el justo sufriente

Job no es una figura histórica, sino el arquetipo de un hombre sabio y justo. Después de la II Guerra mundial, pocas figuras bíblicas han encontrado tanto eco en la literatura como la figura de Job. Job significa «el perseguido». Se siente como el hombre al que todos los demás persiguen. No puede siquiera experimentar a Dios como su amigo y protector, sino como el incomprensible, que le sumerge en la desgracia. Job puede traducirse también por: «¿Quién es el padre?». El que sufre tanto como Job se siente huérfano de padre. Nosotros, igual que Job, gritamos a Dios como Padre nuestro cuando nos sobreviene una enfermedad incurable, cuando nuestro proyecto de vida se viene abajo o cuando se nos arrebatan un ser querido. Invocamos al Padre cuando dejamos de comprender nuestra vida. Y nos rebelamos contra Dios, porque ya no podemos experimentarlo como Padre, sino como enemigo, igual que Job.

Hus, el país de donde proviene Job, no es posible ya localizarlo en un mapa. Se trata de un país ideal, donde los hombres tenían todavía una connatural e intacta relación con Dios. Puesto que la relación con Dios no está aún enturbiada por el pecado, en este país abun-

dan también las situaciones paradisíacas. Pero de este paraíso es expulsado Job por el poder del maligno. Esto le sumerge en una dura prueba de fe. La confrontación que describe el poeta de este libro bíblico era típica para el pueblo de Israel, especialmente en los tiempos del destierro en Babilonia. Pero es una confrontación que se da en cualquier hombre que se esfuerza por vivir en la virtud y experimenta una y otra vez el sufrimiento y la desgracia. El libro de Job muestra a los hombres el camino para no desesperar ni apartarse de Dios cuando todo lo suyo se desmorona.

De Job se dice: «Era un hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» (Job 1,1). Su rectitud había sido recompensada. Tenía siete hijos y tres hijas, y una gran hacienda. Vivía en paz y gozaba de su vida. Pero un día le sobreviene la desgracia. Todo le es arrebatado: primero sus posesiones, después sus hijos, y finalmente su salud. Cuando él ha perdido todo cuanto amaba y cuanto le era querido, cae en tierra y dice: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1,21). El hombre que tanto éxito había tenido en la vida no está aferrado a sus bienes. Sabe que todo lo ha recibido de Dios. Es ya una actitud sorprendente. Abandona todas las ilusiones en una vida llena de éxitos. Pero entonces se le acercan los amigos, primero para acompañarle en silencio. Con él permanecen siete días y siete noches en silencio total. «Ninguno le dirigió la palabra, pues veían que su dolor era muy grande» (Job 2,13). Es una actitud magnánima: sufrir el dolor del otro sin pronunciar una

sola palabra. Pero, cuando al cabo de siete días comienzan a hablar, intentan elaborar una teoría que explique el destino de Job. El destino del amigo confirma para ellos su teología: sólo el culpable sufre desgracias. Job, por tanto, debe indagar dónde se ha hecho culpable.

Cuando pretendo interpretar el destino de un hombre y desarrollo una teoría que explique ese destino, estoy demostrando que con ese hombre mantengo una conexión meramente física. No me adentro en el interior del hombre probado por el sufrimiento. Me escondo detrás de la teoría que lanzo sobre él. Job se defiende de las teorías de sus amigos y de sus intentos de explicar su destino. Rechaza todos los intentos de explicación. Él sostiene con firmeza que no es culpable ante Dios. Esto puede resultarnos extraño. Todos sabemos que somos pecadores. Pero Job está seguro de su inocencia. No ha obrado nunca contra Dios ni contra su voluntad. Está seguro de saber lo que es recto. Y no se deja convencer por sus amigos de que, a pesar de su convicción, él es culpable de su suerte. Dios le da por fin la razón. A los amigos de Job les dice: «No habéis hablado bien de mí, como lo ha hecho mi siervo Job» (Job 42,3). Dios no ofrece ningún discurso de justificación. Se limita a mostrar a Job los milagros de su obra creadora. Esto convence a Job, el hombre atribulado por el sufrimiento. Cuando ve con sus propios ojos todo cuanto Dios ha creado, confiesa: «Yo he hablado, insensatamente, de maravillas que me superan y que ignoro» (Job 42,3).

De Job me fascina que no se deje llevar por el juego, sino que confíe en sus sentimientos. Él no se siente culpable. A un hombre así pueden entenderle los hombres.

Durante siglos han tenido que escuchar la misma cantinela: que ante Dios deben hacerse siempre pequeños; que, sobre todo, deben indagar y reconocer sus culpas. Job nos permite situarnos ante nosotros tal como somos, sin inculparnos a nosotros mismos. Nietzsche criticó, a veces con razón, la tendencia en el cristianismo a ver pecado por doquier y a menospreciar al hombre. Expresaba así el sentir de muchos que se han alejado del cristianismo por estar ya hartos de buscar por todas partes el pecado y de sentirse siempre pecadores. No se trata de justificar todo lo que se hace, sino de adoptar una actitud sana frente a las propias acciones. El hombre justo sabe apreciar lo que merece aprecio, los valores que él desearía representar. No puede admitir que se desprecien todos sus esfuerzos por la rectitud, cuestionándolo todo y descubriendo por todas partes pecados y culpas. Job nos da el valor de seguir adelante, frente a toda clase de explicaciones precipitadas. Nosotros no podemos dar respuesta alguna sobre el porqué de una enfermedad que nos sobreviene o de un determinado destino que nos alcanza. Hemos de aceptar simplemente que no disponemos de explicación. Los hombres se resisten a que alguien les explique con precisión por qué se encuentran en esta o en aquella situación. Intuyen que hay cosas inexplicables. Y prefieren conservar esa intuición a confiar sin más en los precipitados intentos de explicación.

Dios da la razón a Job y le devuelve al final todas sus posesiones. Después de haberlo perdido todo, cuando ya había desaparecido en él la idea de definirse por sus posesiones y su renombre, lo recibe todo de nuevo. Ahora

puede disfrutarlo agradecido, sin aferrarse a ello. La Biblia muestra en este justo sufriente que Dios es capaz de transformar hasta el fracaso. En aquel a quien todo se le ha derrumbado, Dios puede construir algo nuevo, que sobrepasa lo primero. Es un mensaje consolador para aquellos hombres cuya vida no discurre tan bien como ellos habían soñado.

En Job nos encontramos con el justo sufriente, que era para Israel una figura arquetípica, transferida después a Jesús. En esta figura se hace patente la experiencia amarga de que con frecuencia son precisamente los justos los que tienen que sufrir. La teología del sufrimiento se escribe aquí con rasgos novedosos. En todas las religiones aparece la idea de que el hombre es el artífice de su propio sufrimiento, de que él mismo es culpable de su enfermedad. Desde la psicología, nosotros sabemos que en esta teología hay naturalmente algo de verdad. Pero no deja de ser una teología peligrosa. Ella dice al enfermo: Tú mismo te has causado tu enfermedad. Y dice a cada hombre que sufre: Tú mismo eres culpable de esto; tú has vivido sin duda prescindiendo de ti y de tu verdad. Job nos libera de esta teología que menosprecia al hombre. No, el sufrimiento no se ceba siempre en aquellos que lo han merecido, sino también, y con bastante frecuencia, en aquellos que han vivido con rectitud. Viene de fuera, sin que podamos determinar siempre las causas. No nos ayuda, pues, para quedar satisfechos, buscar convulsivamente en nosotros una culpa, sea psicológica o moral. Como Job, debemos combatir el sufrimiento y pelear y luchar con Dios. Debemos inculpar a Dios de que nos haya cargado con algo

así. Todos los sentimientos deben salir a relucir. Y sólo cuando hayamos desahogado todos los sentimientos de rabia, de aflicción, de frustración, de desesperación y de dolor, estos podrán transformarse, y nosotros podremos reconocer súbitamente, como Job, el misterio de Dios. De todos modos, tampoco entonces podremos explicar el sentido de nuestro sufrimiento. Hemos de renunciar a iluminar teológicamente las causas y el sentido de nuestro sufrimiento. En silencio, hemos de postrarnos ante el Dios incomprensible y ante el sufrimiento inescrutable. Mientras renunciamos a encontrar una explicación, puede surgir en nosotros algo nuevo, como en Job, que nos dé fuerzas para volver a empezar y que haga nuestra vida más rica que antes.

La imagen arquetípica del justo sufriente se asemeja a la del mártir. Pero hay una diferencia. El mártir se encuentra con el sufrimiento por permanecer firme en sus convicciones. El justo sufriente desconoce la razón por la que tiene que sufrir. Sufré, y no es ni por ser justo ni por ser pecador. El sufrimiento es un misterio. Job no puede explicar el porqué de su sufrimiento. Él puede únicamente decir sí al sufrimiento que le ha tocado vivir. Su misión es la de aceptar la provocación del sufrimiento e ir madurando así. Los hombres esquivan con facilidad el sufrimiento. Lo eliminan o intentan vencerlo con todos los medios posibles: medicamentos, técnicas espirituales, dietas de alimentación, etc. Desean combatirlo, aun a costa de quedar atrapados entre sus garras. Sufrir es para ellos una provocación, algo que ha de cambiar, y se deciden a hacer frente al sufrimiento de manera activa. Esto es sin duda algo saludable en el

hombre. Pero hay también un sufrimiento que no se puede ya combatir ni vencer. Uno ha de saber reconciliarse con él. Frecuentemente, esto resulta difícil para los hombres. Consideran como enfermedad narcisista el reconocer que no pueden vencer el sufrimiento con sus propias fuerzas. Pero cuando ellos aceptan su sufrimiento y lo ven como un reto, entonces se convierte para ellos en un maestro importante. Les obliga a abandonar las ilusiones que se han hecho sobre sí mismos, la ilusión por ejemplo de que ellos tienen la vida en sus manos o de que pueden garantizar su salud con una forma sana de vivir. En la enfermedad y el sufrimiento se me arrebató todo aquello en lo que me había apoyado. No puedo ya definirme por mi éxito, por mi fuerza, por mi salud. Necesito un fundamento más profundo para poder vivir, y Dios se presenta en última instancia como el verdadero fundamento.

Los hombres que han tenido que afrontar el sufrimiento y que han pasado por él destellan una luz peculiar. Han conseguido la verdadera sabiduría. El sufrimiento los ha ablandado y los ha iniciado en los más insondables misterios. Cuando yo me encuentro con estos hombres, me siento siempre profundamente impactado. Surge en mí un temor reverencial ante el misterio de estos hombres, ante su sabiduría, ante la transformación que han experimentado en el sufrimiento. El libro de Job termina diciendo que Job recuperó todas sus posesiones, que llegó incluso a ser más rico que antes. La experiencia que hay detrás de este «*happy end*» la he podido ver confirmada en los hombres que han tenido que sufrir. No sólo recuperan la salud, la fuerza

o el éxito del pasado. Ellos irradian algo más importante que una riqueza externa. La riqueza interior que resplandece en ellos supera con creces la que dejaban vislumbrar antes de haber pasado por el sufrimiento. Me fascinan estos hombres. Y presiento que de ellos brota la sabiduría que nos podría enseñar hoy el modo de vivir en plenitud. Naturalmente, podría decir lo mismo de las mujeres probadas por el sufrimiento. Irradian un fulgor similar. También las mujeres poseen un instinto especial para el secreto del justo sufriente.

## Jonás: el bufón

El profeta Jonás es un hombre interesante. El jesuita americano Patrick Arnold ve realizado en él el arquetipo del bufón. No sin razón ha originado la historia de Jonás tantas parodias humorísticas en los más diversos idiomas. La historia deja para muchos la impresión de que Dios tiene humor y de que Jonás se convierte a regañadientes en un bufón, de modo similar a lo que le sucede al payaso en el circo, que, de manera involuntaria, suele verse envuelto en las situaciones más cómicas. El poeta que escribió el relato de Jonás conocía sin duda el sentido del humor de Dios. El arte medieval representó con frecuencia al profeta Jonás como un hombre joven con la cabeza pelada. En muchas representaciones artísticas se hace perceptible la bufonería de esta figura bíblica.

Jonás recibe de Dios la misión de ir a Nínive y de amenazar a la ciudad con un juicio de castigo. Pero Jonás toma la dirección contraria. Huye de su misión. Más tarde lo justificará alegando saber que Dios era compasivo y que la amenaza no llegaría a efecto. Esto le irrita. Así que toma un barco que se dirige hacia Tarsis, en España. Durante la travesía se levanta una fuerte

tormenta y el barco está a punto de naufragar. Los marineros echan a suertes para saber quién es el culpable de aquel desastre. La suerte recae sobre Jonás. Contra su voluntad, ha de confesar que huye de Yavé. Por orden suya, los marineros le arrojan al mar, e inmediatamente el mar comienza a tranquilizarse. Sin pretenderlo, Jonás convierte a los marineros. Estos ofrecen un sacrificio al Dios de Israel y le hacen promesas (cf Jon 1,3-16).

Un gran pez se traga a Jonás y lo vomita en tierra después de tres días. Se trata de una imagen frecuente en los mitos de héroes. El héroe es tragado por un monstruo, en cuyo interior se acrisola y madura. Nace de nuevo. Jonás recibe una vez más por parte de Dios la misión de ir a Nínive. Ahora obedece el mandato de Dios. Recorre la ciudad y proclama: «Dentro de cuarenta días Nínive será destruida» (Jon 3,4). Con gran sorpresa por parte del profeta, o mejor, con irritación, los habitantes de Nínive toman en serio su predicación y se convierten. Ha tenido éxito con su predicación. Pero él no se siente satisfecho. Hubiera preferido, sin duda, ver que la ciudad quedaba convertida en escombros y ceniza. Lleno de irritación ante su imprevisto éxito como predicador de conversión, Jonás se queja ante Dios: «Ya sabía yo que tú eres un Dios clemente, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. Así que ya puedes, Señor, quitarme la vida, porque prefiero morir a seguir viviendo» (Jon 4,2-3). Es una reacción sorprendente. Desearía morir sólo porque los habitantes de Nínive se han decidido por la vida. La irritación de Jonás se hace aquí un poco humorística y grotesca. Jonás es como un payaso de circo que se obstina conscientemente en su enfado y su lamento,

cuando hacia fuera todo discurre a las mil maravillas. Reacciona precisamente al contrario de como esperan los espectadores.

La bufonada sigue adelante en el libro. Jonás se dirige a las afueras de la ciudad, se construye una choza y se sienta a la sombra para observar lo que allí sucedía. Lleno de ternura, Dios se preocupa por el profeta y hace que crezca un ricino «para darle sombra y librarlo de su enojo» (Jon 4,6). Jonás puede incluso alegrarse de esto. Pero cuando un gusano roe el arbusto y este se seca, Jonás se desea la muerte. Y cuando Dios le pregunta si realmente le parece bien irritarse por la planta de ricino, la respuesta es tajante: «Sí, me parece bien enfadarme hasta la muerte» (Jon 4,9). Jonás es aquí como un niño pequeño que tercamente se acurruca en un rincón de la casa. Los mayores no pueden menos que contemplarlo con una sonrisa. No lo toman en serio. Quizá ni siquiera Jonás toma en serio su comportamiento desorbitado. Representa una tragedia aun sabiendo en sus adentros que se trata propiamente de una comedia.

El libro de Jonás es para mí algo más que una mera confirmación de la «voluntad salvífica universal de Dios, sin ninguna clase de barreras», como se dice en las palabras introductorias de la traducción ecuménica. A mí me resulta saludable precisamente la forma humorística de este libro. Introduce el humor en la relación con Dios. No toma demasiado en serio ni la predicación ni el comportamiento de Jonás. Siempre que los hombres toman con demasiada seriedad todos sus planes, siempre que trabajan con obstinación por hacerlo todo correctamente, su vida termina siendo aburrida. Les falta la sorpresa

y la vitalidad. El humor es condición indispensable para que uno pueda aceptarse a sí mismo con serenidad. Y nos impide también perseguir una espiritualidad demasiado seria. Nuestros libros espirituales respiran a veces excesivo patetismo. El libro de Jonás no conoce el patetismo, igual que no lo conoce tampoco el bufón. El bufón desenmascara el patetismo como huida de la realidad de nuestra vida, que frecuentemente es banal y mediocre. El humor es la aceptación de la mediocridad y la cotidianidad, pero una aceptación amorosa y serena, no con los dientes apretados. Esto lo aprecié siempre en mi padre. Cuando algo salía de forma diversa a como había pensado, en lugar de enfadarse se reía. Cuando nuestro negocio iba mal y mis padres no podían regalarnos muchas cosas por Navidad, mi padre lo compensaba explicando pacientemente, por ejemplo a mi hermana pequeña, lo hermosas que eran las muñecas sin pelo. Mi hermana, en esta ocasión, quedó poco convencida de la explicación, y no tardó en arrojar la muñeca al rincón. Mi padre hizo un nuevo intento, pero tampoco tuvo éxito. Sin embargo, no regañó a mi hermana. Se echó simplemente a reír. La testarudez de mi hermana anuló sin duda sus dotes discursivas.

Hay tres imágenes arquetípicas de bufón. Por una parte está el bufón tetramorfo, como el coyote entre los indios. Hoy, en muchas películas de dibujos animados, el bufón, en forma de animal, celebra su triunfo y hace reír a los espectadores. Según C. G. Jung, el bufón tetramorfo nos hace recordar nuestra brutalidad primitiva. Mientras nos hace reír, nos está llevando con humor a decir sí a nuestro instinto animal. Quien reniega de su

parte animal se verá cada vez más dominado por ella. El bufón tetramorfo nos enseñará la sabiduría, como sucede en muchos cuentos con los animales.

Con frecuencia se presenta el bufón en forma humana, y nos desvela nuestras sombras. Es como un despertador humano que suena una y otra vez, precisamente cuando nos sobreviene la tentación de identificarnos con nuestro papel. No nos permite que nos acostumbremos a algo.

El bufón es, finalmente, una figura espiritual. Nos preserva de vanagloriarnos de nuestra fe y de situarnos por encima de los demás. Nos recuerda que no somos más que hombres. «El humor, que permite a uno reírse de sí mismo, es un rasgo característico de una fe sana; la mojigatería rígida domina, por el contrario, en la religiosidad enfermiza»<sup>1</sup>. En la Edad media, la Iglesia celebraba una fiesta de bufones. Había un niño obispo y un Papa bufón. Es indudable que la religión necesita bufones para no desviarse hacia el dogmatismo o hacia palpitaciones fundamentalistas basadas en la tradición.

Los griegos tenían a Hermes como bufón divino. Era el más hábil embustero. Ya el día de su nacimiento robó el pequeño Hermes a su hermano Apolo los bueyes. Cuando Apolo, con su sabiduría, llega hasta la gruta de Hermes a través de unas huellas cuidadosamente borradas y sospecha allí del robo, disculpa a Hermes. Siendo un niño pequeño, envuelto en pañales, él no lo consideró como un robo. Quien en su interior entra en

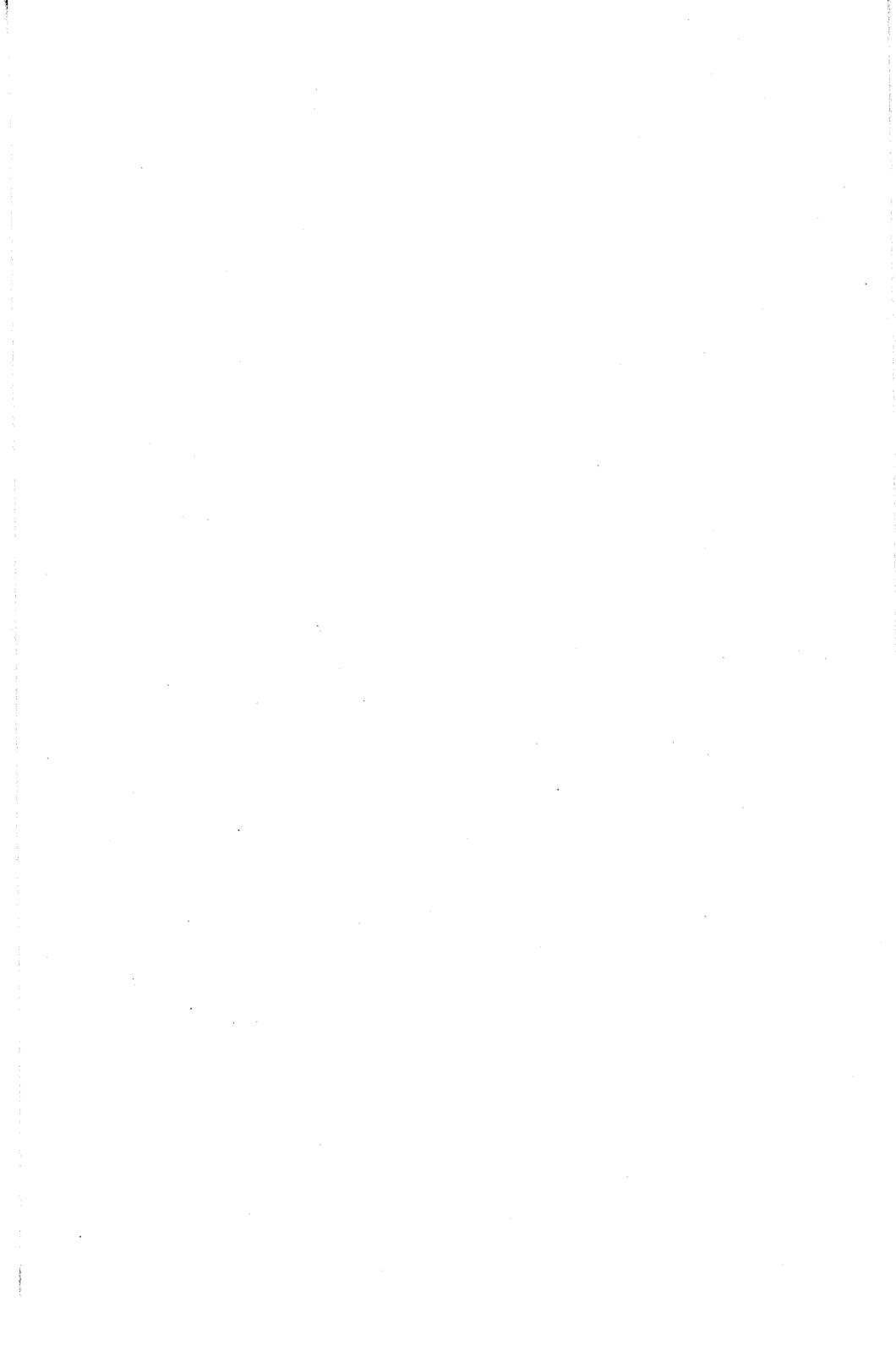
---

<sup>1</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 215.

contacto con Hermes se distinguirá por su tendencia a la broma, por su astucia y por su capacidad de cambiar su figura. Como todo arquetipo, también este tiene dos caras. Quien se deja dominar por este arquetipo se convertirá en ladrón lleno de fantasías y en astuto embustero. Pero Hermes era también entre los griegos el director espiritual. Comprende los enredos del alma y es el único dios que vigila continuamente los tres espacios: el cielo (Olimpo), la tierra y los infiernos. Tiene acceso a los conocimientos espirituales más profundos. Desciende al abismo del Hades, al mundo de las propias sombras, para traer a la luz todo lo que está escondido en lo más profundo de nosotros mismos. Este es el verdadero alcance y significado del bufón divino: desvelarnos de forma humorística la propia verdad y darnos valor para descender con humildad (*humilitas*) al reino tenebroso de nuestra alma para sacar a la luz todo lo que deseamos eliminar.

Cuando los hombres se reúnen, se ponen con frecuencia a contar chistes. Las mujeres se extrañan a veces de que puedan reírse con chistes tan superficiales o groseros. Pero los hombres sienten la necesidad de gastarse bromas. Aun cuando esos chistes sean a costa de las mujeres o de los poderosos, se expresa así la necesidad de no tomar la vida demasiado en serio, de abandonar el duro mundo de la profesión, de dejar el patetismo de una espiritualidad rígida, que se toma demasiado en serio a uno mismo. El humor es un rasgo propio de la masculinidad. El hombre necesita dentro de sí al bufón para vivir a gusto en este mundo. Sin el bufón, se enojaría cada vez más ante la situación. Pero,

naturalmente, el bufón tiene también una parte sombría. Puede convertir todo en broma y desentenderse de toda responsabilidad. Necesita siempre combinar ambos polos: la disposición a luchar contra toda clase de injusticia en el mundo y la libertad interior que el bufón representa frente a todo. El verdadero bufón desenmascara toda falsedad e injusticia en el mundo. Y esta acción conlleva con frecuencia más fuerza que el encontronazo violento. Quien lucha encarnizadamente contra algo sucumbe a veces en la batalla y no sigue adelante. Quien desenmascara la injusticia arrebatada a esta todo su poder. El humor es una fuerza subversiva. De ahí que los estados totalitarios teman tanto al humor. Pero los políticos prefieren seguir presentándose con gran patetismo. Se hace necesaria la función crítica del bufón, que desenmascara el patetismo como intento de manipulación.



## Pedro: la roca

Pedro es visto por todos los evangelistas como el apóstol que desempeña una función directiva en el grupo de los discípulos. Pero es presentado a la vez como un hombre con fallos y debilidades. Jesús le da el nombre de Roca. La roca habla de firmeza e inmutabilidad. La Biblia designa como roca a Dios, que nos protege. En la roca puede uno apoyarse. La roca proporciona una situación de seguridad. Pero Pedro, la roca, deja más bien una impresión de versatilidad. Es cobarde y huye. Simón tiene que recorrer un largo camino de maduración hasta que llega a ser roca para los demás. De muchos hombres decimos que son como una roca en el oleaje. Admiramos a esos hombres. La historia de Simón Pedro nos muestra que también nosotros, con nuestras cobardías y debilidades, podemos lograr el objetivo de ser roca para los demás si emprendemos el camino de la conversión, ese camino que los Evangelios nos trazan al hablar de Simón.

En el Evangelio más antiguo; Jesús llama en primer lugar a Simón y a su hermano Andrés. Ambos pertenecen a la clase más pobre de pescadores. No poseen ninguna barca; sólo una red. Santiago y su hermano

Juan, por el contrario, ocupan un lugar más elevado en el entramado social. Son también pescadores, pero ellos explotan una flota pesquera con barcas (Mc 1,16-20). Lucas difumina las diferencias sociales. Pedro pertenece para él a la clase media. Inmediatamente después de su llamada, pasa a ocupar el puesto central. Cuando los discípulos, siguiendo la orden de Jesús, logran capturar una abundante pesca, Pedro cae a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un pecador» (Lc 5,8). En el encuentro con Jesús, Pedro reconoce su propia realidad y tiene que confesar que es un pecador. No pertenece al grupo de piadosos que siguen a Jesús, al grupo que se encuentra sobre un camino espiritual. Pecador designa en griego a un hombre que ha perdido el rumbo, que lleva una vida desordenada.

Más tarde aparece Pedro como portavoz del grupo, por ejemplo en la transfiguración de Jesús (Lc 9,33). Pedro es, por una parte, impulsivo: Tan pronto como Jesús hace una pregunta, Pedro responde al instante de forma espontánea. El lugar más conocido es la escena en que Jesús pregunta a los discípulos por la opinión que tiene la gente sobre el Hijo del hombre: Inmediatamente sale de la boca de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16). Jesús le alaba por esa respuesta: «Bienaventurado tú, Simón, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no prevalecerán contra ella» (Mt 16,17-18). Pedro se convierte en roca para la Iglesia por reconocer el misterio de Jesús y por confesarle como el Mesías y el Hijo del

Dios vivo. Los hombres que se mantienen firmes en la fe son roca para los demás. Los indecisos pueden apoyarse siempre en ellos.

Pero Pedro no hace justicia al papel de roca que Jesús le ha confiado. Cuando Jesús habla de la pasión y de la muerte violenta que le aguarda en Jerusalén, Pedro le toma aparte y le disuade: «Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso» (Mt 16,22). La pasión de Jesús resulta irreconciliable con su imagen de Dios y con su imagen del Mesías. Pedro desearía encajar a Jesús en su imagen de Mesías triunfante. Piensa que Dios debería preservarle del sufrimiento. No en vano es su Hijo. Pero Jesús le replica con fuerza: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mt 16,23). Es una reprimenda dura la que Pedro tiene que dejar caer sobre él. Jesús le asegura que no tiene en su cabeza otra cosa que sus propias ideas, siendo incapaz de comprender lo que es la voluntad de Dios. Le reprocha igualmente que, lejos de ser la roca sobre la que él pueda descansar, es una piedra de tropiezo con la que se encuentra en su camino. Pedro, que debe desempeñar en la comunidad de Jesús una tarea de dirección, se muestra incapacitado para comprender el sentido de la pasión de Jesús.

Finalmente, Pedro hace un papel indecoroso a lo largo de la pasión de Jesús en todos los Evangelios. Cuando Jesús dice a los discípulos en la noche de su pasión que todos se han de escandalizar por su causa, Pedro responde muy seguro de sí: «Aunque todos fallen por tu causa, yo no fallaré» (Mt 26,33). Jesús le anuncia profética-

mente que por tres veces le ha de negar en esa noche. Pedro lo descarta y subraya con gran seguridad y fuerte patetismo: «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré» (Mt 26,35). Pero pocas horas más tarde Pedro se acobarda ante una simple criada. Parece inocua la situación en la que la criada le dirige la palabra y le delata como uno de los que estaban con Jesús. Si los sumos sacerdotes hubieran querido que también se arrestara a los discípulos de Jesús, lo habrían hecho ya en el momento de arrestar a Jesús. Pero ellos querían sólo a Jesús, no a sus discípulos. Pedro toma la observación inofensiva de la criada como motivo para negar a Jesús: «No sé de qué me hablas» (Mt 26,70). Su negación es más fuerte la segunda vez: «Yo no conozco a ese hombre» (26,72). Él, que por tres años ha ido recorriendo con Jesús el país, niega conocerlo. La tercera vez, Pedro comienza incluso a echar imprecaciones y a jurar que no conocía en absoluto a aquel hombre. El miedo y la cobardía quedan bien patentes en estas palabras de Pedro. Quisiera que le dejaran en paz. No puede concentrarse. Pedro no niega sólo a Jesús. Se niega también a sí mismo. Quiere calentarse en el fuego de sus adversarios. Desea estar caliente y sentirse bien en medio de la noche fría. El calor de hombres extraños es para él más importante que la amistad con Jesús, de quien estaba tan fascinado. Cuando el gallo canta, se da cuenta de lo que ha hecho. «Y saliendo fuera, lloró amargamente» (Mt 26,75). Johann Sebastian Bach ha dado un tono conmovedor a estas palabras. Para el solista que las canta es siempre un reto expresar adecuadamente el dolor de Pedro.

Juan presenta a Pedro a su manera. Cuando, después

del discurso sobre el pan, abandonan muchos discípulos al Maestro, Jesús pregunta a los doce: «¿También vosotros queréis dejarme?». Simón Pedro le responde: «Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan la vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,68-69). También aquí es Pedro el portavoz del grupo. Está a favor de Jesús. Junto a Jesús es como ha llegado a la fe. Sus ojos se le han abierto. Puede percibir que en ese Jesús se manifiesta el mismo Dios y que sus palabras conducen realmente a la vida. En las palabras de Jesús, Pedro ha experimentado la vida. Cuando Jesús hablaba, él se sentía lleno de vitalidad. Por eso habla como portavoz de los demás apóstoles. Pero también en el Evangelio de Juan traiciona Pedro a Jesús en el transcurso de la pasión. Después de la muerte de Jesús, Juan describe algunas escenas en las que Pedro juega un papel importante, siempre desde luego en conjunción con el discípulo al que Jesús amaba. Los exegetas piensan que Juan quería mostrar así la vinculación de su comunidad, que se retrotrae al discípulo amado, con la gran Iglesia, en la que Pedro gozaba de un relieve singular. A mí me interesa más la caracterización de Pedro.

Cuando María de Magdala descubre la tumba vacía y lleva la noticia a los discípulos, Pedro y el discípulo amado echan a correr. El discípulo amado es más rápido que Pedro, pero respeta su primacía. Pedro entra en el sepulcro y observa los hechos: «Comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no con las vendas, sino doblado y colocado aparte» (Jn 20,7).

Pedro constata lo que ve, pero no comprende su sentido. Del discípulo amado se dice, sin embargo, que «vio y creyó» (Jn 20,8). Pedro es aquí el hombre sobrio, que se limita a constatar los hechos, sin pretender interpretarlos. Es también el hombre impulsivo y a la vez torpe. El discípulo amado es más rápido que él.

Esto se hace igualmente perceptible en el encuentro del Resucitado con los discípulos junto al lago de Tiberíades. Pedro es de nuevo aquí el portavoz. Dice a los demás discípulos: «Me voy a pescar». Ellos le responden: «Nos vamos contigo» (Jn 21,3). Pedro es el hombre activo. Toma decisiones en la vida. Pero los discípulos no pescan nada aquella noche. Cuando Pedro actúa contando sólo con sus propias fuerzas, su trabajo es un fracaso total. Cuando los discípulos, a la orden del hombre de la orilla, se adentran una vez más en el lago y se llena de peces la red, el discípulo amado hace enseguida esta observación: «¡Es el Señor!» (Jn 21,7). Reconoce en aquel hombre extraño de la orilla al Resucitado. La reacción de Pedro responde a su temperamento impulsivo: «Al oír Simón Pedro que era el Señor, se ciñó un vestido, pues estaba desnudo, y se lanzó al agua» (Jn 21,7). No parece tener mucho sentido ponerse un vestido para lanzarse al lago. Pero es evidente que Pedro no se atreve a presentarse desnudo ante Jesús. Prefiere llegar a él con una vestimenta empapada. Todavía no puede afrontar abiertamente su verdad, su traición. Con la vestimenta empapada expresa, sin embargo, que algo ha cambiado en él, que en la pasión de Jesús se ha visto sumergido en el baño de la purificación. Y la vestimenta mojada apunta a que la autosuficiencia de Pedro ha

quedado ablandada. Jesús recibe a Pedro tal como está y tiene con él y con los otros discípulos una comida a la brasa, impregnada de una atmósfera singular: «A ninguno se le ocurrió preguntar: ¿Quién eres tú? Pues sabían muy bien que era el Señor» (Jn 21,12).

Después de la comida, Jesús pregunta por tres veces a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Por tres veces declara Pedro su amor: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Pero la tercera vez, «Pedro se entristeció, porque Jesús le había preguntado por tercera vez si le amaba, y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo» (Jn 21,15-17). La pregunta tres veces repetida de Jesús a Pedro recuerda claramente su triple negación. Pedro reconoce ahora que no puede confesar su amor confiando sólo en sí mismo. Por eso muestra a Jesús toda su verdad: «Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que fui cobarde, que te traicioné sólo por calentarme en el fuego de mis adversarios. No quiero justificarme. No hay nada que disimular. Así era yo. Yo te traicioné. Pero, a pesar de todo, tú sabes que te amo, que en el fondo de mi alma, mucho más al fondo que la cobardía —que con tanta frecuencia invade mi corazón— se esconde el amor por ti. Y yo quisiera vivir totalmente de este amor». Pedro tiene que afrontar su verdad. Permite que Jesús escudriñe profundamente su corazón. Le duele que en su corazón haya cobardía y traición. Pero cuando Pedro expone a Jesús toda su verdad es cuando deja de menospreciarse. No se inculpa, pero tampoco se exculpa. No se achica, pero tampoco se envalentona, como lo había hecho en el pasado. Ahora él es lo que es: cobarde, pero también lleno de amor; miedoso, pero también lleno de

confianza. Ha traicionado a Jesús, pero desea serle fiel en adelante. Esa fidelidad no la puede ya jurar. Sabe que es débil, que en su corazón se esconden impulsos egoístas, que ha confundido su amistad hacia Jesús con su propio afán de grandeza. Pero él confía en que Jesús ve más allá, en que él ve, detrás de la cobardía, el corazón que ansía amor y fidelidad, un corazón que está apegado al Maestro con verdadero amor. De ese amor, Pedro no puede ya alardear. Pero confiesa con su respuesta que, a pesar de la traición, hay en él algo de auténtico, que en el fondo de su corazón se esconde un amor verdadero y limpio. A impulsos de este amor es como en adelante quiere vivir. Y Jesús le confía su comunidad: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21,17).

Pedro es la roca sobre la que Jesús construye su Iglesia. La roca parece quebradiza. Pero en este mensaje hay algo consolador para nosotros. Si nosotros reconocemos, como Pedro, la verdadera identidad de Jesús, nos convertiremos igualmente en roca para los demás. En medio de nuestras debilidades, con nuestras cobardías y traiciones, hemos de ser roca para los demás. Sobre una roca uno puede erguirse. Se tiene base firme sobre los pies. Muchos hombres ofrecen una base así. Junto a ellos conseguimos valor para enfrentarnos a nosotros mismos. A su lado encontramos seguridad, y nada es capaz de hacernos fácilmente zozobrar. En una roca uno se puede también apoyar. Se trata de algo que todos necesitamos. Las mujeres necesitan hombres en quienes puedan apoyarse. Y frecuentemente se quejan de que sus maridos no les proporcionan ese apoyo, que no les pueden considerar como roca, sino como algo endeble,

que siempre cede. Una roca protege además del temporal. A su sombra, uno se siente seguro.

Mi padre fue para mí una roca de la que me podía fiar. Apenas tuve oportunidad de auparme sobre él físicamente. Pero, con su serenidad, fue para mí como una roca en medio de las olas. No era fácil que se alterara por nada. Cuando algo nos preocupaba a nosotros, él lo relativizaba. Tenía capacidad de resistencia e ideas claras. Su solidez le permitía también asentir o disentir, sin aferrarse a su opinión. En las discusiones, dejaba clara su postura. Pero podía admitir también la nuestra. Actuaba con seguridad. La roca está sencillamente ahí. No tiene necesidad de afianzarse constantemente. Desde esta firmeza ofrece a la vez sosiego y tranquilidad. La experiencia de mi padre me ha enseñado a no asumir nunca sin más las propuestas teológicas más deslumbrantes. Quien tiene solidez no necesita muchas razones para justificar su vida. Está en pie, porque está en pie. Es lo que es.

Más tarde fueron los hermanos religiosos mayores quienes dejaron su impronta en mi vida juvenil dentro del convento. Cuando ellos murieron, los eché en falta. Descubrí que tenía que seguir sus huellas por mí mismo. Aunque, a mis 58 años, necesito todavía apoyarme en hombres mayores, cargados de sabiduría, siento a la vez el reto de sostenerme por mí mismo y de convertirme en roca para los demás. De todos modos, yo no puedo proponerme como roca. Será siempre un milagro de Dios el que, en determinadas situaciones, yo pueda ser roca para otros. También aquí vale: No debo identificarme con la imagen arquetípica de la roca. En tal caso, me

enaltecería y pasaría a ser una roca oscilante, que transmite sólo un apoyo ficticio. Sólo si, como Pedro, asumo mis propias debilidades y mis sombras y las presento humildemente ante Dios, podré, si Dios lo quiere, ser roca que ofrezca seguridad a otros.

Junto a una roca podemos experimentar protección. Cuando sobreviene un temporal, uno se cobija en la montaña junto a una roca que le resguarde de la lluvia, del viento y del desprendimiento de piedras. En otras ocasiones, cuando el sol abrasa, la roca arroja sombra. Esta es también una imagen arquetípica para nosotros. Cada cual puede llegar a ser roca para los demás, consiguiendo encontrar a su lado descanso para reponerse, sintiendo protección, amparo y seguridad. Uno no puede hacerse a sí mismo roca. Tras la experiencia de su traición, Pedro renunció sin duda al más mínimo deseo de presumir ante los demás apóstoles y de presentarse como roca. Hubo de experimentar agradecido que precisamente él, que había traicionado a Jesús de manera tan cobarde, debía ser roca sobre la cual encontrarían los demás una base firme, sobre la cual se podrían apoyar y bajo cuya protección podrían sentirse amparados por el mismo Dios, la verdadera roca.

¿Cómo aprendo yo a ser hombre en la figura de Pedro? Para mí es importante, en el encuentro con Pedro, el hecho de que tampoco yo tengo que ser perfecto. No se trata aquí de impecabilidad, sino de la disponibilidad para emprender el camino que Dios me ha señalado con todo mi apasionamiento, pero también con mis cobardías y mis miedos. Los Evangelios no ponen ante mis ojos a un Pedro aburrido, sino a un Pedro impulsivo.

vo, que salta en cuanto se le pregunta y en cuanto él ve cuestionada su entrega. Pedro prefiere quemarse los dedos a actuar con cautela, cavilando el modo de salir del apuro sin despeinarse siquiera. Desvela su corazón, sus sentimientos, aun cuando no estén en consonancia con la perspectiva de Jesús. Aprende en la confrontación. En todos los altibajos de su vida, sale a mi encuentro un hombre que no se esconde. Su corazón deja traslucir todo lo que él hace. Este corazón conoce todos los sentimientos más recónditos que también yo experimento dentro de mí: anhelo, amor, y a la vez cobardía, miedo, desconfianza, traición. Llegaré a ser hombre no si me escondo, sino cuando me presente tal como soy, aun con el peligro de verme criticado, aun a riesgo de tener que confesar públicamente una falta ante la cual todos los moralistas queden indignados. Pedro asume el riesgo de ser herido. Pero lucha por lo que siente. Y esto es para mí un aspecto esencial de la masculinidad: mostrarse, en lugar de esconderse; quemarse los dedos, en lugar de retirar la mano; abrir el corazón, en lugar de cerrarlo para salir ileso. El hombre que esquiva la vida será siempre una caricatura de hombre. Quizá consiga tener prestigio y triunfar. Pero nunca llegará a ser un hombre de verdad.



## Pablo: el misionero

De ningún apóstol nos ofrece Lucas un cuadro tan detallado como de Pablo. Además, por las propias cartas de Pablo conocemos no sólo su teología, sino también su personalidad. Pablo creció en Tarso, una ciudad de cultura griega, donde se daban cita las más diversas religiones. Pablo fue educado en la filosofía griega y en la retórica. Conocía el griego, el hebreo y el latín. Ya de joven fue a Jerusalén para ser discípulo de Gamaliel, un fariseo de tendencia moderada. Es de suponer que estaría en una especie de internado, donde fue instruido y adoctrinado en la enseñanza farisea. Y llegó a ser un celoso defensor de la Ley. Puede afirmar de sí mismo: «Aventajaba dentro del judaísmo a muchos compatriotas de mi edad como fanático partidario de las tradiciones de mis antepasados» (Gál 1,14). Desde un punto de vista psicológico, se podría decir que Pablo tenía una estructura rígida. Necesitaba normas claras en las que él pudiera sustentarse. Para él, que había crecido en una sociedad multicultural, estos principios firmes eran probablemente importantes para no hundirse en el relativismo. Pero entonces tropieza Pablo con el nuevo camino que propagaban los cristianos, sobre todo

Esteban, que aparece como representante de los judeo-cristianos helenistas. Esteban predicaba la libertad de la Ley. Estaba fascinado por la libertad que en Jesús había experimentado. Pablo persigue esta orientación hasta el derramamiento de sangre. Evidentemente, algo de esta enseñanza había tocado su corazón. De lo contrario no hubiera perseguido a la Iglesia primitiva con tanta vehemencia. Tiene lugar, sin embargo, el acontecimiento que transformaría completamente su vida.

Lucas narra la historia de la conversión de Pablo por tres veces. En la primera describe por su cuenta lo acontecido a las puertas de Damasco. Después deja que Pablo relate su propia conversión, primero en un discurso ante sus correligionarios judíos (He 22,1-21) y luego en un discurso ante el rey Agripa y el gobernador romano Festo (He 26). En estos términos describe Lucas el momento en que Saulo se vio envuelto ante Damasco en una luz resplandeciente: «Cayó a tierra y oyó una voz que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (He 9,4). Cuando Saulo pregunta quién es aquel que le habla, le responde Jesús: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (He 9,5). Cuando Saulo se levanta y abre los ojos, «no veía nada» (He 9,8). Se había quedado ciego. Todo su plan de vida se vino abajo. Él cayó a tierra y se eclipsó su imagen de Dios, de sí mismo y de su vida entera. Un monje interpretó así esta experiencia: «Cuando Pablo no vio nada, entonces vio a Dios». Cuando desaparecieron de él todas las imágenes que se había formado de Dios, quedó libre para ver al verdadero Dios. En la oscuridad se le reveló el Dios de Jesucristo. Ahora se convierte Pablo en el mayor apóstol de la Igle-

sia primitiva. Lo que antes había perseguido, ahora lo predica con pasión. Pasa a ser el apóstol de la libertad. Ha reconocido que él, por sí mismo, no se puede hacer justo; que toda la observancia de los mandamientos no le acerca más al verdadero Dios. El misterio de Dios se le ha desvelado en Jesucristo, que nos abre los ojos a la auténtica realidad, a la luz de Dios, que resplandece para nosotros en Cristo. Pero Pablo sigue siendo el de antes, incluso después de su conversión. Su temperamento apasionado, su parte respondona y agresiva, su estructura inflexible, marcan también al convertido. No obstante, Pablo procede ahora de otra manera con su apasionamiento. No lo utiliza ya para destruir la vida, sino para hacerla más agradable. Como antes había combatido apasionadamente contra los cristianos, ahora lo hace contra todos los que tergiversan el Evangelio. Sobre sus adversarios escribe a los Gálatas en el colmo de su irritación: «¡Más valiera que se mutilaran del todo esos que os perturban!» (Gál 5,12).

Pablo podía escribir de manera muy convincente, lleno de fuerza y pasión y, además, con claridad e impresionante expresividad. Pero no hay duda de que en el cara a cara se mostraba más bien débil. Su nombre «*Paulus*» significa «el pequeño». Todo hace pensar que era pequeño de estatura, y quizá algo encorvado. Padeía también una extraña enfermedad. Heinrich Schlier piensa que pudo ser epiléptico. A los Gálatas les describe su enfermedad en estos términos: «Ya sabéis que fue una enfermedad la que me dio la oportunidad de anunciaros el evangelio por primera vez. Y aunque mi enfermedad fue una dura prueba para vosotros, no me

despreciasteis ni me rechazasteis, sino que me acogisteis como si fuera un mensajero de Dios, como si del mismo Cristo se tratara» (Gál 4,13-14). Literalmente se dice: «No me escupisteis». Escupir era un gesto de rechazo frente a enfermedades del espíritu, como la locura y la epilepsia. Es obvio que a Pablo le atormentaba aquella enfermedad. Quizá la contrajo a raíz de la lapidación que tuvo que sufrir o a raíz de otros muchos castigos que recibió en el servicio de la predicación. Cualquiera que sea el modo en que se interprete la enfermedad de Pablo, no hay duda de que el apóstol era, de cara al exterior, no el hombre seguro que se sitúa por encima de todo, sino alguien que sufre en su interior. Rogó a Dios que le librara de aquella espina de su enfermedad, interpretada por él como un ser abofeteado por un agente de Satanás. «He rogado tres veces al Señor para que apartase de mí a ese agente de Satanás, y otras tantas me ha dicho: Te basta mi gracia, ya que la fuerza se hace patente en la debilidad» (2Cor 12,8-9).

Lo que Pablo percibió en el encuentro con Jesús fue que, gracias a Jesús, estamos ya justificados y que, consiguientemente, no tenemos que justificarnos con el cumplimiento de los muchos preceptos. Estamos ya justificados. Somos ya aceptados y amados sin condiciones. No tenemos ya que probar nuestros méritos. La cruz de Jesús fue para Pablo la convalidación de sus normas religiosas y de su camino espiritual, según el cual él tenía que ganar el amor de Dios a base del cumplimiento escrupuloso de los mandamientos. En la cruz de Jesús percibió él la libertad que Jesús le había traído, la libertad de todos los esfuerzos convulsivos por una vida

recta, la libertad de todo anhelo de reconocimiento y amor. La cruz es la experiencia de un amor incondicional. Dios nos acepta tal y como somos. Esto es lo que Pablo percibió en la cruz de Jesús. De ahí que luchara tan apasionadamente por esta idea. Ella había cambiado su vida. Le había liberado de su empecinamiento, de su miedo a no ser lo suficientemente bueno.

Pero Pablo no fue sólo, entre los apóstoles, el teólogo que anunció el mensaje de Jesús en la lengua de la cultura helenística del momento, haciéndolo así comprensible y atractivo para un amplio ámbito del Imperio romano. Pablo es también el místico, que ha experimentado personalmente a Cristo. «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,19-20). La cruz canceló su mundo conceptual, marcado por la búsqueda constante de hacer todo correctamente ante Dios. Todo esto no es ya importante. Lo decisivo es que Jesucristo le ama sin condiciones. En la cruz se ha hecho patente esa aceptación sin condiciones. Lo que importa ahora es que este Jesús vive dentro de él. Pablo encontró en Jesús una nueva identidad. No se definirá ya desde el hombre, desde su valía y su entrega, sino desde Jesús. Él ha llegado a ser plenamente él mismo. El apóstol experimenta a Jesús como el centro de su interioridad. Ha llegado a ser uno con Jesús.

Este camino hacia la interioridad, en medio de toda lucha exterior, es una maravillosa imagen para expresar la autorrealización de la masculinidad. Pablo no es un místico que se retire del mundo. Al contrario, se sumer-

ge en ese mundo. Pablo recorre el mundo entero. Los exegetas han calculado que hizo unos 16.000 kilómetros a pie y en barco. Se expuso en público. Luchó y buscó la confrontación. Fue arrestado en bastantes ocasiones o fue expulsado. No tuvo una vida tranquila. Él mismo señala los peligros internos y externos por los que pasó: «Los aventajo en fatigas, en prisiones, no digamos en palizas y en las muchas veces que he estado en peligro de muerte. Cinco veces he recibido de los judíos los treinta y nueve golpes de rigor; tres veces he sido azotado con varas, una vez apedreado, tres veces he naufragado; he pasado un día y una noche a la deriva en alta mar. Los viajes han sido incontables; con peligros al cruzar los ríos, peligros provenientes de salteadores, de mis propios compatriotas, de paganos; peligros en la ciudad, en despoblado, en el mar; peligros por parte de falsos hermanos» (2Cor 11,23-26). Pablo compaginó lucha y contemplación, mística y política. Afrontó virilmente los peligros que le acarrecaba su entrega a la joven Iglesia. Se adentró sin miedo en situaciones que pudieron costarle la vida. Sin embargo, en medio de toda su actividad, se mantuvo en su centro. Constantemente estuvo en contacto con el «Cristo dentro de él». Este Cristo fue el auténtico móvil de toda su vida. Estaba en su corazón. Desde este centro, se dirigía hacia fuera. De esta fuente interior brotaba su acción.

Pablo es el típico misionero que, impulsado por una gran conciencia de misión, recorre todo el mundo entonces conocido y se expone a los más variados peligros. Misioneros son los hombres que se sienten enviados. Despliegan con frecuencia una gran fuerza de per-

suasión para convencer a los demás del mensaje que transmiten. Es una fuerza que impregnará toda su vida. No reparan en dificultades ante el cumplimiento de su misión. Parecen tener a veces una fuente casi ilimitada de fortaleza. Pero también este arquetipo encierra sus peligros. Cuando alguien se dirige a mí diciendo tener conciencia de envío misionero, me siento preocupado. Conozco a hombres que creen tener que convertir a todo el mundo. Pero cuando llego a conocerlos con más profundidad, saco la impresión de que, sin su ímpetu misionero, no son nada. No tienen apoyo en sí mismos. Se definen sólo por su envío misionero. He de confesar que casi siempre me ponen nervioso. Y llego a la conclusión de que pretenden disimular su propia inseguridad y sus dudas de fe con el intento de convertir a otros a su fe. Detrás de su celo misionero se esconde a menudo el miedo a que su propia fe pueda ser un espejismo. Para eludir este miedo, tienen que convencer de su propio camino a todos aquellos que salen a su paso. El «típico misionero» no acepta como válida mi opinión. Se siente impulsado a aclararme con detalle cómo tengo que creer y a qué movimiento me tengo que apuntar, qué método de meditación debo necesariamente practicar y cómo me he de alimentar. De lo contrario, todo irá de mal a peor. Tales misioneros dejan con frecuencia tras de sí una mala conciencia cuando uno se cierra a su mensaje. No es nada fácil distanciarse de ellos y confiar en el propio instinto.

A pesar de todos los peligros que encierra, este arquetipo del misionero es esencial para nosotros, y precisamente en cuanto hombres. Los hombres necesitan

tener una misión en su vida. No están aquí solamente para sentirse a gusto y para examinar una y otra vez sus propios sentimientos, observando si van de acuerdo con uno mismo o necesitan atención. Muchos caminos espirituales que hoy se propagan conllevan una cierta dosis de narcisismo. Dan vueltas siempre y sólo sobre sí mismos. El arquetipo del misionero nos quiere mostrar esto: Tú tienes con tu vida una misión. No has de avasallar a los hombres con un mensaje. Tu misión no consiste sólo en emitir palabras con las que puedas convencer a los demás. Tu misión es sobre todo la de grabar en este mundo tu huella originaria y personal, siendo consciente de que posees una fuerza de irradiación que solamente sale de ti. Si vives tu misión, tu vida será fecunda. Te sentirás vivo, porque de ti brota la vida. La vida permanece viva sólo cuando fluye. La misión es esencial en ti. Es algo que intuyen los hombres leales. Normalmente ellos se sienten impulsados por una conciencia de envío misionero. Cuando se miran en el espejo del gran misionero Pablo, se liberan de los peligros que encierra el arquetipo del misionero y se abren a la misión que Dios les encomienda, a través de la cual su vida se hace fecunda y puede convertirse en fuente de bendición para los demás.

Ser hombres ante la figura de san Pablo significa para mí, en primer lugar, entrar en contacto con mi propia misión. Lo fascinante en Pablo es para mí que, externamente, no responde al modelo típico de hombre. Era pequeño, contrahecho, enfermizo. No cumple con los cánones del modelo parcial de hombre, con los cánones de la «belleza corporal». Su figura física no deja

ninguna impresión especial. Pero había en él una fuerza y una resistencia increíbles. Quizá algunos psicólogos actuales le catalogarían dentro del modelo estructural neurótico, como persona inflexible o con susceptibilidad excesiva. Pero esto no impidió a Pablo llevar a cabo su misión. Él sufrió consigo mismo. Pero no cayó en la autocompasión. Se aceptó tal como era. No llevó a cumplimiento un ideal cualquiera, ni el ideal del típico empresario ni el del típico misionero. Él llevó a cabo su misión con su propia persona, tal como era, con todos los rasgos tan poco atractivos físicamente. Puso su piel en venta. Se mostró tal como era, con su enfermedad y con sus defectos físicos. Precisamente así interiorizó lo más exterior y fue capaz de realizar más que los demás apóstoles, la mayoría de los cuales le aventajaban con mucho en masculinidad corporal.

Pabló transformó sus debilidades corporales en fuerza espiritual. Irradiaba tal fuerza y pasión que difícilmente podía uno sustraerse a ellas. Así era entonces y así sigue siendo todavía hoy, casi dos mil años después. Ante Pablo se dividen los espíritus. Unos quedan fascinados por él. Otros se escandalizan de él. Pablo dejó fructificar para otros su propia historia vital. Se convirtió. Como él observa, no quedó atrapado en su fanatismo. Al contrario, dejó que todo su proyecto de vida se derrumbara para comenzar a construirla de nuevo desde abajo. Pero él creyó también en la fuerza que Dios le otorgaba. Tenía una resistencia extraordinaria. Medio muerto, él se levanta de nuevo y prosigue su camino. Ni la cárcel, ni las piedras, ni los golpes le impiden continuar su camino de predicación. Es así como este hombre, ridiculizado

de muchas maneras, puede echar su mirada atrás y contemplar unos logros que ni todos los sabios del mundo son capaces de registrar en sus libros. Pues Pablo, con todo lo que era, se entregó de lleno a la llamada que sintió dentro de sí.

Esto es lo que para mí significa ser hombre: No la realización de un ideal cualquiera de masculinidad, sino la aceptación, con todo lo que soy y con todo lo que Dios me ha dado, de esa llamada que escucho en mi interior a llegar hasta el límite para descubrir toda la fuerza que se esconde dentro de mí. Conozco cada día a hombres que tienen miedo de hacer demasiado de cara a la galería. Se imponen ciertas restricciones y terminan paralizados. Son incapaces de descubrir toda la fuerza que llevan dentro. Pablo me enseña un camino distinto. Cuando yo llego al límite, Dios me tiende su mano. Él es la fuente en la que yo puedo beber. No he de concebir a Dios de manera raquítica y tampoco he de subestimarme a mí mismo. Conozco mis debilidades y limitaciones. Pablo tuvo que experimentarlas muy dolorosamente. Pero, en lugar de estar siempre dando vueltas en torno a ellas, lo que he de hacer es ponerme en camino con Dios hacia los límites a los que él me conduce, que están mucho más lejos de lo que muchos se imaginan.

Pablo ofrece también a los hombres una posibilidad de identificación que no corresponde al ideal actual de masculinidad. No se trata de estar físicamente sano y vigoroso. Hombres aparentemente endebles despliegan a veces más energía que los sanos. Lo han demostrado los numerosos científicos que no cesan por nada de perseguir su objetivo.

Pablo estaba soltero. Conozco a muchos solteros que han logrado asumir perfectamente su soltería. Pero conozco también a otros que sufren su soledad. Realmente suspiran por una mujer. Pero no se atreven a dirigirse a las mujeres por miedo a aparecer ante ellas como fracasados. Tampoco han conseguido todavía conciliarse con su cuerpo. Al no amar su cuerpo, tampoco pueden creer que una mujer podría amarles. Se encierran así cada vez más en sí mismos. Pablo fue amigo de contactos. No tuvo reparo en acercarse a las personas. Los dos polos de la lucha y el amor los vivió él también como soltero. Luchó por la libertad que Cristo nos trajo. Amó a su comunidad. Y amó a Cristo. Cuando él habla de su relación con Cristo, su lenguaje adquiere una tonalidad erótica. Se advierte que Pablo no era un hombre a medias, sino que, siendo como era, luchó por los hombres, se sentía enviado a ellos. Porque los amaba, porque quería anunciarles el mensaje que lleva a la verdadera vida y a la verdadera libertad, se entregó a ellos con toda su pasión y, en su lucha, consiguió mucho más que otros hombres aparentemente mejor dotados.



## Juan Bautista: el hombre selvático

Juan Bautista responde al arquetipo del hombre selvático. Ya su modo de presentarse infundió miedo en algunos. Marcos lo describe así: Juan llevaba un vestido de pelo de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre» (Mc 1,6). Dejó tras él toda civilización y vivió como los beduinos en el desierto. El cinturón de cuero recuerda al profeta Elías, que vestía de manera similar. Vive en el desierto, no sólo con las fieras salvajes, sino también con atuendo de pelo de camello. En algunos manuscritos se dice incluso que su vestido era de piel de camello. Esto contravendría las leyes judías referentes a la pureza, y Juan surgió del círculo de aquellos que observaban las leyes externas, las leyes que representaban la cultura del país. La piel de camello mostraría que él había integrado dentro de sí lo animal, la vitalidad, la sexualidad, la fuerza motriz de los animales. Juan es el hombre selvático, que tiene acceso a todo lo selvático dentro de él y en torno a él. Lo selvático le sirve como fuente de fuerza para anunciar a los hombres su mensaje de parte de Dios y para llamarlos a la conversión.

Su predicación se armoniza con su porte. Es hosca,

sin consideración con la sensibilidad de sus oyentes. A los fariseos, tan apreciados por el pueblo, les espeta: «¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñó a escapar del juicio inminente? Dad frutos que prueben vuestra conversión, y no creáis que basta con decir: Somos descendientes de Abrahán» (Mt 3,7-8). Juan no pretende halagos de nadie. Dice lo que siente en su interior. Se presenta sin hacerse lacayo de ningún ser humano. Él sabe que está sólo al servicio de Dios. Es interiormente libre. Su libertad le lleva a atacar incluso al rey Herodes, reprochándole haberse casado con Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Herodes ordena entonces que lo encarcelen. Su mujer prefiere verlo muerto. Sin embargo, «Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre recto y santo, y lo protegía. Cuando le oía, quedaba muy perplejo, pero le escuchaba con gusto» (Mc 6,20). El poderoso rey tiene miedo ante el hombre selvático. No obstante, se siente atraído por él. Percibe en ese hombre una fuerza interior y una libertad que echa de menos en sí mismo. Sabe además que Juan es un hombre recto y santo. Es recto en sí. Está en pie, sin miedo ante los hombres. No se deja doblegar. Y es santo, es decir, no disponible, fuera del círculo de los demás hombres. No se le puede dominar, pues posee otra fuerza, una fuerza sagrada. Herodes habla a gusto con Juan y se siente a la vez intranquilo y perplejo. Vislumbra en él algo genuino, algo auténtico. Tiene incluso la sensación de que le haría bien confiarse a este hombre selvático. Pero tiene miedo a cambiar su vida, a descender de su trono real y a enfrentarse con su propia verdad. Sin embargo, el hombre selvático no se deja intimidar. Obliga a cada

cual a ocuparse de su propio corazón, a reconocer lo selvático y lo bravío que hay en él, pero también la fuerza y la sinceridad que encierra.

Jesús habla en el Evangelio de Mateo sobre Juan, que le envía mensajeros a preguntarle si es él de verdad el que esperan los piadosos judíos: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo están en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis entonces a ver? ¿Un profeta? Sí, y más que un profeta. Este es aquel de quien está escrito: Yo envío mi mensajero delante de ti; él preparará el camino. Os aseguro que entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor que Juan el Bautista» (Mt 11,7-11). Es una buena caracterización la que Jesús hace aquí sobre Juan. No se agita como una caña, sino que se mantiene firme. No se rige por las opiniones de los hombres. No es ningún torcecuellos, que gira según el viento. No se preocupa de su vestimenta. Jesús piensa seguramente en el contraste con Herodes, que tanto empeño ponía en presentarse con los más lujosos vestidos. Herodes es el contrapunto del hombre selvático. Por una parte, vive en un lujo desorbitado; es afeminado. Al mismo tiempo, sin embargo, es terriblemente despiadado; ordena asesinar de manera bellaca a todos sus adversarios. Y este hombre aparentemente tan poderoso es en realidad un hombre manipulado por las mujeres. Lo muestra la escena en la que promete a Salomé la mitad de su reino. Por Salomé y por su madre se deja arrastrar hasta ordenar la muerte de Juan, desoyendo así la voz de su propio corazón. Juan es claro e inequívoco, selvático y vigoroso en apariencia,

pero con un corazón lleno de ternura y de bondad. Lejos de herir a los hombres, los pone en pie. No tiene miedo a nadie. Dice lo que piensa.

Juan no necesita dar importancia alguna a su aspecto exterior porque se siente en armonía por dentro. No necesita ninguna máscara. Es como es. Jesús describe después su misión: Ha de prepararle el camino. Esta es la misión histórica en relación con Jesús. Pero es también una misión psicológica, que tiene siempre validez. El hombre selvático desbroza el camino a nuestro verdadero yo interior. Nos libera de todos los roles y máscaras con los que disfrazamos nuestro genuino yo. Echa abajo las fachadas que hemos levantado para parecer bien hacia fuera. Destruye todo lo exterior para que encontremos el camino hacia el interior, hacia nuestro núcleo auténtico, hacia nuestro yo, hacia «Cristo en nosotros».

Juan encarna al hombre selvático del que habla siempre Richard Rohr en sus conversaciones de hombres y al que describe Robert Bly en su interpretación de los cuentos de Eisenhans (Iron John). Eisenhans no vive en el desierto, sino en un pantano. Devora a todo aquel que osa acercarse a la orilla del pantano. Pero, a pesar de su aparente instinto destructor, hay en él una gran fuerza al servicio de la vida. Eisenhans ayuda a un joven a emanciparse de su madre y a emprender su propia vida. El joven va con Eisenhans al bosque. Cuando el joven no consigue llevar a cabo la tarea que Eisenhans le encomienda, el hombre selvático lo envía al mundo. El joven entra en un palacio y comienza a trabajar allí, primero como empleado de cocina y después como jar-

dinero. Cuando el rey se marcha a la guerra, el joven pide ayuda a Eisenhans. Este pone en sus manos un caballo salvaje y todo un ejército de caballería, con el cual vence al enemigo. El joven es introducido por Eisenhans en la masculinidad. Primero lo convierte en guerrero y después en amante. Esto se pone de manifiesto en el juego que la hija organiza. Quien consiga hacerse con su manzana de oro será su marido. El joven es quien se apodera de la manzana y se casa con la hija del rey. Sus padres acuden a la fiesta. En medio de los invitados aparece Eisenhans, pero ahora como rey poderoso. Ya que el joven ha cumplido su tarea de llegar a ser hombre, Eisenhans vuelve de nuevo a su estado selvático.

Para Robert Bly, este cuento describe la iniciación en la masculinidad. Esta iniciación pasa normalmente por cinco fases: 1. La emancipación de la madre. 2. La vinculación con el padre y, después, la emancipación de él. 3. Un consejero que hace caer en la cuenta al joven de su propia grandeza y de su capacidad. 4. Tiempo de aprendizaje, en el que el joven bebe de la fuente de energía de una figura arquetípica. 5. La boda con la reina. El hombre selvático libera al joven de las ataduras de la madre y del padre. Le muestra el camino de sus propias posibilidades. Es como una fuente de energía, de la que puede beber. Y le introduce en el arte del verdadero amor y en la alianza con la mujer, con su *anima*. Sólo si el hombre selvático no se queda estancado en su agresividad, sino que se hace capaz de amar, conseguirá ser realmente hombre. El hombre selvático no está al final del proceso de la autorrealización masculina. Un paso importante es que un consejero introduzca al

joven en el arte de ser hombre. Pero del arquetipo del hombre selvático no puede prescindir aquel que quiera ser realmente hombre. El hombre selvático introduce al joven en el arte de la vida y en el arte del amor. Al final del cuento no aparece ya en su estado selvático, sino como un hermoso rey que participa en la boda del joven príncipe.

En Juan el Bautista puede aprender el hombre a permitirse lo selvático y lo espacioso, lo inadaptado y lo indeseado por los poderosos. Juan tiene un olfato singular para lo esencial. Lucha por ello a tiempo y a destiempo. Confía más en su voz interior que en las voces que le llegan de fuera, voces que desearían encorsetarle en los clichés de la decencia. Afronta los peligros. Encarna un aspecto esencial de la espiritualidad masculina, pues él irradia fuerza. La energía masculina de Juan el Bautista podría ayudar a los hombres a encontrar su propia identidad. Los hombres se sienten interpelados por Juan. Su figura toca una fibra de su alma, la fibra selvática y vigorosa, pero también el ansia de libertad, el ansia en definitiva de romper con las expectativas del mundo circundante y de hacer aquello que le pide su alma. Pero Juan no pasa de ser el precursor que anuncia la venida del Mesías. Juan apunta, por encima de él, al hombre integral, al ungido, que colma nuestros deseos de plenitud masculina.

## Juan: el amigo y el anciano sabio

Los Evangelios sinópticos nos presentan a Juan como hermano de Santiago e hijo del Zebedeo. Ambos hermanos son denominados hijos del trueno. Pueden mostrarse abiertamente muy agresivos y no reparan en aspirar a los primeros puestos en el reino de Jesús. «Concedéndonos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria» (Mc 10,37). Los otros discípulos se indignan contra los dos que reclaman para sí los primeros puestos. Jesús les plantea la siguiente pregunta: «¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?». Ellos responden: «Podemos» (Mc 10,38). Son, pues, conscientes de lo que dicen. Confían en poder recorrer el mismo camino de dolor que Jesús y en no echarse atrás ante la muerte.

El Evangelio de Juan, que según la antigua tradición de la Iglesia se remonta al hijo del Zebedeo, nos habla del discípulo al que Jesús amaba. Es verdad que no dice cómo se llamaba este discípulo amado por Jesús, pero la tradición lo identificó con Juan. Aunque esto sea hoy discutido, yo lo acepto aquí de acuerdo con esa tradición espiritual de Juan como el discípulo amado. Al

menos, este discípulo amado es claramente el hombre de garantía al que remite el Evangelio de Juan. Y tanto del Evangelio como de las Cartas de Juan se puede deducir cómo pensaba y sentía este discípulo. No es sólo el discípulo al que Jesús amaba. Escribe además una y otra vez sobre el amor.

Los exegetas piensan que el discípulo amado es uno de los dos discípulos que primero recibieron la llamada de Jesús. Juan el Bautista les mostró a Jesús, y Jesús les preguntó: «¿Qué buscáis? Ellos contestaron: Rabí —que significa Maestro—, ¿dónde vives? Él les respondió: Venid y lo veréis. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron con él aquel día. Eran como las cuatro de la tarde» (Jn 1,38-39). Todas las palabras de este relato de vocación están llenas de misterio. Lo que a los dos discípulos les interesa no es sólo el lugar geográfico donde Jesús vive, sino su verdadera morada, que es el Padre. Las preguntas «¿de dónde vienes?, ¿dónde vives?, ¿dónde está tu casa?, ¿quién eres tú?» son fundamentales en el Evangelio de Juan. Sin responder a estas preguntas, nadie logra conocer su verdadera identidad. Jesús dice a los discípulos: «¡Venid y lo veréis!». Quiere enseñarles el verdadero ver. Han de mirar más allá de las cosas. Han de ver lo genuino, el auténtico ser de las cosas. Para esto han de dejar a un lado lo que hasta ahora atraía su atención. Han de dejarse a sí mismos e ir con él. Cuando ellos ven dónde vive y de dónde viene, no contemplan ya solamente el ser de Jesús, sino también el misterio del hombre y el misterio de Dios. Cuando contemplan a Jesús, perciben su ser, perciben que viene de Dios y que está en Dios. Y reconocen en Jesús

quiénes son ellos mismos. Reconocen que también ellos tienen un origen divino. Los discípulos se quedan con él. Era más o menos la hora décima. Diez es el número de la plenitud. Mientras permanecen con Jesús, llegan a ser ellos mismos. Lo múltiple en ellos queda unificado y consiguen estar al unísono con su verdadero ser. El discípulo amado es presentado en todo el Evangelio como el que «ve», el que contempla en profundidad, el que reconoce el misterio de Jesús.

Un papel importante juega el discípulo amado en la pasión y resurrección de Jesús. En la última cena se dice de él: «Uno de ellos, el discípulo al que él tanto quería, estaba recostado a la mesa sobre el pecho de Jesús» (Jn 13,23). Jesús había anunciado que uno le traicionaría. Esto deja perplejos a los discípulos. Por eso, Pedro le hace señas al discípulo amado «para que le preguntase a quién se refería. Entonces, el discípulo que estaba recostado sobre el pecho de Jesús le preguntó: Señor, ¿quién es?» (Jn 13,24-25). Esta escena inspiró en la Edad media a muchos artistas el llamado «amor de Juan». Juan es representado descansando en el pecho de Jesús o apoyando su cabeza en el regazo de él. Es la representación de un amor entrañable entre ambos, la representación de una amistad íntima entre dos hombres. Uno descansa en el otro. Jesús tiene a veces puesta su mano cariñosamente sobre la cabeza de Juan. A los hombres les resulta siempre difícil mostrar sus sentimientos. La representación del amor de Juan ha animado a muchos a manifestar y a preservar sus más íntimos sentimientos de amistad. En la Edad media, el amor de Juan fue un tema de la mística. Estas representaciones pueden hoy

alentar a muchos hombres a aceptar con gratitud su amor hacia otro hombre y a vivir ese amor como un lugar donde se vislumbra el amor de Dios.

Bajo la cruz, Juan está junto a María, la madre de Jesús. «Jesús, al ver a su madre y, junto a ella, al discípulo que él tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya» (Jn 19,26-27). Los exegetas han desarrollado sobre esta escena las más diversas interpretaciones. La mayoría de ellos está de acuerdo en que es una escena simbólica. El Evangelio de Juan describe al comienzo de la obra de Jesús las bodas de Caná. La encarnación de Dios en Jesús significa que Dios celebra sus bodas con el hombre, transformando así nuestra vida. Nuestra insípida agua se convierte en vino. Adquiere un nuevo sabor. La cruz es para Juan la consumación de las bodas. La palabra griega *télos*, que es la que emplea siempre Juan en la descripción de la cruz, no significa sólo «consumación, objetivo, cumplimiento»; significa también «boda». En la cruz llegan a cumplimiento las bodas entre Dios y el hombre, ya que Jesús llena de vida divina y de amor divino todo lo humano, incluida la muerte, y así lo inserta todo en la unión con Dios. Y en la cruz celebra también el hombre su boda, su alianza, con todo lo que hasta entonces estaba disgregado en él. Hombre y mujer, *animus* y *anima*, quedan unidos bajo la cruz. El hombre se hace pleno, llega a su perfección, llega a su plenitud. Celebra las bodas con su *anima*. Juan recibe a María «como suya» (*eis tà ídia*). Se convierte para él en algo propio, pasa a ser algo suyo, una sola cosa con él.

Las escenas de mujeres son siempre en el Evangelio de Juan escenas de amor. María es la fuente del amor. En María, Juan ha de recibir el amor en su casa, en lo más profundo de su corazón. El hombre se capacita para el verdadero amor sólo cuando entra en contacto con el *ánima*, con la fuente de su capacidad de amor.

El discípulo amado juega también un papel importante en la resurrección de Jesús. Se nos narra en primer lugar la carrera pascual entre Pedro y Juan. María Magdalena había anunciado a los discípulos que se habían llevado del sepulcro al Señor. El discípulo amado es más rápido que Pedro. Pero en el sepulcro deja a Pedro la prioridad. Mientras que Pedro solamente ve lo que hay, sin comprenderlo, de Juan se dice: «Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero. Vio y creyó» (Jn 20,8). Creer significa aquí: ver lo verdadero, lo que explica todo; percibir el misterio. El encuentro de María Magdalena con el Resucitado es una historia de amor. Juan la describe conscientemente sobre el trasfondo del Cantar de los Cantares. En esta historia de amor, el discípulo amado juega un papel fundamental. Él ve y cree. Entiende lo que significa la resurrección: la victoria del amor sobre la muerte.

También en el llamado «epílogo del Evangelio» juega el discípulo amado un papel importante. Es uno de los siete discípulos que, a instancias de Pedro, pasan toda la noche pescando. Cuando después, a la orden del hombre que se encuentra en la orilla, echan otra vez la red y apenas pueden sacarla por la cantidad de peces capturados, el discípulo amado es de nuevo el que ve y cree: «Entonces, el discípulo a quien Jesús tanto quería

le dijo a Pedro: ¡Es el Señor!» (Jn 21,7). Juan reconoce la situación. Él, que está lleno de amor, reconoce al que es el amor: Jesús, el Resucitado. En la última escena del Evangelio aparecen una vez más Pedro y el discípulo amado. Pedro pregunta a Jesús por el camino y el destino del discípulo amado. Jesús le responde: «Si yo quiero que permanezca hasta que yo vuelva, a ti ¿qué?» (Jn 21,22). Normalmente se traduce así: «que él permanezca hasta mi vuelta». Pero la traducción correcta de la expresión *héos érchomai* sería: «mientras yo voy». Con esta frase Jesús quiere describir el modo de seguimiento del discípulo amado. Él es sencillamente el que permanece mientras Cristo va a él de manera mística. El discípulo amado sigue a Jesús de un modo distinto a Pedro, que ha de transformar el mundo con su actividad. Juan es aquel que en todo momento está abierto a Cristo, que va a él para morar en él. El discípulo al que Jesús ama y que está lleno de amor no necesita hacer muchas cosas de cara al exterior. Él transforma el mundo como místico, como alguien que permite entrar a Dios en su corazón y que deja espacio dentro de sí para el amor. Quien descansó en el pecho de Jesús vive ahora, incluso después de su muerte, como uno que mantiene abierto su corazón para él, de modo que en cualquier momento pueda entrar y habitar en él. Vive en comunión con aquel a quien ama. Esto da a su existencia un sabor especial, el sabor del amor y la ternura, de la atención y el cuidado.

En Juan, el discípulo amado, los hombres aprenden el secreto de la amistad. La amistad es sin duda uno de los bienes más preciados que los hombres pueden expe-

rimentar en el camino de su realización como hombres. Desde siempre han cantado los hombres el elogio de la amistad. El Evangelio de Juan es uno de los testimonios más hermosos sobre el secreto de la amistad. Jesús dice al despedirse de sus discípulos: «No existe mayor amor que dar la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce los pensamientos de su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre» (Jn 15,13-15). En estas palabras nos desvela Jesús la esencia de la amistad. El verdadero amigo se entrega por su amigo, si es necesario, hasta la muerte. No utiliza al amigo en su provecho, sino que se entrega a favor de él. De manera similar pensaban los griegos, para quienes la esencia de la amistad estaba en la disposición a inmolarse por completo a favor del otro, incluso hasta dar la vida. Y a la amistad pertenece la intimidad, la sinceridad, el compartir con el otro todo lo que pasa por el corazón. En la amistad entre Jesús y Juan podemos percibir que Jesús le abre su corazón de hombre. No se encierra en su ser divino, sino que le abre su corazón y permite al amigo contemplarlo por dentro.

El amor hacia una mujer hechiza al hombre, siendo esto algo que forma parte de su ser. Pero también la amistad forma parte del hombre maduro. Hay hombres que sólo se dejan asombrar por las mujeres, pero que son incapaces de entablar una amistad con hombres. Sospechamos que a tales hombres les falta algo esencial. La amistad entre hombres tiene un valor propio. Muchos hombres están en continua rivalidad con los

demás. Sienten a flor de piel la necesidad constante de defenderse y justificarse. Quien se embarca en la amistad renuncia a afirmar su posición. Abre su corazón y se hace así vulnerable. No repara en dar a conocer sus sentimientos. Va incondicionalmente con el otro. Se muestra confiado y digno de confianza. Estos son valores que caracterizan al hombre maduro. La capacidad de amistad es un criterio esencial para medir la madurez de un hombre. Juan, que descansa en el pecho de Jesús, invita a todo hombre a no refrenar sus sentimientos afectuosos y a emprender el camino de la amistad, que les conducirá a la verdadera belleza de ser hombres.

Finalmente, en el discípulo amado yo diviso todavía otra imagen que me parece importante: la del anciano sabio. El Evangelio de Juan fue escrito en torno al año 100. El discípulo amado era ya un anciano. La leyenda dice sobre él que siempre repetía lo mismo: «Hijos, amaos los unos a los otros». Juan es para mí un modelo del anciano cargado de sabiduría. Cuando un hombre llega a una ancianidad sabia, irradia seguridad y ternura. Se sienta, y a su alrededor se sientan los demás. No habla mucho. Pero lo que dice, lo dice desde la sabiduría y la amplia experiencia. Está ya más allá de todo estrecho dogmatismo. Está en armonía consigo mismo y con la vida. Ha experimentado en su propia carne todas las alturas y profundidades del ser humano. Ahora contempla todo con una mirada dulce. Destella una luz otoñal, una luz suave que ilumina todo lo que él ofrece. Estos ancianos sabios indican la meta de nuestra realización como hombres. Pero no deja de haber también muchas imágenes distorsionadas de la ancianidad. Está el hom-

bre insatisfecho y siempre remolón, o el anciano que no quiere renunciar a su juventud. Otros ancianos no hacen más que hablar del pasado. Fue el único tiempo en el que ellos realmente vivieron. C. G. Jung habla de los «patéticos ancianos que siempre tienen que desenterrar sus tiempos de estudiantes y que sólo pueden apagar la llama de la vida pensando en sus epopeyas homéricas, pero que en lo demás están fosilizados en un filisteísmo sin esperanza»<sup>1</sup>.

En la década de 1980 se habló en la Iglesia alemana de los ancianos enojados. Se pensaba en teólogos como Karl Rahner y Heinrich Fries. Estos hombres, que no tenían ya nada que perder, no repararon en manifestarse públicamente contra el dogmatismo romano. El anciano enojado tiene sin duda una importante función tanto en la Iglesia como en la sociedad. Pero para mí no es esta la meta del viaje hacia la plena realización de la masculinidad. El objetivo es el anciano sabio, capaz de sobrepasar incluso los conflictos dentro de la Iglesia y de la sociedad. Puede llamar a los problemas por su nombre. Pero cuando dice la verdad, esta no suena ya a mordaz ni a enojada. Uno presiente más bien que, efectivamente, así es. Y en toda verdad siempre se deja sentir también la sabiduría. La palabra latina de donde viene sabiduría es «*sapientia*». Sabio es aquel que ha saboreado la vida, que conoce el sabor de la vida. Aunque la vida tenga a veces un sabor amargo, en el anciano sabio ha adquirido ya un nuevo sabor, un sabor dulce. La palabra alemana (*Weisheit*) viene del verbo latino *vidi*, que significa ver.

---

<sup>1</sup> C. G. JUNG, GW 8, Olten 1971, 455.

Sabio es el que ve las cosas desde la base, el que traspasa las apariencias para ver la realidad. En todo es capaz de ver al mismo Dios. Por eso se siente tranquilo, porque los juegos humanos de poder no son lo definitivo. Por debajo de toda injusticia y maldad, él dirige su mirada a la base, y allí ve a Dios en acción, capaz de transformarlo todo. Hombres así, ancianos sabios, necesita hoy nuestra Iglesia y nuestra sociedad con más urgencia que nunca.

## Jesús: el Salvador

Jesús es el hombre que reúne en sí todos los arquetipos descritos hasta ahora. Es el profeta que anuncia a los hombres la voluntad de Dios. Ante Pilato es el verdadero rey, que no se deja avasallar por nadie. En su pasión es el justo sufriente y el mártir, que sale fiador de su mensaje. Es el luchador que combate indignado y con fuerza contra la dureza de corazón de los fariseos (cf Mc 3,1-6). Jesús es amigo para sus discípulos. Y es el amante, no sólo en relación con Juan, sino también en relación con María Magdalena. Él tiene con las mujeres un modo de proceder muy distinto del que tenían los rabinos judíos de su tiempo. Sintiéndose plenamente libre, las acepta como discípulas y las trata con cariño y sin miedo al contacto físico con ellas. Jesús es el bufón, que describe con humor la situación de los hombres tanto en sus parábolas como en sus ingeniosas imágenes. Jesús es el hombre integral, el hombre completo, que une en sí *anima* y *animus*, amor y agresividad, Dios y hombre, luz y tinieblas, cielo y tierra. Hanna Wolf ha escrito sobre Jesús, presentándolo como el hombre integral. Franz Alt, en la misma línea, ha visto en Jesús al hombre nuevo. Cada uno puede ver en Jesús otros muchos aspectos de la identidad masculina. Cada

cual puede contemplar en Jesús, el hombre, aquello que para él mismo es importante en su condición de hombre.

C. G. Jung ve en Jesús el verdadero arquetipo del yo realizado. Y piensa que por haber encarnado Jesús ese arquetipo en su forma más pura es por lo que ha ejercido en los hombres un influjo tan fuerte a lo largo de los siglos. Como arquetipo del yo, Jesús tiene, tanto para los hombres como para las mujeres, un efecto integrador en su camino hacia la propia realización personal. Cuando yo contemplo al hombre Jesús, tal como lo presentan los cuatro Evangelios, me fascinan sobremanera tres aspectos concretos:

1. Jesús está presente con todo su ser: Cuando hace acto de presencia, él está sencillamente allí, y está con toda su fuerza. Nadie puede pasar de él. Cuando habla, es imposible dormirse. Sus palabras tocan el corazón y despabilan.
2. Jesús es interiormente libre: Es libre del afán por poner su *ego* en el centro. Dinero, poder y fama no tienen para él ninguna importancia. Es libre para decir lo que siente. No toma en consideración el efecto que puede ocasionar en los hombres o las consecuencias que sus palabras y sus acciones pueden acarrear.
3. Jesús es un hombre pleno, veraz y sincero, intachable. Irradia algo originario y puro. Está en relación con su verdadero yo. Está enraizado en Dios. Esto le libera de todo miedo ante la soledad o la muerte. Jesús descansa en sí, o lo que es lo mismo, en Dios. No se deja intimidar o apabullar. Es insobornable.

Estos tres aspectos son para mí rasgos de un hombre auténtico, de un hombre que dice sin miedo lo que piensa, que se presenta lleno de fuerza, que a nadie deja indiferente. O se deja uno contagiar por su energía o se ve obligado a confrontarse con él.

Renuncio aquí a describir al hombre Jesús en todas y cada una de sus facetas. Deseo solamente fijar la atención en un arquetipo que me parece central: el arquetipo de salvador. Salvar es algo que sólo se lo puede permitir aquel que ya está personalmente salvado y que ha integrado en sí toda la altura y la profundidad, toda claridad y oscuridad. Los cuatro Evangelios nos hablan de que Jesús salvó a los hombres. Pero cada evangelista interpreta a su manera esa salvación llevada a cabo por Jesús.

En Marcos, Jesús es el exorcista, que con poder expulsa los demonios. Los demonios son fuerzas internas, complejos que se apoderan de los hombres. Son espíritus perturbadores que contaminan el pensamiento del hombre, que nos llevan a la confusión interior. Con ellos no podemos ya pensar con claridad. Nuestros pensamientos quedan empañados por la amargura, la decepción, el enojo. Jesús es el médico poderoso que, con la fuerza de su palabra, libera a los hombres de estos poderes extraños. Como salvador, integra el arquetipo del mago. En la curación del ciego, Jesús aparece como un mago que, con saliva e imposición de manos, hace desaparecer la ceguera (Mc 8,22-26). Marcos presenta a Jesús como un salvador masculino, que con fuerza masculina lucha contra el poder de los demonios y los vence. En su lucha contra los demonios suscita la oposición de los poderes de este mundo. Estos lo atrapan en sus garras y lo ma-

tan. De este modo, en su lucha por la vida, Jesús pone en juego su propia vida. La victoria sobre los demonios le cuesta la vida. Pero en la impotencia de la muerte es precisamente donde él lleva a plenitud su victoria sobre los demonios. El fuerte grito de Jesús en la cruz es un grito de victoria. Al morir, Jesús expresa en un grito sonoro su victoria sobre el poder de las tinieblas en el mundo. En Marcos, Jesús cura no con afabilidad y mansedumbre, sino con «una energía masculina que se impone, una energía vigorosa, firme y determinante»<sup>1</sup>.

En Mateo aparecen en primer plano otros dos aspectos de la salvación. Son, por una parte, la culpa y, por otra, la fe. Para Mateo van unidas enfermedad y culpa. La conexión no deja de tener cierta justificación, pero no se puede ver como algo categórico. Si así fuera, nos encontraríamos con graves dificultades. En Mateo, Jesús cura interpelando y actuando sobre las causas más profundas de la enfermedad; cura igualmente transmitiendo, al que no puede aceptarse a sí mismo, que Dios lo acepta de manera plena e incondicional. De este modo, en los hombres que dudan de sí mismos, Jesús despierta una confianza nueva, una fe que les proporciona estabilidad.

Lucas es visto en la tradición como médico. La actuación de Jesús viene presentada por él con frecuencia en un lenguaje específico de la medicina. Jesús es para él el verdadero médico, que supera con creces a los otros médicos que ha podido conocer en su ambiente griego. Jesús se preocupa de dejar a los hombres sanos y salvos. De ahí que aparezca en Lucas la raíz griega «*saos*»

---

<sup>1</sup> P. M. ARNOLD, *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991, 249.

(= salvo, íntegro, sano) con más frecuencia que en ningún otro Evangelio. La enfermedad subyuga y postra al hombre por tierra. Jesús levanta a los enfermos y les devuelve su dignidad inviolable, una dignidad que ellos ven menoscabada con la enfermedad. Es lo que sucede con la mujer encorvada, que se siente atada y abrumada por la carga de su vida. Jesús la pone en pie, despertando en ella la conciencia de su dignidad divina (cf Lc 13,10-17). Junto a Jesús, los hombres dejan a un lado su resignación. Se sienten valorados y apreciados por Jesús, tratados con delicadeza y aceptados. Vuelven a encontrar su integridad. Cuando Jesús cura a los enfermos, tiene lugar la nueva creación. En la curación, Jesús hace patente cómo es el hombre a los ojos de Dios. Cuando Dios hubo creado al hombre, vio que todo era bueno. Esto es lo que Jesús quiere transmitir al enfermo: «Es bueno que tú estés ahí, y es bueno que tú seas como eres. Tú eres bueno». Este mensaje vuelve a poner en pie al hombre encorvado y le hace ver su hermosura originaria.

Juan percibe como causa de la enfermedad la desvinculación con la fuente divina. El hombre está sano solamente cuando la vida divina le impregna por completo. Jesús cura al paralítico y al ciego de nacimiento en una fuente. Pero Jesús no tiene necesidad de llevar a estos enfermos a la fuente. Con su palabra, él los hace entrar en contacto con la fuente interior, con la fuente de la vida divina, que brota dentro de ellos. Quedará sano todo aquel que entre en contacto con esta fuente. Recobrará la confianza para ponerse en pie y recorrer su camino. Recibirá fuerzas para abrir los ojos y quedará

capacitado para ver la realidad, para ver el trasfondo de las cosas, para ver a Dios, que está en todo.

¿Cómo llega Jesús a ser salvador? Esta es para mí la cuestión decisiva. La respuesta teológica –que él puede salvar en cuanto Hijo de Dios– no me parece suficientemente satisfactoria. Jesús no fue salvador desde el principio. Él fue desarrollando en su interior el arquetipo de salvador. Para mí, los Evangelios señalan momentos importantes en este proceso. El primer momento lo constituye el bautismo de Jesús. Fue claramente una experiencia de iluminación. Marcos nos dice que el cielo se abrió sobre Jesús cuando él salió del agua del Jordán. El bautismo es para Marcos un ritual divino de iniciación en la masculinidad. Jesús emerge como hombre nuevo de las aguas del Jordán. La identidad del hijo del carpintero la ha dejado hundida en el Jordán. Se ha sumergido en el agua, en el recinto del inconsciente. Nuestra vida se seca sin la fuente del inconsciente. Para Lucas es importante otro aspecto del bautismo de Jesús. En el bautismo, Jesús quedó lleno del Espíritu Santo. Jesús –así nos lo dice Lucas ya en los relatos de la infancia– es Hijo de Dios desde el nacimiento. Pero es en el bautismo donde él toma conciencia de su verdadera identidad: Él es el Hijo amado de Dios, dotado de la fuerza de su Espíritu. Todo lo que Jesús hace a partir de este momento –su misión de anunciar y de curar– manifiesta que él está plenamente colmado del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios es una fuerza de la que Jesús dispone para curar y liberar.

Pero siempre hay hombres que tienen experiencias similares del Espíritu y se aprovechan de ellas para envanecerse y situarse por encima de los demás. Un

momento importante para Jesús en el proceso hacia su plena realización como hombre es cuando el Espíritu le conduce al desierto. En Marcos se dice literalmente que el Espíritu impulsó a Jesús al desierto. Lo que Jesús experimenta no es una acción suave, sino enérgica, del Espíritu Santo. «Allí permaneció cuarenta días, siendo puesto a prueba por Satanás. Estaba con las fieras, y los ángeles le servían» (Mc 1,13). Los cuarenta días señalan el período de la prueba psíquica que Jesús ha de afrontar en el desierto. Jesús se encuentra en el desierto con su propia verdad. El desierto es para Marcos el ámbito donde dominan los demonios. Jesús se enfrenta en este ámbito con los demonios. Se sitúa frente a ellos. Intima con ellos y adquiere poder sobre ellos. Marcos expresa esto con la imagen de los animales salvajes y de los ángeles. Jesús hace experiencia en su propia carne del animal salvaje. No huye de él, sino que intenta conciliarse con lo salvaje y con lo animal. Simultáneamente, Jesús experimenta a los ángeles junto a sí. Cada hombre tiene también una parte angelical. Puede incluso predominar. Pero si uno ve solamente esta parte angelical, corre el peligro de destruir su masculinidad, siguiendo un camino espiritual que le hace perder pie. Esto no es bueno para el alma. Los primeros monjes eran conscientes del peligro. A un joven que parecía volar al cielo en su camino espiritual le aconseja un anciano padre que se agarre a los talones y aterrice. Jesús integra en su estancia en el desierto los dos polos: la parte animal y la parte angelical. Vive pacíficamente con los animales salvajes y, al mismo tiempo, le sirven los ángeles. Los ángeles son seres espirituales que contemplan a Dios.

Conciliado con la parte animal, Jesús contempla a Dios. En los sueños, los animales representan siempre la sabiduría de los instintos, lo impulsivo y la sexualidad. Todo este ámbito queda integrado en la persona de Jesús. No le impide la visión de Dios, sino que es precisamente el campo abonado donde crece la espiritualidad. La imagen de los animales salvajes y de los ángeles dice todavía algo más: «En el lugar más peligroso sobre la tierra, Jesús se encontraba seguro y protegido. Ahora podía él marchar a cualquier parte. Ahora ya no se le podía sobornar, ni intimidar, ni tentar, ni doblegar»<sup>2</sup>.

Quisiera entresacar de los Evangelios todavía algunas escenas más, que nos muestran por qué Jesús se siente inducido a curar. Sigo aquí sobre todo el Evangelio de Marcos. Cuando Jesús predicó por primera vez en la sinagoga de Cafarnaún, los oyentes quedaron muy impactados de su enseñanza: «Pues los enseñaba con autoridad (divina), y no como los maestros de la ley» (Mc 1,22). Jesús habla de Dios de tal manera que los hombres presienten: este no sólo habla de Dios; en sus palabras se hace presente el mismo Dios; Dios resplandece en ellas. Era un discurso arrollador y un hablar auténtico. Ya este hablar de Jesús sobre Dios posibilita la curación de los hombres. Cuando Jesús estaba hablando adecuada y claramente de Dios, un hombre en la sinagoga se puso a gritar. Era un hombre poseído por un espíritu inmundo. Se podría decir; Tenía una imagen demoníaca de Dios. Cuando Jesús habla de Dios, esta imagen demoníaca de Dios se despierta. Quizá había reducido a Dios a un

---

<sup>2</sup> Ib, 247.

sistema de seguridad personal. O quizá lo había utilizado para imponerse a los demás. Dios le servía como peldaño para elevar su autoestima. Jesús saca a la luz estas imágenes demoníacas. Tenían que despabilarse. Y el hombre aquel terminó por estallar. Advirtió que se ahogaba. Cuando estas imágenes demoníacas ya no le sirven, todo su proyecto de vida se le viene abajo. Jesús ordena al espíritu inmundo: «¡Cállate y sal de él!» (Mc 1,25). Y el espíritu salió de él dando un fuerte alarido. La reacción de los hombres fue de temor y de asombro: «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus inmundos y estos le obedecen!» (Mc 1,27). Un hombre es curado mientras Jesús habla adecuadamente de Dios. Las imágenes enfermizas de Dios hacen enfermar al hombre. Por el contrario, cuando uno llega a conocer al verdadero Dios mediante la experiencia de su propia verdad y habla de él con autenticidad, cura a los hombres dominados por imágenes demoníacas de Dios. Salvar es aquí, sobre todo, liberar al hombre de fuerzas extrañas, de demonios, de modelos de vida y de representaciones de Dios y del mundo que llevan a una situación de enfermedad.

La segunda escena que tiene para mí una importancia singular en orden a contemplar al hombre Jesús como salvador se encuentra en el relato de la curación de un hombre en sábado (Mc 3,1-6). Hay un hombre con una mano seca. Se trata evidentemente de un hombre que ha renegado de su masculinidad. Se ha acostumbrado a retirar la mano para no quemarse los dedos. Es incapaz de una comunicación auténtica. No entra en contacto con los demás. Se sienta en el rincón, como simple es-

pectador. Es la caricatura de un hombre. Jesús cura a este hombre ordenándole: «Levántate y ponte ahí en medio» (Mc 3,3). La enfermedad de este hombre consiste en mantenerse alejado de todo. Ahora tiene que dejar finalmente su papel de espectador y situarse en el centro. Allí será visto por todos. Tiene que soportar las miradas y permanecer en pie. Jesús se dirige entonces a los fariseos, antes de seguir ocupándose de aquel hombre: «¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o destruirla?» (Mc 3,4). Jesús desafía a los fariseos. Sabe que le están observando con escrupulosidad por si cura en sábado, algo que para los fariseos está permitido sólo en peligro de muerte. Estas prescripciones insignificantes son para Jesús mortales. Todo aquel que da más importancia a las normas que al hombre hace el mal, destruye la vida. Se hace patente aquí la libertad de Jesús. A él le importan los hombres, no las prescripciones. Ante el silencio cobarde de los fariseos, Jesús «lanza sobre ellos una mirada de indignación y de pena por la dureza de su corazón» (Mc 3,5). Jesús se encuentra solo frente al muro de hombres endurecidos, que se esconden tras su poder y sus normas. Los sentimientos de Jesús afloran con fuerza. Su indignación es enérgica. En su indignación, lejos de estallar en un arrebato de ira, se distancia de sus adversarios. No les da ninguna autoridad. Pueden seguir con su dureza. Es su problema. Jesús tiene la conciencia tranquila. La indignación es para él la fuerza que le posibilita mantenerse firme y sentirse libre frente al poder de los otros. Para mí, Jesús es aquí el hombre totalmente presente. Está plenamente inmerso en la situación del momento

y es plenamente dueño de sí mismo. No se deja determinar por esperanzas, temores y amenazas externas, sino sólo por su propia convicción. Está en armonía consigo mismo. Y por esta armonía consigo mismo y con Dios, no se deja arrastrar por nadie, tampoco por corazones endurecidos y hostiles. Pero Jesús, además de indignado, está apenado. En griego se dice: *syllypoúmenos*. El verbo significa «afligirse con, condolerse». Jesús se distancia en su indignación, pero se adentra al mismo tiempo en el corazón de los adversarios. Siente el modo que ellos tienen de ver las cosas. Deplora que llegue tan lejos la dureza de su corazón y que estén tan exasperados, hasta el punto de permitir que se extinga en ellos todo sentimiento humano. Su corazón es un corazón muerto. Puesto que Jesús se siente interiormente firme, tiene a su vez el valor de mirar el corazón del otro, aun cuando allí no pueda ver más que caos, oscuridad y maldad.

Jesús es consciente de la atmósfera hostil que le rodea. A pesar de todo, hace lo que le pide su corazón. No se deja determinar por los demás. Actúa por su propia cuenta. Ordena al hombre: «Extiende tu mano». Ha de tener el coraje de tomar en su mano las riendas de su vida, de extender su mano para dársela a otros y también para empuñar los problemas que se le presenten. En este relato de curación sale a mi encuentro la fuerte humanidad de Jesús. Jesús es un hombre que se mantiene firme, aunque todo el ambiente se ponga en su contra. Hace lo que siente en su interior, sin miedo a la reacción hostil de los demás. Esto me fascina. Jesús lucha por el hombre que ha renegado de su masculinidad. Lucha por la vida. Está presente de tal forma que los demás no pueden per-

manecer indiferentes. Ni los enfermos ni los despiadados fariseos pueden pasar de él. Tienen que tomar postura. Jesús es tan claro que ante él se desvela la falsedad de los hombres que le rodean. Junto a Jesús queda iluminado todo lo que se esconde en el corazón humano. Jesús obliga a la verdad. Nadie puede cerrar los ojos a su propio interior y a su propia verdad cuando Jesús está ante él.

En el relato sobre la estancia de Jesús en el desierto hemos visto que él se reconcilió allí con sus sombras y que integró dentro de sí lo animal. El culmen de la integración se hace perceptible en la cruz. La cruz es un símbolo primordial de la unidad de todos los contrarios. En la cruz abarca Jesús todos los recintos del cosmos: la altura y la profundidad, la tierra y el cielo, la luz y la tiniebla, lo consciente y lo inconsciente, el hombre y la mujer. Los cuatro evangelistas nos dicen que las mujeres estaban junto a la cruz. Jesús se diferenció de los rabinos judíos por aceptar que las mujeres le siguieran. Jesús procedió, pues, de manera distinta con las mujeres. Hanna Wolf ha descrito a Jesús como el hombre integral, el hombre que integró en sí también el *anima*. Esto se podría mostrar teniendo en cuenta su comportamiento con las mujeres. Jesús conversó sin recelos con mujeres. Manifestó ante mujeres sus sentimientos y lo hizo sin tomar en consideración los temores de sus discípulos. Los discípulos se sorprendieron de que él hablara con una samaritana. «Pero ninguno se atrevió a preguntarle qué quería de ella o de qué estaban hablando» (Jn 4,27). O Jesús dejó que se acercara a él una mujer que con sus lágrimas lavó sus pies y los enjugó con sus cabellos mientras los besaba (Lc 7,38). Él no estableció a las mu-

eres en ningún puesto. Pero apreció la hospitalidad de Marta, igual que la actitud contemplativa de María, que le escuchaba sin más, deseando entender su misterio (Lc 10,38-42).

Lucas presenta a Jesús en la cruz como el hombre justo. Esta presentación evoca un pasaje del filósofo griego Platón (428-348 a.C.) en su obra *La República* (*Politeia*). Platón piensa que un hombre realmente justo pronto se convertirá en blanco de críticas en un mundo embustero. Escribe Platón: «En tal ambiente, el justo será azotado, atormentado, encadenado y cegado en sus dos ojos; finalmente, después de todos los tormentos, será colgado en la cruz». Ya Clemente de Alejandría, en torno al año 210 d.C., vio estas palabras de Platón como una interpretación anticipada de la muerte de Jesús en la cruz. Y antes que él, así las comprendió Lucas. Jesús fue un hombre justo, un hombre recto e íntegro. Fue recto en todo. Integró en sí toda antinomia. Lucas utiliza con frecuencia el adjetivo «justo» en el sentido de intachable. En los Hechos de los Apóstoles describe así a Jesús: «Vosotros negasteis al Santo y al Justo» (He 3,14). Jesús es el hombre justo, recto, intachable, que hace justas en su ser personal todas las dimensiones del hombre. Es el hombre integral, que unifica en sí todo lo que pertenece a la condición humana.

Jesús es para Lucas el hombre totalmente él, el hombre que vive desde su centro más íntimo y que desea llevarnos al contacto con nuestro verdadero yo. Jesús resplandece como arquetipo del yo en una escena al atardecer del día de Pascua. Se hace presente al grupo de discípulos y les muestra sus manos y sus pies: «Soy yo en

persona» (Lc 24,39). En griego se dice: «Egó eimi *autós*». Para los filósofos estoicos «*autós*» expresa el verdadero yo, el santuario interior del hombre, donde nadie tiene acceso sino Dios. Es el espacio interior de la libertad y la autenticidad, el verdadero yo, el verdadero núcleo de la persona. El Resucitado quiere conducirnos a nuestro verdadero yo. Hace a los discípulos esta invitación: «Tocadme y convenceos de que un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lc 24,39). En el encuentro con el Resucitado debe quedarles claro a los discípulos que ellos no son simples espíritus, sino personas. Como Jesús, ellos son de carne y hueso. Pero en el interior se encuentra el «*autós*», el santuario, el verdadero yo, donde Dios mora en nosotros. En el proceso hacia la plena realización de la masculinidad el objetivo es entrar en contacto con el yo íntimo, con ese espacio de quietud, donde Dios mora en nosotros como en un templo, con ese lugar del silencio, donde nosotros somos nosotros mismos, libres de las expectativas de los demás, libres de la presión del propio trabajo.

Jesús es capaz de salvar a los hombres por ser plenamente él mismo, por ser auténtico, porque vive en su santuario interior, en su «*autós*». Jesús invita a los hombres y mujeres a alcanzar su verdadero yo. Entonces saldrá de ellos también algo salvífico y algo que lleva a la plenitud. Quien está dividido en su interior, sólo puede contagiar división a su alrededor. Quien está perturbado por demonios sólo origina en su entorno niebla y oscuridad. Proyecta sobre los demás lo sombrío y enfermo que hay dentro de él. Jesús es libre de todos los mecanismos de proyección. Él se ve tal como es. Por eso puede ver

también a los hombres tal como son. Porque él descansa sobre su yo, desvela también a los demás dónde está su verdadero centro. Salvación significa: entrar nuevamente en contacto con ese núcleo divino. Pero para Jesús significa igualmente: decir sí a su corporalidad. El camino hacia el santuario interior pasa por el cuerpo y por la propia carne. Sólo el hombre que dice sí a su cuerpo y se reconcilia con él puede entrar en contacto con su verdadero yo, con el espacio interior donde habita la auténtica e intacta imagen de Dios.

De nosotros mismos no podemos decir que seamos salvadores. Hay hombres que tienen un don curativo. Se trata siempre de un regalo de Dios, un regalo fuera de nuestro alcance. Lo que nosotros podemos aprender en Jesús es el modo de alcanzar nuestro verdadero yo. Alcanzado esto, brotará de nosotros algo salvífico. Sería peligroso que nos identificáramos con el arquetipo del salvador. El peligro lo experimento una y otra vez en mí mismo. Cuando, en la dirección espiritual, alguien me cuenta que ha llevado a cabo algunas terapias que no le han ayudado en nada, enseguida se anuncia en mí el arquetipo del salvador con la frase: «Yo le puedo ayudar. El camino espiritual que yo le voy a mostrar le salvará». Pero si yo me dejo atrapar por el arquetipo del salvador, me ciego para ver mis propias necesidades. Deseo demostrar mi capacidad de salvar. Deseo probar a los terapeutas que el camino espiritual posee más fuerza curativa que los métodos psicológicos. Todo esto oscurece mi espíritu. No podré ya ver al otro tal como es, y la presión me embargará. No advierto que el arquetipo del salvador me induce a perder mi medida, a asignarme más

de lo que me compete, a representar ante el cliente mis necesidades de cercanía y reconocimiento. Jesús, el salvador, me preserva de identificarme con el arquetipo de salvador. Jesús quiere llevarme a entrar en contacto con las fuerzas curativas que hay en mí. Pero quiere sobre todo ayudarme a descubrir mi verdadero yo. Entonces saldrá también de mí aquello que salva.

Hay muchas mujeres que se sienten a gusto entre los enfermos y que los salvan con sus tiernos cuidados. No pocas mujeres me dicen que tienen manos salvadoras. Es algo que rara vez se oye entre los hombres. Cuando el hombre es salvador, su salvación es de otra calidad. Salva con su fuerza masculina y con su lucidez. Existen muchos médicos y terapeutas buenos, muchos pastores de almas y directores espirituales, que llevan a sus clientes a entrar en contacto con sus propias fuerzas. Han aprendido de Jesús el método terapéutico de confrontación. Confrontan al enfermo con sus propios recursos. Despiertan en él su propia fuerza. Los hombres pueden aprender de Jesús a descubrir sus fuerzas salvadoras. El presupuesto indispensable para ello es que, con Jesús, emprendan el camino hacia la realización plena de la masculinidad, un camino en el que han de integrar en su condición de hombres todo lo que emerge en ellos: lo selvático y lo apacible, lo duro y lo blando, lo masculino y lo femenino, lo claro y lo oscuro. En el encuentro con Jesús desaparece de ellos lo inauténtico y las simples apariencias. Entran entonces en contacto con su verdadero yo. Y sólo desde ese yo íntimo les es posible salvar a los demás.

## Resumen

# Caminos para llegar a ser hombres

Los hombres de la Biblia que he presentado nos impulsan a enfrentarnos con nuestra propia verdad. No podemos limitarnos a contemplar su historia como simples espectadores. Los hombres de la Biblia están llenos de fuerza. No se puede pasar ante ellos distraídos. Ellos nos interpelan, nos provocan y despiertan en nosotros la fuerza masculina. Pero los hombres de la Biblia no son figuras ideales que nosotros podamos imitar sólo con mala conciencia. Ellos mismos han recorrido caminos extraviados y equivocados. Han tenido que sufrir contratiempos. Han experimentado incluso caídas. Ellos quieren decirnos: «No se trata de que tú lo hagas todo perfecto, sino de que te atrevas a vivir la vida. No se trata de no cometer ningún error. No escondas tus errores, aprende de ellos. No es malo caer. Pero no permanezcas caído. Cuando hayas caído, levántate. Si luchas, una y otra vez quedarás herido. No hagas caso omiso de tus heridas. Forman parte de tu camino. Ellas te capacitan precisamente para amar, pues no hay ningún amor sin heridas. Entra en contacto con tu fuerza masculina, con tu agresividad, con tu sexualidad, con

tu disciplina, pero también con tus pasiones. Ellas te preservarán de una vida aburrida. Lucha por los hombres y por su vida. Entrégate con todo lo que tienes a tu disposición. Encontrarás entonces gusto a tu masculinidad. Te capacitarás entonces, como hombre, para un amor que despierta vida, para un amor que está lleno de pasión y que te encantará a ti y a tus seres queridos. Y llegarás a reconocer que merece la pena emprender el camino hacia la plena realización como hombre, llevando a cabo en este camino algo propio de Dios, algo que sólo a través de ti puede surgir».

El análisis de los hombres de la Biblia invita a desarrollar una espiritualidad masculina que corresponda a los arquetipos representados por estos hombres. Prescindiendo de que la Iglesia católica haya excluido hasta ahora del ministerio sacerdotal a las mujeres, se ha de reconocer que su espiritualidad es más femenina que masculina. Virtudes pasivas como la comprensión, la compasión y la humildad son alabadas en esa espiritualidad, mientras que la lucha agresiva por la justicia y la entrega apasionada por el amigo pasan más bien a un segundo plano.

Espero que las reflexiones de este libro acrecienten la inquietud de los hombres por encontrar su camino originario, el camino de su propia identidad, pero también su camino espiritual, que no excluye la fuerza y la pasión, sino que las encauza desde el dinamismo de la energía masculina. La espiritualidad masculina, tal como se pone de manifiesto en las 18 figuras bíblicas escogidas, aborrece un sistema férreo y toda clase de ideología. Los hombres se muestran escépticos frente a todo ideal

demasiado elevado, frente a un lenguaje excesivamente solemne. En los hombres de la Biblia descubrimos caminos para entrar en contacto con Dios y para entregarnos plenamente a los hombres. Encontramos en ellos a hombres vigorosos, que han ido pasando por todas las alturas y profundidades, que se han confrontado con su propia verdad, que han integrado su sexualidad y su vitalidad, pero que con frecuencia se han visto también zarandeados en una dirección u otra por sus múltiples ambiciones internas. La espiritualidad masculina se opone a toda sistematización e idealización. Es concreta, orientada hacia la acción y el compromiso, llena de fuerza y llena de pasión.

He encuadrado a los hombres de la Biblia en 18 arquetipos diferentes. Pero se trata siempre de hombres concretos, con su historia específica. Los hombres de la Biblia no son superhombres. Son hombres de carne y hueso, hombres con una historia de éxitos y una historia de fracasos. En su desarrollo han experimentado rupturas. Son hombres llenos de vigor. Sin embargo, de vez en cuando no dejan también de ser débiles. Caen. Pierden en la batalla. Pero se levantan de nuevo tras la caída. Son además hombres capaces de amar, aun cuando en su camino de amor vivan altibajos, aciertos y fallos. Espero que las 18 figuras masculinas ayuden a los lectores a desarrollar su propia masculinidad y a aceptarse como hombres, con todas las fuerzas y con todas las debilidades. Los hombres de la Biblia nos invitan a asumir la propia vida quebradiza y a modelarla según la forma que Dios tiene pensada para cada uno. No tenemos que ajustarnos a ningún esquema. Se trata

más bien de emprender el camino por el que Dios nos envía a cada uno.

Ningún hombre responderá con precisión a ninguna de las 18 figuras que he presentado. Pero cada cual descubrirá, en una o en otra, semejanzas consigo mismo. Estas figuras se convierten así en una invitación a orientar cada uno sus propias fuerzas, pero también a percibir las dificultades, a descubrir las posibilidades con las que cuenta en su interior e incluso a entrever las caídas que le esperan. A la luz de ellas, cada uno ha de reconocer además dónde se encuentra concretamente en su camino de desarrollo y cuáles son los pasos que ha de dar. Cada hombre tiene la misión de recorrer su camino totalmente personal, el camino que sólo Dios le señala. Pero, al confrontarse con estos 18 hombres de la Biblia, descubrirá dentro de él recintos que hasta ahora le estaban sellados.

Los hombres descritos en el libro han desarrollado siempre en su interior dos elementos diversos: la lucha y el amor. No hay camino posible hacia la plena realización de la masculinidad sin estos dos elementos. El hombre que se limita a luchar se convierte con facilidad en un «broncas», que necesita constantemente adversarios para sentirse con vida. El hombre que prescinde de la lucha y se prescribe sólo el amor no entenderá nunca lo que significa realmente amar. Recientemente me contaba una mujer que su marido la amaba muchísimo, pero que ella no podía saborear ese amor. Era un amor pegadizo, lánguido, de muchos abrazos, pero sin desafío ni fuerza provocativa. El amor necesita también fuerza para poder desarrollar todo su potencial en seducción y felicidad.

Cada hombre ha de encontrar su balanza personal entre la lucha y el amor. No existe el hombre estándar. No hay ningún modelo universal para la realización personal de la masculinidad. El equilibrio entre lucha y amor tiene que ser evaluado y renovado en cada etapa de la vida. Varía con el paso de los años. Así, pues, querido lector, te deseo que encuentres tu modo de armonizar, precisamente ahora, lucha y amor. Te deseo que, al compás de la lectura, percibas tu fuerza masculina, que te alegres de sentirte con bríos para desarrollar esa fuerza y que seas hombre de buen grado. Te deseo además que no desarrolles tu masculinidad a costa de la mujer, sino que suscites en la mujer la curiosidad por conocer qué aspecto y qué sabor tiene un hombre auténtico; que te dejes fascinar siempre en tu camino hacia la plena realización de la masculinidad por el misterio de la mujer, que despierta lo nuevo que hay en ti. Es un camino apasionante el que te espera, un camino que te conducirá por alturas y profundidades, por oscuridades y experiencias luminosas. Te deseo que, como hombre, tengas ganas de luchar por la vida y de amar la vida. E invita también a otros a luchar y a amar contigo.

## Bibliografía

- ARNOLD P. M., *Männliche Spiritualität. Der Weg zur Stärke*, Munich 1991.
- BLY R., *Eisenhans. Ein Buch über Männer*, Munich 1991 (trad. esp., *Iron John: una nueva visión de la masculinidad*, Gaia Ediciones, Madrid 1994).
- BOLEN J. S., *Götter in jedem Mann. Besser verstehen, wie Männer leben und lieben*, Munich 1998; *Los dioses de cada hombre: una nueva psicología masculina*, Kairós, Barcelona 2004.
- CAMPBELL J., *Der Heros in tausend Gestalten*, Frankfurt 1949; *Die Regel des heiligen Benedikt*, hg. Im Auftrag der Salzburger Äbtekonferenz, 6. Auflage der Neubearbeitung 39-46, Tausend, Beuron 1990.
- FISCHEDICK H., *Der Weg des Helden. Selbstwerdung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992.
- GRUNDMANN W., *Das Evangelium nach Lukas*, Berlin 1966.
- GUZIE T.-GUZIE N., *Archetypisch Mann und Frau. Wie verborgene Urbilder unser Schicksal gestalten und Beziehungen prägen*, Interlaken 1987.
- HOLLSTEIN W., *Das neue Selbstverständnis der Männer*, en *Der Mann im Umbruch*, Olten 1989, 11-26.

- JUNG C. G., GW 8, Olten 1971; *Zur Psychologie des Kindarchetypus*, en GW 9/I, Olten 1976, 163-196; *Zur Psychologie der Tricksterfigur*, en GW 9/I, Olten 1976, 271-290; *Christus, ein Symbol des Selbst*, en GW 9/II, Olten 1976, 46-80; *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós Ibérica, Barcelona 1998; *El hombre y sus símbolos*, Paidós Ibérica, Barcelona 1997; *Psicología de la transferencia*, Planeta-De Agostini, Barcelona 1985; *Psicología y simbólica del arquetipo*, Paidós Ibérica, Barcelona 1999; *Carl Gustav Jung: Obra completa*, 10 vol., Trotta, Madrid 2001.
- MÜLLER L., *Manns-Bilder: Zur Psychologie des heroischen Bewusstseins*, en *Der Mann im Umbruch*, Olten 1989, 92-113.
- PFLÜGER P. M. (ed.), *Der Mann im Umbruch. Patriarchat am Ende?*, Olten 1989.
- ROHR R., *Der wilde Mann. Geistliche Reden zur Männerbefreiung*, Munich 1986 (trad. esp.: *El hombre salvaje: charlas espirituales sobre la liberación masculina*, Comercial, Valencia 1997); *Masken des Maskulinen. Neue Reden zur Männerbefreiung*, Munich 1993.
- SCHUBART S., *Religion und Eros*, Munich 1941.



Anselm Grün, nacido en 1945, entra a los 19 años en la abadía benedictina de Münsterschwarzach. En la década de 1970, el Padre Anselm redescubre la tradición de los primeros monjes y percibe su significación actual en relación sobre todo con la moderna psicología. Tras sus estudios de Filosofía, Teología y Administración empresarial, es desde 1977 el Padre cillerero, es decir, el mayordomo y jefe de personal de la abadía de Münsterschwarzach. En numerosos cursos y conferencias aborda las necesidades y preguntas que acosan al hombre. Son muchos los que le aprecian como consejero espiritual y actualmente es uno de los autores cristianos más leídos. Entre sus obras, se destaca la colección Sacramentos, editada en San Pablo.

«No se trata de que tú lo hagas todo perfecto, sino de que te atrevas a vivir la vida. No escondas tus errores, sino aprende de ellos. Si luchas, una y otra vez quedarás herido. No hagas caso omiso de tus heridas. Forman parte de tu camino. Ellas te capacitan precisamente para amar, pues no hay ningún amor sin heridas. Entra en contacto con tu fuerza masculina, con tu agresividad, con tu sexualidad, con tu disciplina, pero también con tus pasiones. Ellas te preservarán de una vida aburrida. Lucha contra todo lo que te estorba en la vida. Lucha por los hombres y por su vida. Entrégate con todo lo que tienes a tu disposición. Encontrarás entonces gusto a tu masculinidad».

*Anselm Grün*

## NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



**D**esde hace dos décadas da vueltas en la conciencia de muchos europeos la pregunta por la identidad del hombre. El movimiento feminista ha fortificado la autoconciencia de muchas mujeres. Pero esto ha suscitado la perplejidad e inseguridad en los hombres. A la luz de algunas figuras bíblicas masculinas, Anselm Grün quiere mostrarnos como pueden los hombres encontrar su propia identidad, uniendo dos elementos: la lucha y el amor.

Quien solamente lucha, corre el peligro de volverse duro e insensible. Quien solamente ama, propende a potenciar sólo su parte afectiva de ternura. Las dos virtualidades pertenecen a la masculinidad. Como luchador, el hombre es capaz de amar. Y su lucha necesita el amor, para que no se convierta en un combate rabiosamente ciego.